Miguel González San Martín. Nació en Muskiz en 1953. Ha publicado las novelas *Hotel Ucrania* (Bassarai, 1996) y *Dos entradas para Wembley* (Bassarai, 1998), el libro de relatos *Pobeñeses* (Bassarai, 2001, Premio Euskadi de Literatura 2002) y los libros de artículos *Los años funámbulos* (Temas vizcaínos/BBK, 2008) *Conversaciones de bolsillo* (Premio Café Bretón 2009. AMG, 2010) y *Una vuelta a Bilbao en ochenta domingos* (Temas vizcaínos/BBK, 2011). Es columnista habitual del diario "El Correo".

Ignacio Martínez de Pisón. Nacido en Zaragoza en 1960, reside en Barcelona desde 1982. Es autor de más de una docena de obras, entre los que destacan las novelas *La ternura del dragón* (1984), *Carreteras secundarias* (1996), *María bonita* (2000), *El tiempo de las mujeres* (2003) y *Dientes de leche* (2008), así como el ensayo *Enterrar a los muertos* (2005). Sus trabajos más recientes son la antología de cuentos *Aeropuerto de Funchal* (2009) y la novela *El día de mañana* (2011). Autor también de guiones cinematográficos *(Carreteras secundarias, Las trece rosas, Chico & Rita)*, sus libros han sido traducidos a una docena de idiomas.

ISBN 978-848056316-1
9 788480 563161

1937: vidas y bombas
M. de Pisón, Atxaga, F. de la Sota, G. San Martín

442-443

1937
Vidas y bombas

Bernardo Atxaga
José Fernández de la Sota
Miguel González San Martín
Ignacio Martínez de Pisón

bizkaiko gaiak = temas vizcaínos

Bernardo Atxaga. Nacido en Asteasu en 1951. Autor de *Obabakoak,* (1989, Premio Euskadi, Premio Nacional de Narrativa, finalista en el *European Literary Award,* IMPAC), *El hombre solo* (1994), *Dos hermanos* (1995), *Esos cielos* (1997), *El hijo del acordeonista* (2004, Premio Grinzane Cavour, Premio Mondello, Premio *Times Literary Supplement Translation Prize*), y *Siete casas en Francia* (2009). Su obra puede leerse en 32 lenguas, y ha sido llevada al cine por Montxo Armendariz (*Obaba*, 2005), Aizpea Goenaga (*Zeru horiek*, 2006) e Imanol Rayo (*Bi anai,* 2011). Es miembro de la Academia de la Lengua Vasca.

José Fernández de la Sota. Nació en Bilbao en 1960. Es autor de una veintena de libros entre poesía, narrativa y ensayo. En dos ocasiones –1997 y 2010– ha sido galardonado con el Premio Euskadi de Literatura. En 2010 fue finalista del Premio Nacional de Poesía con su libro *Travesía de Bilbao,* editado en esta colección. Entre su obra destacan los poemarios *Todos los santos* (Premio Internacional Antonio Machado) y *Aprender a irse* (Premio Ciudad de Córdoba) y los volúmenes de relatos *Elefantes blancos* y *Suerte de perro* (Premio Iberoamericano Cortes de Cádiz). Ha sido traducido al francés, italiano, portugués, ruso y árabe.

Colección BIZKAIKO GAIAK - TEMAS VIZCAINOS
editado por bbk

www.bbk.es

1937
Vidas y bombas

Bernardo Atxaga
José Fernández de la Sota
Miguel González San Martín
Ignacio Martínez de Pisón
442-443

bizkaiko gaiak = **temas vizcaínos**

© de los textos: sus autores
© de las fotografías: sus autores, fondos y archivos
© del proyecto/idea: ROCH
© de la edición: FUNDACIÓN BILBAO BIZKAIA KUTXA

Selección fotográfica, documentación histórica y textos de las imágenes: ROCH

Depósito Legal: BI-607-2012
ISBN: 978-84-8056-316-1
Imprime: GESTINGRAF
Cº de Ibarsusi, 3 – 48004 Bilbao

En el 75 Aniversario del Bombardeo de Gernika y de más de treinta localidades vizcaínas, la Fundación BBK ha convocado a cuatro escritores para que desde la ficción literaria se asomen a aquella primavera del año 1937 cuando, en plena guerra civil, los aviones nazis o italo-fascistas lanzaban miles de kilos de bombas contra la población civil indefensa.

Algunos de los protagonistas de estos relatos son víctimas directas de los bombardeos aéreos. La muerte les atrapa bien mientras trabajan en una fábrica de zapatillas de nombre 'Cotorruelo' (*El sueño de los justos*) o mientras se trasladan en tren de Eibar a Bilbao (*Izaskun está en Eibar*) o bien cuando una bomba cae encima de su casa y mata a su hermano gemelo. Otros, logran seguir vivos y salvarse; pero, en su caso, la muerte sólo les ha dado una tregua y les espera en el frente de guerra o en la tapia de un cementerio donde se fusila al amanecer (*Hombres de paz*). La única garantía para permanecer vivos en aquella primavera de 1937 era marcharse o ser evacuado como ocurre con esos cerca de cuatro mil niños vascos que parten hacia Inglaterra (*De barcos y aviones*).

Estas historias, llenas de fuerza y emoción, son fruto del talento literario de sus autores quienes han optado por situar sus relatos en Gernika, Eibar, Bilbao y la Margen Izquierda del Nervión.

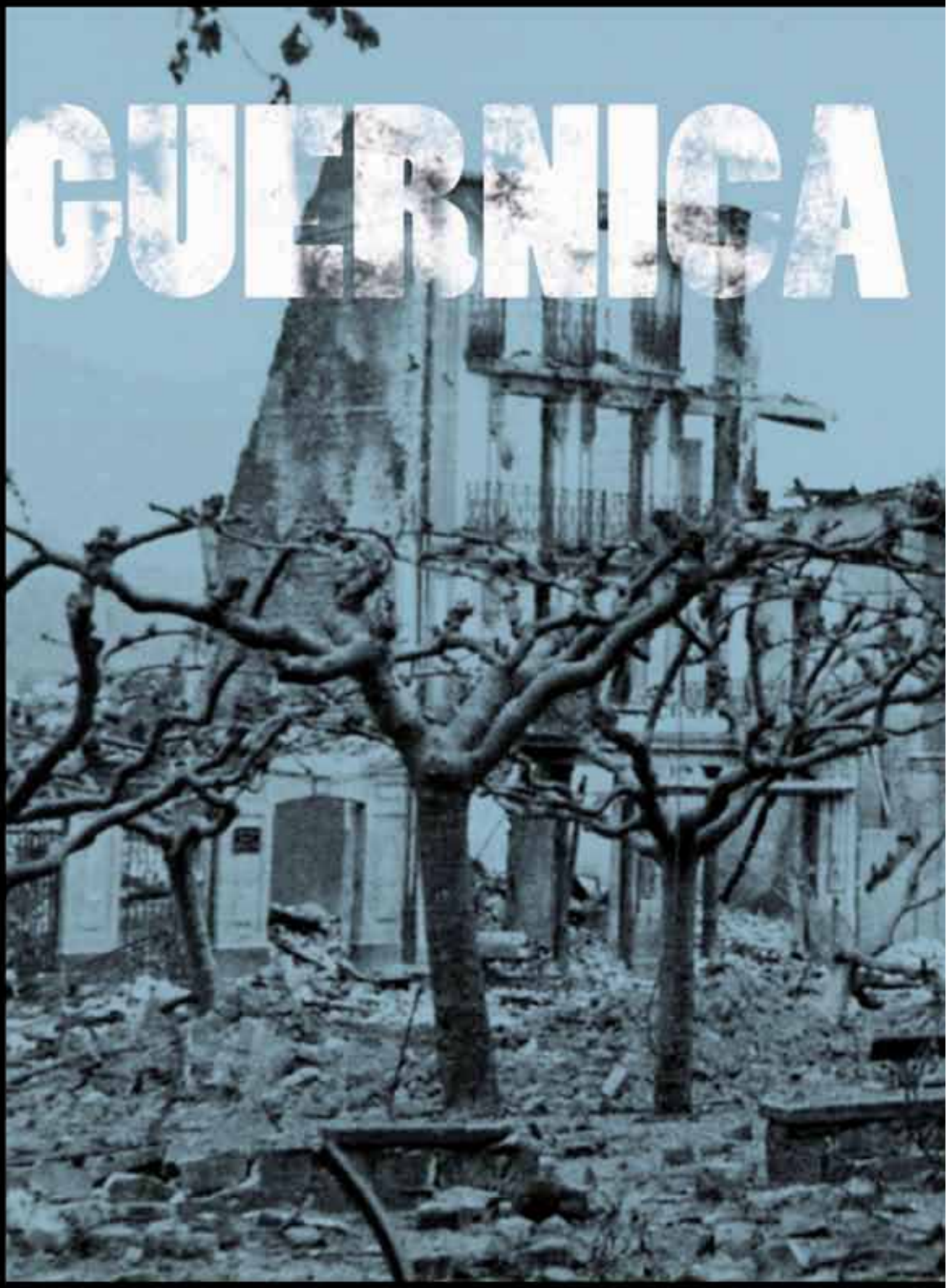
Ignacio Martínez de Pisón en *Hombres de paz*, nos invita a adentrarnos en la Gernika calcinada a través de la mirada de un corresponsal extranjero al que acompaña como guía en su visita un comandante y poeta, de nombre Esteban Urkiaga 'Lauaxeta', al que sólo le quedan dos meses para que su vida termine igual que la de otro poeta al que traduce al euskera: Federico García Lorca.

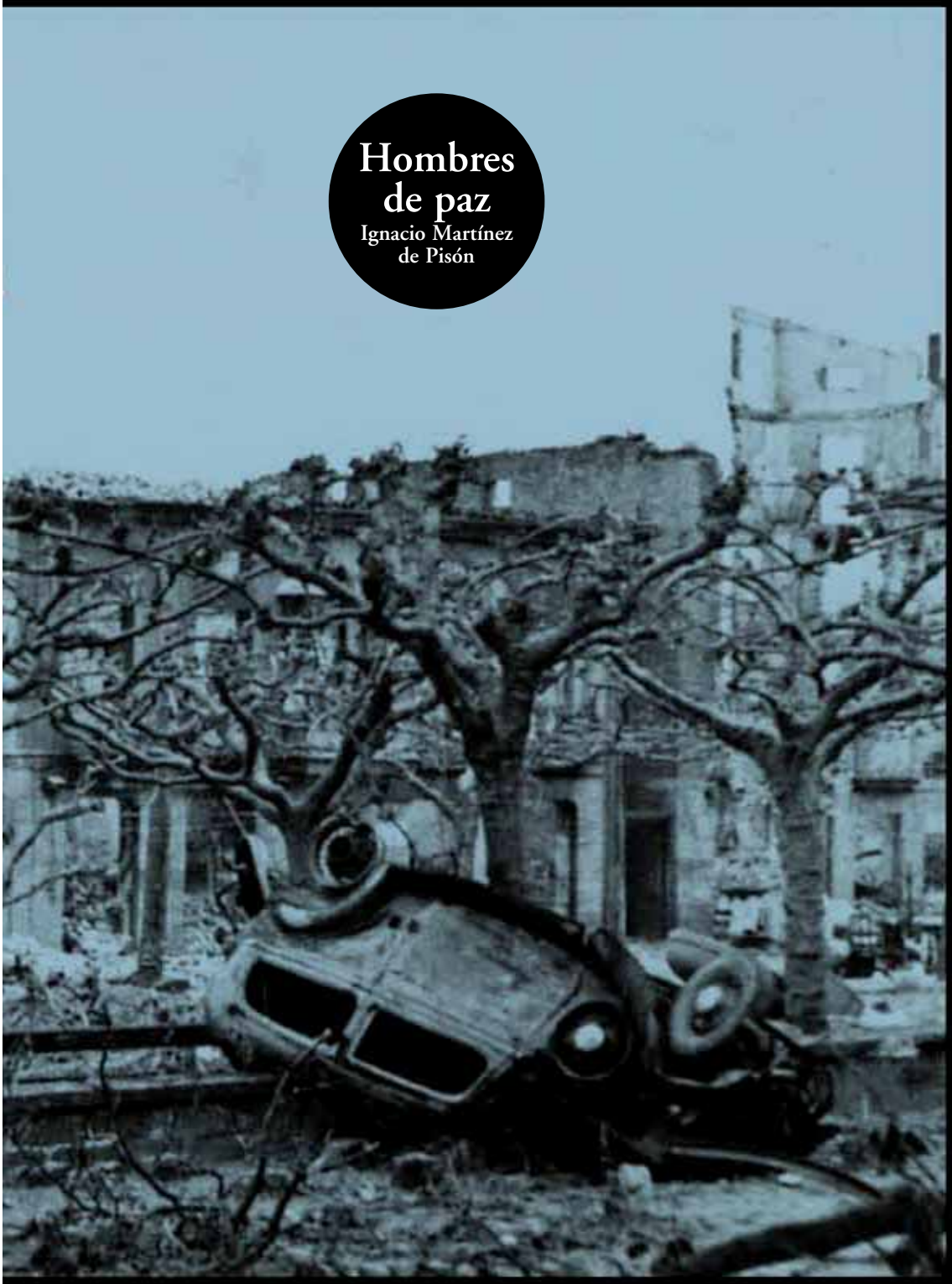
Los protagonistas del relato de José Fernández de la Sota, *El sueño de los justos*, son un fotógrafo extranjero que dispara con una cámara, Robert Capa, y su chófer, un joven estudiante de ingeniería cuyo corazón está ya roto cuando ambos se encuentran en mayo de 1937: su madre ha muerto, el 18 de abril, víctima de un bombardeo de los Junkers alemanes sobre Bilbao, y ya no volverá a oír de su boca los 23 vocablos que existen en el euskera del valle de Arratia para nombrar a las mariposas.

Pero en estos relatos no sólo hay sitio para la muerte, el dolor, la ruina o la destrucción.

La vida fluye por ellos y el día de mañana existe, como existe el mes de junio y el verano al que se llegará, tal vez vencidos, pero se llegará. Así, en el de Bernardo Atxaga *Izaskun está en Eibar* nos topamos con una mujer cuya biografía atraviesa todo el siglo XX y para quien los bombardeos de 1937 representan tan sólo un instante de su dilatada existencia. Mientras que en el relato *De barcos y aviones* de Miguel González San Martín son los niños que parten del puerto de Santurce en el 'Habana' rumbo a un país y una vida desconocida quienes saben construir un parapeto contra las adversidades y la nostalgia a través de los juegos, los sueños y la risa y sobre todo a través de la dichosa vida que les dan las gentes que les cobijan. Las fotografías que acompañan a estos textos literarios los salpican con sus fogonazos de realidad y muestran tanto los efectos de las bombas como los rostros llenos de vida de algunos de los protagonistas de aquella primavera de 1937, cuando el gran miedo asolaba ya a todo el continente.

GUERNICA





Hombres de paz

Ignacio Martínez de Pisón

◀ **1937. Paisaje de destrucción I. Guernica.** El Ferial y la calle Fernando el Católico con las ruinas de las casas de Vicente Gomeza, Pedro Olivares, Marcos Mendiola y Mª Dolores Toña.
Fotografía: Internacional Institute of Social History (Ámsterdam).
Centro de Documentación sobre el Bombardeo de Gernika.

Hombres de paz

Ignacio Martínez de Pisón

1

Como la mayoría de los corresponsales, Georges Berniard tenía siempre una maleta preparada en el armario. Solía comentar que lo importante no era hacer bien su trabajo sino hacerlo antes. Unos meses atrás, cuando el periódico le envió a la España de Franco, también le habían avisado al mediodía para decirle que un coche pasaría a buscarle a las tres para llevarle a Biarritz.

–A las tres en punto –repitió ahora Gounouilhou, director de *La Petite Gironde*, señalándole con el dedo.

–No hace falta que insistas tanto. ¿Alguna vez te he fallado?

El otro, sin escucharle, agarró una pila de periódicos y los dejó caer sobre el escritorio.

–¡Es que no se entiende! Ayer ningún periódico francés dijo nada del bombardeo y hoy todos se apresuran a declarar que, si hubo bombardeo, no fue de la aviación franquista. ¿En qué quedamos? ¡Si no hay noticia, no puede haber desmentido!

–¿Pero ha habido bombardeo o no?

–Para eso quiero que vayas. Lo único seguro es que ese sitio, ¿cómo se llama...?

–Guernica.

–Eso, Guernica –dijo, pronunciando "güernica"–. Lo único seguro es que ha sido arrasada. Resumiendo: quiero saber qué hay de cierto en lo que dicen los periódicos ingleses.

Berniard echó un vistazo a los titulares de los periódicos. “Cientos de muertos en el peor ataque aéreo”, decía *The Star*. “Ciudad vasca eliminada. Aviones de guerra alemanes atacan en relevos durante horas”, decía *The Evening News*. Berniard terminó de leer uno de los artículos y sacudió la cabeza:

–*Mon Dieu!* Mujeres, niños... Si fuera cierto, sería una barbaridad. ¿Y por qué creer a los periodistas ingleses y no a la agencia Havas? Guernica puede haber sido borrada del mapa, pero Havas no dice nada de muertos. ¡Estos ingleses!

–No te quejarás.

Berniard le miró interrogativamente.

–La destrucción resulta siempre muy fotogénica.

–Eres un cínico, Gounouilhou –dijo Berniard, levantándose.

A las tres en punto tenía el Citroën esperando delante de su casa. A François, el conductor, lo conocía de otros viajes. Metió la maleta en el portaequipajes.

–¿La cámara también?

–Yo de ésta no me separo –dijo Berniard, sentándose en el asiento del copiloto–. Es mi bien más preciado.

Era una Leica de 35 milímetros, pequeña y ligera, la favorita de muchos fotógrafos de guerra.

–Las cámaras de antes servían para hacer fotos de gente posando –añadió–. Pero la vida no consiste en posar. Esta cámara está hecha para fotografiar la vida.

–Y la muerte, ¿no?

–Y la muerte.

Un rato después, fuera ya de Burdeos, seguían hablando de lo mismo. Dijo Berniard:

–En mi trabajo, el mundo se divide entre la Leica y la Contax.

–O sea que tu mundo es alemán.

–Si las cosas siguen así, pronto todo el mundo será alemán.

–Dios nos coja confesados.

A Berniard le esperaba una noche agitada, y aprovechó para echar una cabezada en el coche. Cuando llegaron al aeródromo de Biarritz, François le deseó suerte y se fue. En

la sala más grande, varios hombres dormitaban en desiguales sillas de anea. Aquello parecía amueblado con los sobrantes de una mudanza. Preguntó por la avioneta de Bilbao y le dijeron que no salía hasta el amanecer. Se sentó a esperar.

El aeropuerto de Bilbao no era mucho más grande, con una única pista de tierra, larga y estrecha. Aunque desde el estallido de la guerra en España sólo había visitado la zona controlada por los rebeldes, Berniard sabía muy bien lo que tenía que hacer. Consiguió que un coche le llevara a la ciudad y localizó sin dificultades la sede de la Oficina de Prensa. Allí el trasiego era enorme: gente que solicitaba vales de combustible o autorización para visitar el frente o conexión por teléfono o por cable, y que además lo solicitaba con la máxima urgencia. Berniard mostró las cartas de recomendación que llevaba, y una joven llamada Miren le atendió en francés mientras en inglés y español despachaba otros asuntos por teléfono. Algunos de los pasajeros que habían viajado con Berniard desde Biarritz eran también periodistas. Pero él era el único que quería ir a Guernica, o al menos el único que quería ir directamente y sin demora.

–¿No será peligroso? –dijo Miren–. Déjeme que consulte.

Reapareció poco después con un hombre enorme, descomunal. Berniard les oía hablar, pero sólo captaba retazos sueltos de la conversación.

–Los fascistas están a veinte kilómetros de Guernica –decía el gigante.

Miren sonrió a Berniard. Todo arreglado: el Gobierno Vasco pondría a su disposición un automóvil, el guía se ocuparía de los salvoconductos. Berniard sonrió también y pensó que, si el trabajo no le retenía demasiado tiempo en Guernica, tal vez podría invitarla por la tarde a dar un paseo.

A las once menos cuarto llegó el guía. Aunque vestía el uniforme de comandante del ejército vasco, con pantalones bombachos y botas de caña alta, su aspecto resultaba muy poco marcial. Era un hombre de rasgos delicados, pocas carnes y hombros caídos. Llevaba unas gafas redondas parecidas a

las de, ¿cómo se llamaba aquel cómico?, sí, Harold Lloyd. Pero sus gestos no eran de cómico. Berniard, para sus adentros, le atribuyó un pasado de novicio.

–¿Georges Berniard? Soy Esteban Urkiaga. He pensado que tal vez quiera que le acompañe primero al hospital de Basurto para ver a los heridos y a los muertos...

–Déjeme que le haga una foto, Esteban –le interrumpió Berniard.

Urkiaga se cuadró, se ajustó la boina y tensó el gesto. El otro disparó dos veces seguidas con la Leica. Sabía por experiencia que algunas personas sólo se relajaban después de la primera foto.

–*Très bien* –dijo, y luego añadió:– Los muertos seguirán estando muertos cuando volvamos, ¿no?

–Muy bien. Iremos por Bermeo. Pasaremos por Munguía. ¿Lo conoce?

–¿Es bonito?

–Para mí es el pueblo más bonito del mundo. Allí pasé mi infancia.

Fueron andando hasta el coche, un Mercedes negro que estaba aparcado junto a la sede del Gobierno Vasco. Sobre la entrada, custodiada por miqueletes guipuzcoanos con boinas rojas y guantes blancos, el antiguo rótulo del hotel Carlton había sido sustituido por otro que en letras bien grandes decía: LENDAKARITZA – PRESIDENCIA. Berniard hizo unas fotos del edificio mientras Urkiaga terminaba de dar instrucciones al conductor. Se sentaron los dos en el asiento de atrás.

–¿Cuántos años tiene, Esteban?

–Treinta y uno.

–Parece más joven.

En cuanto el coche arrancó, Urkiaga adoptó una actitud pesarosa para resumir lo ocurrido en Guernica tres días antes, el lunes veintiséis.

–Supongo que sabe que era día de mercado... Eso significa que, además de los vecinos y los refugiados, había gente de las

El comandante Esteban Urkiaga (1905-1937) más conocido como ►
el poeta 'Lauaxeta' (en la imagen, con kaiku y correaje).
Archivo: Goaz Museum. Museo del Nacionalismo Vasco.

aldeas y los caseríos. Unos iban a comprar o a vender, otros a ver los partidos de pelota. En total, puede que hubiera diez mil personas, y ninguna defensa antiaérea. Hacia las cuatro y media llegaron los primeros aviones y las primeras bombas. La gente se apresuró a esconderse en sótanos, y los que no tenían dónde refugiarse corrieron hacia las colinas... Pero enseguida llegaron más aviones. Unos tiraban bombas incendiarias sobre las casas, otros ametrallaban a la gente que huía despavorida...

–Todo eso lo sé. Es la versión de Aguirre, su presidente.

–Es la verdad. Es lo que ocurrió.

–Nunca antes, en ninguna guerra, se había arrasado de una manera tan salvaje un objetivo civil... Si no se ha hecho antes, ¿por qué tendría que hacerse ahora? Reconózcame que suena un poco... –tardó unos instantes en encontrar la palabra– inverosímil.

–Lo reconozco –dijo Urkiaga con solemnidad–. Pero, puestos a inventar, ¿por qué habría de inventar Aguirre algo inverosímil?

Berniard hizo un vago gesto de asentimiento. El otro prosiguió:

–El ataque duró unas tres horas. Como la línea telefónica estaba cortada, no se pudo avisar a los bomberos hasta la noche. Y los bomberos llegaron a eso de las diez y media. Tres camiones. De Bilbao. Pero el agua casi no tenía presión, y fue poco lo que pudieron hacer. Soplaba además un viento muy fuerte, que ayudó a propagar las llamas. A la mañana siguiente, el martes, tres cuartas partes de la ciudad habían quedado reducidas a escombros.

–¿Muertos?

–¿Quién sabe? Centenares. Muchos de los que no murieron en Guernica agonizan en estos momentos en hospitales de Bilbao.

Para introducir una pausa en la conversación, se dedicó a hacer fotos del paisaje a través de la ventanilla. Como todo reportero de guerra, Berniard desconfiaba de la gente que trabajaba en los servicios de propaganda. Eran especialistas en

convertir las mentiras en medias verdades y las medias verdades en verdades indiscutibles. La carretera atravesaba un par de aldeas. Vieron a unos niños jugando a ¡churro va! contra la fuente de la plaza. Con guerra o sin guerra, la vida seguía su curso. Parecía increíble que a unas decenas de kilómetros de allí se hubiera producido una masacre como la relatada por los periódicos británicos.

Urkiaga se volvió hacia él y le miró sonriente, casi con dulzura.

–¿Le gusta la poesía, Berniard?

El fotógrafo sonrió también y se encogió de hombros. Urkiaga, sin pensárselo dos veces, empezó a recitar unos versos en euskera. Berniard siempre había supuesto que el sonido de ese idioma sería tosco y primitivo, y le sorprendió la musicalidad de aquellas estrofas incomprensibles, una musicalidad que le evocaba algunos sonidos de la naturaleza: el de las ramas que el viento agita con suavidad, el de la lluvia chocando contra las piedras, el de los pájaros cantando. Cuando Urkiaga concluyó, Berniard dio unas palmadas.

–Qué bonito. ¿Lo ha escrito usted?

–A medias.

–¿Cómo que a medias?

–Yo lo he traducido. Lo escribió un andaluz, Federico García Lorca. ¿Lo conoce?

–El poeta que unos dicen que está muerto y otros que no...

–Está muerto. Lo fusilaron los fascistas en Granada. ¿Por qué siempre la verdad le parece sospechosa?

Lo dijo sin hostilidad, y Berniard prefirió no replicar. Urkiaga recitó también algún poema de su propia cosecha e improvisó la traducción de los primeros versos:

–Dicen algo así como "¡Rojas minas de mi Vizcaya, herida de la verde montaña!" Pero dejémoslo. Yo soy sólo un aficionado... Aquí los poetas solemos usar seudónimos. ¿Sabe cuál es el mío? Lauaxeta.

–¿Qué significa?

–Literalmente quiere decir "a los cuatro vientos".

–Es... extraño.

Urkiaga soltó una carcajada.

–Un poeta es un ser extraño, ¿no? –dijo, y Domingo, el conductor, que seguía a medias la conversación, rió también y asintió con la cabeza. Urkiaga señaló hacia delante y dijo: –Mire, Berniard. Munguía.

A la entrada de Munguía, unos troncos cruzados sobre el asfalto indicaban la presencia de un control militar. Eran gudaris, pero iban todos desigualmente uniformados. Unos llevaban jersey de cuello alto bajo la guerrera o el capote, y otros camisas blancas o a cuadros. El que estaba al mando de la unidad habló con Urkiaga en euskera. Al cabo de un par de minutos, le devolvió la documentación y les dejó seguir.

–¿De qué hablaban? –dijo Berniard.

–Aquí nadie sabe nada. Yo le pregunto a qué distancia están los fascistas y él me lo pregunta a mí. Supongo que todas las guerras son así... Usted sabrá, que ha conocido más guerras que yo.

La carretera atravesaba el centro del pueblo. Urkiaga le fue indicando las viviendas de algunos amigos y familiares.

–A la vuelta paramos y le enseño mi casa –añadió.

El tráfico fue creciendo a medida que se acercaban a Bermeo. Si hasta entonces apenas se habían cruzado con media docena de vehículos, ahora no recorrían doscientos metros seguidos sin tener que hacerse a un lado para dejar pasar a un camión, un coche o un carro por la estrecha carretera. Eran siempre camiones o coches o carros atestados de enseres, animales y personas. En una camioneta descubierta, entre muebles diversos protegidos con mantas, llevaban incluso un piano, y Berniard pidió al conductor que parara un instante para hacer algunas fotos.

–Huyen de sus casas –dijo Urkiaga con tristeza–. Nadie cree que vayamos a contener a los fascistas.

–A lo mejor en Bilbao...

–A lo mejor. Quién sabe.

Volvieron a ponerse en marcha y alcanzaron a un batallón de gudaris que acudía a hacer un relevo. Tardaron más de un

cuarto de hora en adelantarlo por las calles de Bermeo, y luego siguieron por la carretera que bordeaba la ría. En esa parte del viaje casi no hablaron. De vez en cuando, Urkiaga señalaba a través de la ventanilla algo que podía llamar la atención del fotógrafo: un barco de pescadores, un caserío medio protegido por sacos terreros, un anciano con un atado de ramas a la espalda, una mula junto a un abrevadero. Y Berniard asentía en silencio y lo fotografiaba o no.

–Hace tiempo que no nos cruzamos con nadie... –observó.

La carretera, en efecto, estaba desierta. De hecho, todo parecía desierto: no se veía a nadie en las casas, a nadie en los caminos o en los huertos. Pasada una pequeña zona de curvas, el trazado se enderezaba entre filas de árboles con los troncos pintados de blanco. Los restos de un carro reventado por una bomba les anunciaron que estaban llegando. No mucho más adelante empezaba el paseo de los Tilos, y el conductor tuvo que maniobrar para evitar el inmenso cráter provocado por una explosión.

–Para, Domingo –dijo Urkiaga–. Para y espéranos.

–Aparcaron en lo que parecía ser el patio de un convento. Hasta ese punto, las huellas de la destrucción sólo eran visibles de forma aislada, en este tejado o aquella fachada. A partir de allí comenzaba el casco urbano, y todo era devastación. Berniard salió del Mercedes y lo único que dijo fue:

–*Mon Dieu, mon Dieu…*

Estaba tan impresionado que en ese momento ni siquiera pensó en hacer fotos. Aquello había sido una ciudad hasta tres días antes, y ahora no era más que un montón de escombros. Echaron a andar hacia la calle de San Juan. Tuvieron que pasar por encima de una montaña de cascotes bajo la cual asomaban los chasis deformados de varios automóviles. De algunos edificios no quedaba nada en pie. De la mayoría, sólo partes de las paredes. En éstas, el hueco de lo que habían sido puertas y ventanas estaba rodeado de un marco oscuro. En un lado de una calle aún colgaban de un trozo de muro restos del tendido eléctrico, y en mitad de un cruce un farol se balanceaba suspendido en el aire de forma casi milagrosa.

Entre las ruinas, el blanco del yeso descarnado contrastaba con el negro omnipresente de la calcinación. En algunos puntos seguían levantándose columnas de humo blanquecino. El aire olía aún a ceniza y, sobre todo, a lana y a madera quemadas. Avanzaban sobrecogidos entre los escombros. Urkiaga rompió el silencio para avisar de que por esa calle no podían seguir.

–Es peligroso –dijo–. Aunque ya no se vean llamas, el fuego sigue vivo. Puede haber derrumbamientos. Y en una de ésas igual explota alguna de las bombas incendiarias que no lo hicieron al caer...

Tuvieron que retroceder y meterse por otra calle. Pasaron junto a los restos del ayuntamiento y de la sede de un sindicato. Urkiaga señaló en otras direcciones:

–Allí había un convento que se usaba como hospital. No sobrevivió nadie. Y en esa calle que baja hacia la Casa de Juntas había un refugio... De entre los escombros sacaron cincuenta cuerpos, la mayoría de mujeres y niños.

Después de una larga pausa, añadió:

–¿Cuántos cadáveres seguirá habiendo entre estos restos?

Volvieron a caminar. De algún lugar salió un perrillo de largas orejas que les observó cauteloso. En medio de aquel paisaje de muerte y desolación, era el primer signo de vida que encontraban. Berniard lo llamó y el perro se acercó agitando el rabo. Tenía los párpados medio pegados por unas legañas que eran en gran medida polvo y ceniza.

–A saber lo que habrán visto estos ojos... –dijo Berniard, mientras trataba de limpiárselos con el pañuelo.

Luego el perro echó a andar delante de ellos, y los dos hombres le siguieron. En una esquina, entre dos fachadas desmoronadas y en mitad de una nube de polvo que el viento acababa de levantar, le hizo una foto. Llegaron hasta la estación del ferrocarril. También allí habían caído bombas.

–Lo curioso es que no lograron interrumpir el tráfico ferroviario –dijo Urkiaga.

1937. Paisaje de destrucción II. Guernica. ►
Fotógrafo: Diego Quiroga, marqués de Santa María del Villar.
Archivo: Institución Príncipe de Viana. Pamplona.

La calle que discurría en paralelo a la vía del tren parecía establecer un límite entre la zona que había sido bombardeada y la que no. A mano derecha había dos manzanas de casas en ruinas, y algo más adelante el frontón, también en ruinas. A mano izquierda, en cambio, estaban las fábricas: Unceta y Compañía, Talleres de Guernica. Ninguna de esas instalaciones había sufrido graves desperfectos. Cruzaron la vía y se asomaron a la oficina de una de las fábricas. Batas colgadas de las perchas, una fiambrera metálica en una silla, una máquina de escribir con una holandesa aún encajada en el rodillo... Estaba claro que todo aquello había sido abandonado con precipitación.

–Aquí se fabricaban armas –dijo Urkiaga–. ¿Le suenan las pistolas Astra? Lógicamente, éstos eran los objetivos militares. Los objetivos que la aviación fascista habría tenido que destruir. Y mire: todo intacto. Por eso se entiende menos que hayan arrasado lo demás. Que hayan acabado con una población en la que sólo había militares heridos y civiles.

Mientras Urkiaga hablaba, Berniard no paraba de hacer fotos. Llegó un momento en que ya no quedaba nada por fotografiar, y se sentó en un escalón a descansar. El perro se tumbó a sus pies y alzó las patas delanteras para que le rascara el pecho. Berniard sonrió:

–No es un perro callejero. Está acostumbrado a las caricias.

–Quién sabe.

Berniard acarició al perro hasta que éste cerró los ojos.

–Qué raro... –dijo después.

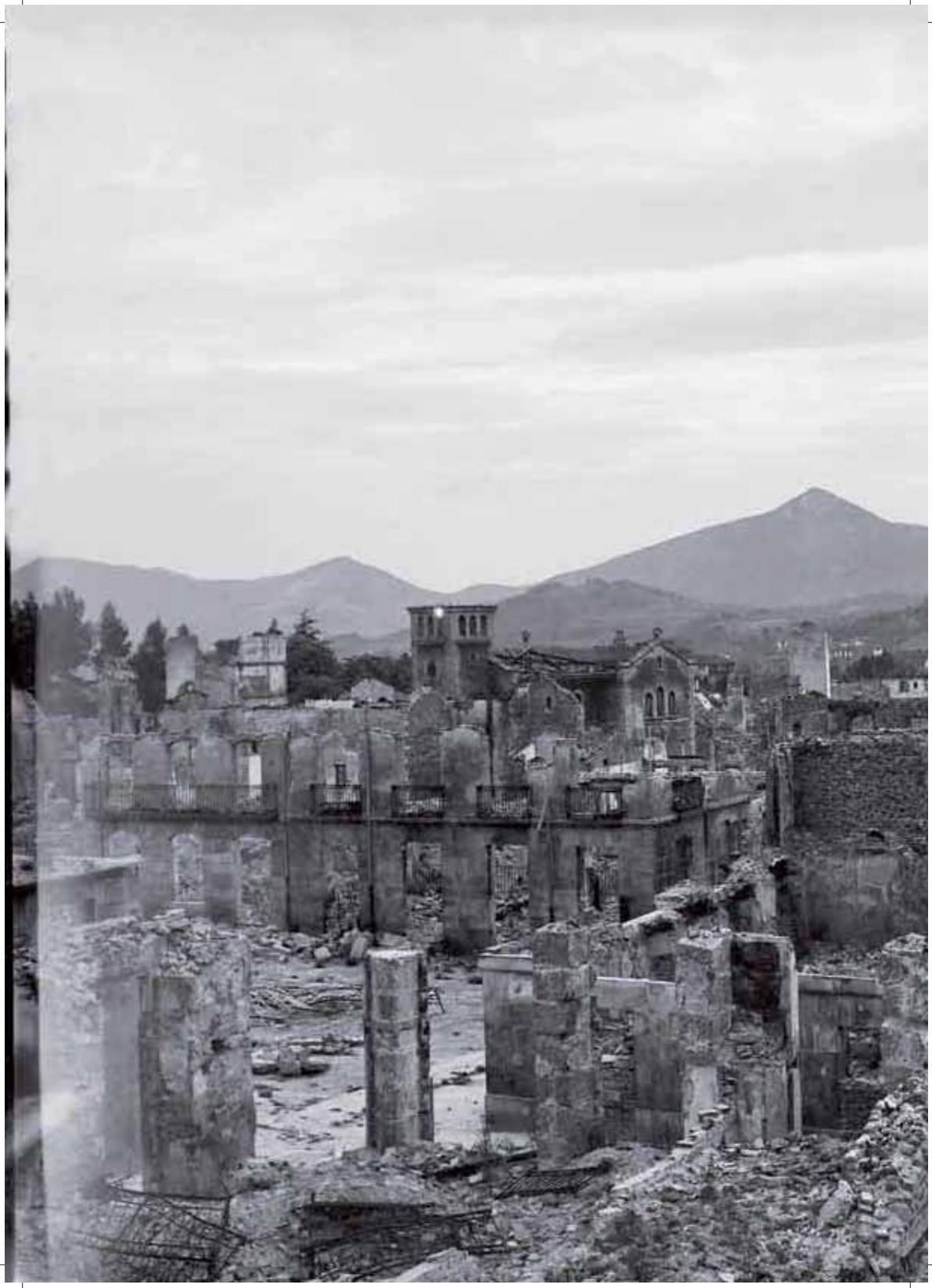
–¿Qué?

–Este silencio. No se oye nada. Ni voces de gente ni ruido de máquinas o de coches...

El silencio no era total: llegaba un rumor hecho de brisa y cantos de pájaros. Pero era el silencio de la naturaleza en un lugar que no era la naturaleza. Resultaba inquietante. El perro, juguetón, reclamó de nuevo su atención moviendo las patas en el aire.

1937. Paisaje de destrucción III. Guernica. ►
Fotografía: Internacional Institute of Social History (Ámsterdam).
Centro de Documentación sobre el Bombardeo de Gernika.

BILBAO
LEQUEITIO



–No has jugado con nadie en tres días, ¿eh? Nadie te ha hecho caso –le dijo Berniard, acariciándolo otra vez.

El perro volvió a quedarse adormilado. En cuanto el fotógrafo apartó la mano, dio un respingo y tensó los músculos del cuello.

–¿Un mal sueño? –rio Berniard–. Ya pasó, chucho, ya pasó...

Fue entonces cuando oyeron los gritos:

–¡Las manos en alto! ¡Contra la pared! ¡Las manos en alto y contra la pared!

Estaban rodeados. De todas partes fueron saliendo soldados que les apuntaban con fusiles y pistolas. Primero tres, luego dos más, luego otros tres... En total, casi una docena. Llevaban capotes pardos y boinas rojas. Eran requetés.

–¡Contra la pared, he dicho!

Urkiaga y Berniard obedecieron. Urkiaga notó cómo alguien le encañonaba la espalda a la altura de los riñones y después le quitaba el revólver de la cartuchera. Mientras tanto, otro hombre les cacheaba en busca de documentación y más armas.

–Un..., ¿cómo decís?, un gudari –dijo el que parecía ser el jefe.

–Comandante de intendencia –dijo Urkiaga sin volverse–. Estoy destinado en la Oficina de Prensa del Gobierno Vasco.

–¿Y éste?

–Georges Berniard, periodista.

–Ya... Espía.

–Periodista. Francés. De *La Petite Gironde*.

Seguían los dos cara a la pared. Berniard mantenía la Leica en la mano derecha. Un soldado se la quitó de un tirón.

–Podéis bajar los brazos –dijo el jefe–. ¡Pero no se os ocurra moveros!

Le oyeron alejarse y dar instrucciones a los hombres que se iban a quedar vigilando. Urkiaga y Berniard intercambiaron una mirada de preocupación. Hablaron en voz baja:

–Son los "cobayas"... –dijo Urkiaga.

–¿Qué quiere decir?

–Son los que entran primero, con las avanzadillas. Como corren más riesgos, tienen derecho a una parte mayor del botín...

◄ **1937. Paisaje de destrucción IV. Guernica.** Vista general.
Fotógrafo: Indalecio Ojanguren. Archivo General de Gipuzkoa (Tolosa).

–O sea que ya me puedo despedir de la cámara.

–Ojalá sólo fuera eso...

2

Dado el valor simbólico que la población tenía para los carlistas, Mola había exigido que fueran sus hombres los primeros en entrar, y los mandos italianos no habían puesto objeciones. Algo después del mediodía, una compañía de la IV Brigada de Navarra entraba en Guernica cantando el *Oriamendi*:

–"Por Dios, por la patria y el Rey lucharon nuestros padres..."

Franco había obligado por ley a cambiar dos versos de la tercera estrofa. Donde antes se decía "venga el rey de España a la corte de Madrid", ahora había que decir "que las boinas rojas entren en Madrid". Pero los requetés seguían fieles a la antigua letra y, al llegar a esos versos, los cantaban aún con más fuerza:

–"Cueste lo que cueste, se ha de conseguir... ¡venga el rey de España a la corte de Madrid!"

El capitán Fermín Unzué, herido en la pierna derecha, fue llevado en camión hasta la entrada misma de la ciudad. Allí ordenó que le bajaran y, ayudándose con una muleta, cruzó trabajosamente el puente de Rentería. Aunque el barrio había resultado muy castigado por las bombas, el puente se mantenía en pie. Los hombres de Unzué se agolpaban impacientes a su espalda.

–¡Tranquilos, coño! ¿Qué prisa tenéis?

Los soldados, alegres, volvieron a entonar el himno. Los que marchaban delante enmudecieron tan pronto como tuvieron a la vista los restos de los edificios bombardeados. Los de atrás fueron también quedándose en silencio. En un momento dado, sólo se oía cantar a los rezagados. Unzué, hijo y nieto de carlistas, los hizo callar con un movimiento de su muleta. Luego se paró y se quitó la boina.

–¡Coooño! –exclamó, y se santiguó muy despacio.

La visión de las ruinas resultaba tan sobrecogedora que, al principio, nadie reparó en los vecinos que les esperaban

en una parte milagrosamente intacta de la carretera. No serían más de quince. Había algunos niños pero la mayoría eran ancianos, y todos parecían asustados. Vestían varios de ellos muchas prendas superpuestas, lo que les confería un aspecto extravagante. Seguramente llevaban encima todo lo que habían podido rescatar de sus casas. En cuanto Unzué y sus hombres se acercaron, todos, como movidos por un resorte, hicieron el saludo fascista.

–¡Eso guardáoslo para los italianos! –gritó Unzué, y bajaron el brazo, intimidados.

–¿No vienen los moros? –preguntó una mujer con un hilo de voz.

Unzué, sin contestar, llamó al capellán. A éste se le reconocía por la tripa redonda y la gran borla morada que colgaba de la boina roja.

–No hay tiempo para una misa de campaña. Confórmese con un padrenuestro –dijo Unzué, y luego buscó con la mirada al sargento–. ¡Ezpeleta! Da de comer a esta gente. Pero antes tómales la filiación, no vaya a haber algún rojo entre ellos. ¡Y si se portan mal, diles que les soltamos a los moros, ya que les tienen tanto miedo!

Ezpeleta, que llevaba un detente bala con la imagen del Sagrado Corazón, echó un vistazo al pequeño grupo y dijo con sorna:

–Peligrosos no parecen.

Terminado el padrenuestro, la tropa encendió hogueras y se tumbó a descansar. Unzué, sentado en una silla de tijera, miraba con dureza al sanitario que le cambiaba las vendas de la pierna.

–¡Qué torpe eres! ¡Cada vez me haces más daño! –protestó.

–Esto supura, mi capitán. Tendría que vérselo un médico.

–Y me lo verá. ¡Pero en Bilbao!

–¡Con dos cojones! –jaleó Ezpeleta.

Por la vía del ferrocarril vieron llegar al cabo Sinesio y a sus "cobayas". Traían dos prisioneros con las manos atadas. El cabo, respetuoso, esperó hasta que el sanitario hubo terminado.

–¿Quiénes son? –dijo Unzué sin prestar mucha atención.

–Dos espías. Estaban escondidos en una de las fábricas de armas.

–¿Y para qué me los traes? Si son espías, ya sabes lo que hay que hacer.

–Capitán, no... –intentó decir Urkiaga.

Uno de los soldados le hizo callar de un manotazo. Unzué levantó la vista. Se fijó en sus galones.

–A sus órdenes, comandante –dijo, guasón, y los otros rieron.

A un gesto suyo, Sinesio le tendió la documentación de los dos hombres. La de Urkiaga la despachó Unzué con un gesto desdeñoso. A la de Berniard le dedicó medio minuto.

–¿Hablas cristiano?

Berniard asintió con la cabeza y dijo:

–He trabajado también en la zona nacional. Conozco a gente de la Oficina de Prensa y Propaganda de Salamanca.

–Ese periódico tuyo, *La Petite*..., ¿no será comunista?

–No, señor.

–Aquí dice que eres fotógrafo...

Sinesio enseñó un pequeño cilindro metálico. La cámara había desaparecido definitivamente.

–¿Qué es eso? –preguntó Unzué.

–Lo llaman carrete –contestó Sinesio.

–¿Y ahí dentro van las fotos? –dijo Ezpeleta, escéptico.

–Luego veremos qué fotografías son ésas –dijo Unzué y, con un gesto de dolor, se llevó la mano a las vendas–. ¡Al camión, coño! ¡Meted al francés en el camión!

–¿Y con el otro qué hacemos?

–¿No hemos quedado en que era un espía? ¡Pues ya está!

Ezpeleta señaló a Urkiaga con la mano e hizo el gesto de disparar con una pistola imaginaria.

–¿Qué se propone? –exclamó Berniard–. ¡No puede hacerlo! ¿No ha oído hablar de la Convención de Ginebra?

Unzué, sin escucharle, seguía frotándose la pierna herida. De algún sitio llegaron ecos de algarabía. Volvieron todos la mirada.

–Ya están aquí esos fantoches... –dijo el capitán con rencor.

Los voluntarios mussolinianos de las Frecce Nere, en perfecta formación de a dos, llegaban por la carretera cantando con entusiasmo uno de sus himnos:

–"*Giovinezza, giovinezza, primavera di bellezza*..."

–Míralos –murmuró Unzué–, parecen recién salidos de la peluquería.

Sin embargo, cuando Ferreri, el capitán de los italianos, se le acercó con el parte de novedades, se dieron un abrazo de viejos amigos.

–Ninguna baja –dijo Ferreri–. ¿Vosotros?

–¿Bajas? ¡Esto ha sido pan comido!

El cabo Sinesio esperó a que terminaran de parlamentar y preguntó, refiriéndose a Urkiaga:

–¿Entonces qué hago con éste?

–¿Pues qué vas a hacer?

Sinesio vaciló. ¿Tenía que fusilarlo o no? Unzué, incomodado por la presencia del italiano, agregó:

–¡Al camión también! Al camión los dos, y ya decidirán en Vitoria.

–*Chi sono?* –preguntó Ferreri–. ¿*Sono* comunistas?

A medida que iban llegando, los soldados italianos dejaban la impedimenta en cualquier parte y se aproximaban a observar las ruinas. Algunos de ellos se juntaban en grupos y se fotografiaban como si estuvieran delante de un monumento. Entre los vehículos que cerraban la marcha estaba el coche en el que viajaban los enviados especiales de *La Stampa*, *Corriere della Sera* y *La Tribuna*. El coche se abrió paso hasta donde pudo, y los tres hombres, todos con el uniforme fascista, salieron a mirar. A pocos metros de allí, los militares seguían decidiendo el destino de los prisioneros.

–¡Eh! –oyeron gritar–. ¿Te acuerdas de mí? ¡Soy Georges Berniard!

El prisionero parecía dirigirse a alguien en concreto, pero ninguno de los tres sabía a cuál. Se miraron en silencio.

1937. Paisaje de destrucción V. Guernica. ►
Ruinas del edificio de la Caja (BBK), obra del arquitecto Ricardo Bastida.
Archivo: Gernikazarra (Gernika).

AHORROS

Berniard, aprovechando esos instantes de desconcierto, echó a andar hacia ellos.

–¡Georges Berniard, de *La Petite Gironde*! ¡Tienes que acordarte de mí!

El cabo Sinesio reaccionó y, agarrándolo del brazo, lo arrastró de nuevo ante Unzué. Ni Sandri ni Segàla ni Franzetti habían visto antes a ese hombre. Sandri decidió hacer su buena acción del día.

–¿Georges? ¿Georges Berniard? –dijo–. Eres tú, ¿no? Soy Sandro Sandri, de *La Stampa*...

Avanzaba hacia Berniard con los brazos abiertos. Los ojos del francés se iluminaron.

–No nos vemos desde... Toledo –seguía diciendo Sandri–. ¿Qué ha sido de tu vida? ¿Por qué tienes las manos atadas?

–Estos militares creen que soy un espía, Sandro. Diles quién soy. Diles que soy periodista.

La comedieta se prolongó aún unos minutos más. Ferreri sonreía beatífico: habían estado a punto de cometer una equivocación fatal. Unzué, a pesar de todo, no parecía muy convencido. Dijo:

–Dentro de un rato llegará Aguilera con los franceses. Que decida él. De momento –al decir esto señaló a Sandri–, queda usted responsable de este hombre.

–Tendrán que soltarle, digo yo –dijo Sandri.

Unzué se dejó caer en la silla y asintió con la cabeza. El cabo Sinesio cortó la cuerda con una navaja. Sin perder un segundo, Sandri agarró a Berniard por el hombro y se lo llevó adonde estaban sus colegas.

–Gracias, muchas gracias... –susurró Berniard, frotándose las muñecas.

El de más autoridad era el corresponsal de *Il Corriere della Sera*, Renzo Segàla, quien, entre reproches, no dudó en atribuirse el mérito de haberle salvado la vida:

–¿A quién se le ocurre quedarse a dar un paseo con un militar del ejército rojo? Me da lo mismo lo que te hayan dicho en Bilbao. En las guerras esas imprudencias suelen pagarse muy caras. ¡Estaba claro que íbamos a tomar hoy la ciudad!

Suerte has tenido de que estuviéramos... Si no llega a ser por nosotros, *kaputt!*

Berniard asintió en silencio. Fueron luego a dar una vuelta entre las ruinas. Algunos soldados se internaban temerariamente entre los escombros para rapiñar algún objeto de valor. Los tres italianos anotaban cosas en sus libretas, pero nada de lo que anotaban se parecía a lo que veían.

–Lo que dice la radio de Salamanca no admite discusión –dijo Segàla.

–¿Y qué dice Salamanca? –preguntó Berniard.

–Que todo ha sido obra de los dinamiteros asturianos, que han incendiado la ciudad antes de abandonarla. ¿Veis esas casas? Está claro que no han sido bombardeadas sino incendiadas... ¿No notáis el olor a gasolina quemada?

Berniard no daba crédito a lo que oía:

–¿Dinamiteros asturianos? ¿De qué estáis hablando? Y los muertos ¿qué? ¿Esos dinamiteros que decís quemaron las casas con la gente dentro? ¿No creéis que antes los habrían evacuado?

–¿Muertos? –dijo Segàla–. ¿Qué muertos? ¿Dónde ves tú los muertos?

–Los hay a cientos: en los hospitales de Bilbao y aquí mismo, bajo esas ruinas.

–Algunos habrá, sí. ¿Quién te dice que no eran gente favorable al alzamiento? ¡Así los rojos mataban dos pájaros de un tiro!

–¡Pero eso que decís es una locura...!

Segàla le observó con infinito desdén. Sandri, paternal, le palmeó varias veces la mejilla:

–Ya casi no te acuerdas de lo que ha estado a punto de pasarte hace un rato, ¿verdad? Pues intenta no olvidarlo. Hemos dado la cara por ti y estás bajo nuestra responsabilidad. Cualquier cosa que hagas no sólo te compromete a ti sino también a nosotros, *capito?*

Para que las cosas quedaran claras, la última palmada fue un poco más fuerte que las demás, casi un bofetón. Berniard, derrotado, bajó la cabeza.

Volvieron junto a la tropa. En los camiones de intendencia estaban repartiendo bocadillos. Franzetti le llevó uno a Berniard e intentó animarle:

–Lo importante es que has salvado el pellejo.

Berniard cogió el bocadillo, pero no tenía hambre. Dio una vuelta entre los camiones hasta que encontró el que andaba buscando.

–¡Eh, tú! –gritó un soldado.

–Traigo algo de comer para el prisionero –Berniard enseñó el bocadillo–. El capitán me ha autorizado.

–Se lo das tú. ¡Y que yo te vea!

En la trasera cubierta del camión había alguien más al lado de Urkiaga. Berniard tuvo que entornar los ojos para reconocerle en la penumbra.

–¡Domingo! –exclamó.

El conductor le miró con tristeza.

–Me quedé dormido en el coche y cuando desperté...

Estaban los dos atados de pies y manos, y Berniard tuvo la sensación de que les había interrumpido mientras rezaban. Partió el bocadillo en dos y se lo ofreció. Urkiaga volvió la cabeza hacia el otro lado.

–Intenta animarte –le susurró el francés–. En cuanto encuentre un teléfono, avisaré a Bilbao. Seguro que entráis en un canje. Un conductor y un poeta: dos hombres de paz... Y en el Gobierno Vasco tienes amigos, ¿no, Esteban? A los prisioneros como tú siempre los canjean.

Urkiaga trató de sonreír.

–No te preocupes por mí –acertó a decir–. Soy católico, y los católicos creemos en una vida mejor. ¿Tú crees en Dios, Berniard?

–¿Cómo voy a creer en Dios, viendo lo que hacen en su nombre?

Urkiaga dejó caer la cabeza sobre el pecho y se le escapó un sollozo. El fotógrafo le obligó a agarrar el bocadillo con las manos atadas.

–Come un poco. Lo necesitas –dijo–. Ahora me tengo que ir. Ánimo.

Fue en busca de sus colegas italianos. En la orilla del río vio un corro grande de militares. Se acercó para averiguar el motivo de los gritos y las risas. En el centro del corro, un perro flaco y una inmensa rata sujetos por unos cordeles se lanzaban mordiscos. Dos o tres soldados iban de aquí para allá recogiendo el dinero de las apuestas. Entre los que apostaban estaba Segàla.

–¿Dónde te habías metido? –le dijo–. ¡El capitán Aguilera te anda buscando!

Gonzalo Aguilera había abandonado el ejército en 1931 en protesta por el juramento de lealtad a la República exigido a los oficiales. Luego, con el levantamiento, se había presentado voluntario y había sido destinado al Ejército del Norte, en el que desempeñaba la misión de guiar y ganarse para la causa a los corresponsales extranjeros. Berniard lo encontró junto a las ruinas del frontón, donde cuatro periodistas franceses interrogaban a uno de los vecinos que habían dado la bienvenida a las tropas brazo en alto. El anciano, vestido con una blusa azul, se expresaba en un español entrecortado y primario:

–Yo estaba en un refugio y oía los aviones... Luego salí y todo se estaba quemando. Había fuego aquí y allí y allí también...

Aguilera, impaciente, le interrumpió:

–O sea que no vio nada. Estaba en un refugio y no vio nada. Porque desde el interior de un refugio no es que pueda verse mucho... Y lo que después vio es que habían incendiado la ciudad, ¿no?

El hombre, atemorizado, no se atrevió a contradecirle. Aguilera se volvió hacia los franceses:

–Ya lo han oído, señores: ¡el testigo acaba de declarar que Guernica fue incendiada por los rojos! ¿Necesitan más testimonios? –dijo, y señaló a dos ancianas de negro que, con el rosario entre los dedos, esperaban su turno junto a la vía–. ¡Señora! ¡Usted misma! ¡Venga para aquí!

Berniard, cauteloso, se mantenía en segundo plano. Aguilera le miró de arriba abajo.

–¿Y éste quién es?

Berniard se presentó como fotógrafo de *La Petite Gironde*. La reacción del militar no fue muy tranquilizadora:

–¡Ah, el espía! –dijo y, sin hacer caso a sus protestas, procedió a interrogar a la mujer.

Pasaron varios minutos antes de que volviera a prestarle atención:

–Mire, Berniard, puede ser que no sea espía. Mejor para todos menos para usted. ¿Sabe que hay un decreto que condena a muerte a los periodistas extranjeros que, habiendo trabajado en la zona nacional, sean encontrados en compañía de militares del ejército rojo? Y usted, según mis noticias, estuvo acreditado con nosotros en San Sebastián, Oviedo y Toledo, y en el momento de su detención estaba acompañado por un comandante de intendencia... ¿Me equivoco?

El fotógrafo se quedó sin habla.

–Diga, Berniard, ¿me equivoco o no?

El otro seguía en silencio. Aguilera, cada vez más rabioso, insistía:

–¡Pero hable, hombre! ¡Contésteme a lo que le pregunto! ¿Me equivoco o no? ¿Me equivoco?

Los cuatro franceses se habían acercado a mirar. Berniard negó lentamente con la cabeza.

–Muy bien. Pues ya sabe lo que le espera –dijo Aguilera.

Uno de los corresponsales, el más corpulento de los tres, intervino:

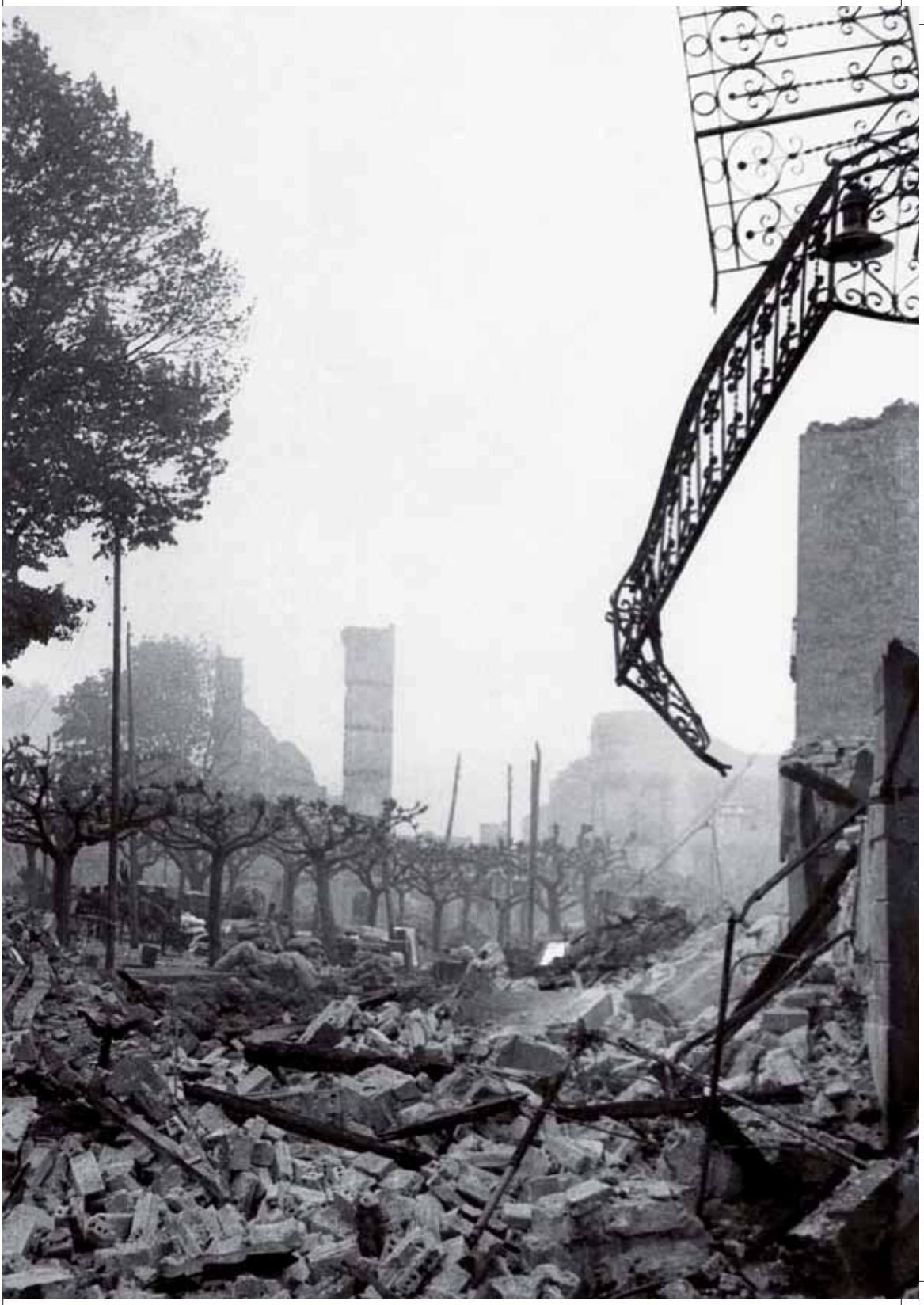
–Escuche, capitán...

–Dígame, Botto –dijo Aguilera sin mirarle.

3

Georges Botto trabajaba para la agencia oficial Havas, la misma que el martes se había negado a dar la noticia del bombardeo y el miércoles había puesto en entredicho la versión difundida por los corresponsales británicos. Su lealtad a la causa le

1937. Paisaje de destrucción VI. Guernica. ►
Foto-Archivo: Peru Ajuria / Fondo Ricardo Abaunza (Gernika).



permitía gozar de un estatus especial, con derecho a vivienda propia en el centro de Vitoria y automóvil con chófer particular.

A las diez de la noche, el coche estaba aparcado frente a un palacete de estilo neoclásico próximo al parque de La Florida. Era la sede del Estado Mayor y había sido requisado a una acaudalada familia nacionalista. Botto, con un puro semiapagado entre los dedos, reía los chistes del capitán Aguilera:

–¡Si vieras la cara que ha puesto cuando Anglada le ha dicho que sería fusilado al amanecer...! Este Anglada es un caso. El otro día le dijo lo mismo a un chico que venía a preguntar por su padre, y el chico se lo hizo allí mismo en los pantalones. ¡Lo bueno es que luego revisaron el caso y lo fusilaron de verdad!

–¿Al chico o al padre?

–¡Al padre, pero teníamos que haber fusilado a los dos, ja ja!

Berniard, aún con el rostro desencajado, apareció entre las altas columnas de la entrada. Un soldado le seguía con el arma terciada. Aguilera recuperó la seriedad para decir:

–Permanecerá en libertad vigilada hasta que por la mañana se tome una decisión definitiva. Aquí el amigo Botto se ha ofrecido a darle alojamiento.

–Al coche, que es tarde –dijo Botto.

Durante el breve trayecto hasta su casa, Botto no paró de quejarse de los privilegios que a su juicio tenían los corresponsales italianos.

–No es justo –decía–. Mandan directamente sus despachos a San Juan de Luz, y desde allí pueden llegar al resto del mundo doce horas antes que los de los demás, que tienen que ser transmitidos por cable por medio de la censura española... Como trabajan para un gobierno aliado, los censores les dejan hacer, ¡y luego pasa lo que pasa! El martes pasado, ¿qué periódicos hablaban de esas supuestas bombas alemanas sobre Guernica? Los periódicos liberales ingleses y los fascistas italianos. ¡Qué falta de coordinación! ¡Alguien tendría que poner un poco de orden en todo esto!

Berniard no hablaba. Qué largo se le estaba haciendo el día: ¡pensar que esa misma madrugada había salido de Biarritz!

–Ya estamos –anunció Botto.

El piso estaba en una de las mejores casas de la calle Dato. El soldado se acomodó en una silla del recibidor. Salió a recibirles en bata uno de los corresponsales que acompañaban a Botto en Guernica. Era Raymond Méjat, fotógrafo de la filial francesa de Metro Newsreels.

–Os he estado esperando para cenar, pero como no llegabais...

Pasaron directamente al espacioso comedor. Los cuadros de las paredes y la plata de las vitrinas hablaban a las claras de la riqueza de los propietarios. El suelo estaba cubierto por una inmensa alfombra entretejida de arabescos.

–Te gusta mi guarida, ¿eh? –dijo Botto–. Cuando se lleva una vida tan perra como la nuestra, lo menos que nos merecemos es un poco de confort.

La mesa estaba ya dispuesta. Llegó una criada con una sopera y empezó a servir. Méjat se sentó con ellos. Botto le puso al día: la declaración de Berniard en el Estado Mayor, el aplazamiento de la decisión hasta el día siguiente... Señaló a Berniard con la cuchara.

–Llamaremos a tu periódico para decirles que estás bien. Pero, por tu propio interés, yo creo que es mejor que no publiquen nada hasta que todo esté arreglado. ¡No estés tan preocupado, *mon ami*! ¡Ya verás como todo saldrá bien! Nada sería más contraproducente que la noticia del fusilamiento de un periodista francés. Eso Aguilera lo sabe. Tienes que agradecérselo a él. Es un hombre colérico y tiene sus días malos, pero en el fondo es un buen tipo, ya lo has visto. Si no hubiera sido por Aguilera... ¡Pero come, hombre, come!

–No tengo hambre.

Le tocó compartir dormitorio con Méjat, encargado, aunque nadie lo expresó en esos términos, de su vigilancia. A juzgar por el mobiliario, la habitación había pertenecido a dos hijos de la familia.

En el ropero todavía estaban sus esquís y sus raquetas de tenis. Había también dos mesas de estudio idénticas, y en

una de ellas un puzle a medio hacer con la fotografía de un paisaje alpino.

–La gente no lo creería, pero los corresponsales de guerra también tenemos tiempo para aburrirnos –comentó Méjat.

Las camas eran bastante más grandes de lo que en España era habitual. Méjat se metió en la suya y empezó a roncar. Berniard, aunque estaba agotado, fue incapaz de conciliar el sueño. Con los ojos abiertos en la oscuridad, prestaba atención a los ruidos de la casa. A las tres de la mañana oyó el repicar de unas campanas. Se levantó. Abrió la puerta con sigilo y recorrió el pasillo hasta el recibidor. El centinela, repantingado entre dos sillas, dormía con la boca abierta. Berniard pasó por delante de él y se detuvo ante la puerta del piso. ¿Por qué no intentarlo? A su espalda se encendió una luz. La enorme figura de Botto se recortó contra el pasillo iluminado. Berniard adivinó más que vio la dureza de su expresión.

–¿Pensabas escaparte así, en calzoncillos, con el frío que hace ahí fuera? –le oyó decir.

–Estoy buscando la cocina –dijo él–. Ahora sí tengo hambre.

Por la mañana, durante el desayuno, Botto no le dirigió la palabra. Un soldado de la Oficina de Prensa y Propaganda había traído varios periódicos de la España nacional, y Méjat se entretenía comentando en voz alta los titulares: la prensa europea condenaba la destrucción de Guernica por dinamiteros anarquistas, el general Mola anunciaba la inminente entrada de sus tropas en Bilbao... Al desayuno se sumaron dos hombres más. Uno era el enviado especial del *Daily Mail*, Harold Cardozo, y el otro un joven británico llamado Peter Kemp. Berniard conocía a Cardozo de oídas. Sabía que era uno de los más fervientes defensores de la causa franquista y que sus colegas reconocían su autoridad llamándole Comandante. Cardozo y Botto se jactaban de los buenos contactos que tenían entre la oficialidad e intercambiaban noticias que decían haber recibido

Vitoria. Calle Eduardo Dato. ►
Fotógrafo: Ceferino Yanguas. Archivo Municipal de Vitoria/Gasteiz.

AMVG

de buena tinta. Llegó un soldado para anunciar que el capitán Aguilera estaba esperando en la calle, y Cardozo, Botto y Méjat se levantaron para marcharse. Berniard comprendió que no iba a tener muchas más oportunidades de hablar con Botto.

–Georges, por favor –dijo–, pregúntale a Aguilera si hay novedades sobre mi situación...

Botto le miró con desprecio:

–Ahora vienes suplicando, desagradecido. ¡Con lo que estoy haciendo por ti!

Los tres periodistas se fueron y Kemp aprovechó para darse un baño. Cuando salió, llevaba puesta ropa limpia que había encontrado en un armario. Era ropa de cazador, y en el bolsillo encontró un reclamo para patos. Lo hizo sonar varias veces y se echó a reír. Luego se miró en un espejo de bastidor.

–Al menos es de mi talla... –comentó.

Berniard se las arregló para alargar la conversación, y enseguida averiguó que el joven había llegado a España para alistarse en la legión y había terminado integrándose en el grupo de los corresponsales. Estaba ya al corriente de lo sucedido en Guernica el día anterior. Berniard le pidió que se informara sobre el paradero de Esteban Urkiaga.

–No puedo prometerte nada –dijo Kemp, preparándose para salir.

Las horas siguientes las pasó entre el comedor y la biblioteca. La criada y el centinela eran tan silenciosos que en todo momento tuvo la sensación de estar solo. A pesar de eso, le resultó imposible concentrarse en la lectura. Cogía y dejaba libros, y trataba de formarse una idea de la personalidad y los gustos del propietario de la casa. Había sobre todo tratados de derecho e historia. Entre estos últimos eran mayoría los dedicados al País Vasco. En una esquina había también algunas novelas de Blasco Ibáñez, Baroja, Unamuno... Eligió uno al azar y, al abrirlo, cayó al suelo algo que había entre sus páginas.

Era una fotografía hecha en 1929 por un fotógrafo callejero en la playa de La Concha, en San Sebastián. Si ésa era la familia propietaria de la casa, estaba compuesta por siete personas: el

matrimonio, tres chicas grandotas y dos chicos gemelos. La habitación en la que Méjat y él habían pasado la noche era sin duda la de los gemelos. Los chicos sonreían abiertamente a la cámara. Las chicas y los padres se mostraban, en cambio, envarados y solemnes. Berniard se preguntó qué habría sido de esa pobre gente, despojada de sus bienes y quién sabía si también de sus vidas.

Hacia el mediodía oyó ruido en el pasillo. Peter Kemp llegaba con noticias.

–Lo tienen muy cerca de aquí, a sólo tres calles. En el convento de los Carmelitas, que se utiliza como prisión. Le van a formar consejo de guerra acusado de rebelión militar.

–¿Rebelión militar? ¡Pero si los militares que se rebelaron fueron ellos!

Kemp le miró con suspicacia:

–Ah, tú eres de los que llaman rebeldes a los nacionales... –dijo–. Espero por tu bien que no llegue a oídos de Aguilera.

Berniard volvió a encerrarse a solas en la biblioteca. Miró la calle a través de los visillos. El día era soleado, y los soldados de permiso se ofrecían a acompañar a las jovencitas que paseaban. Parecía una mañana normal en una calle normal de un país que no estuviera en guerra. Comió algo en la cocina y se echó a descansar en la cama. Qué lentos pasaban los minutos.

A las cinco y cuarto llegó Botto. Berniard, ansioso, salió a recibirle. Botto dejó unos papeles sobre la mesa del comedor.

–¡Ya está! –dijo–. ¡De buena te has librado!

Berniard se llevó la mano al pecho y suspiró aliviado. Botto añadió:

–Sólo necesito que me des la clave secreta que utilizas con tu periódico.

Se refería a la clave con la que los corresponsales, para esquivar la férrea censura franquista, indicaban al redactor de la noticia el grado de fiabilidad del despacho: un detalle en la manera de escribir el nombre o la fecha, una inicial de menos o de más...

Berniard cogió los papeles y les echó un vistazo. Eran el borrador del telegrama que Botto iba a enviar en su nombre a *La Petite Gironde*.

–Pero esto es mentira... –protestó Berniard con cautela–. No es cierto que en Guernica oliera a gasolina. Y tampoco es verdad que no hubiera cráteres de bombas...

Botto se armó de paciencia:

–A ver si te lo metes en la cabeza. Lo de Guernica fue un incendio provocado por los rojos mientras se iban. Si eran comunistas o anarquistas, no lo sé. Seguramente separatistas vascos. ¿Por qué crees que no les pasó nada ni al árbol ni a la Casa de Juntas? Lo que está claro es que no hubo bombardeos aéreos. ¿Me oyes? ¡No hubo aviones! ¿Pero es que no has oído lo del mal tiempo que hacía el lunes en la zona? Estaba nublado. Y cuando está nublado, por si no lo sabes, los aviones no despegan...

Berniard no pudo evitar levantar la voz:

–¡Sí que hubo bombardeos! El problema es que Franco no lo puede admitir públicamente. Si dice que han sido aviones alemanes, está reconociendo la ayuda de Hitler que niega ante el Comité de No Intervención. Y si dice que han sido sus propios aviones, ¿cómo va a sostener que está liberando los pueblos de España cuando los está arrasando? ¡Claro que hubo bombardeos!

El centinela, al oír alboroto, se asomó a ver qué ocurría. Botto le ordenó volver a su sitio y cerró la puerta.

–Parece que no lo entiendes –prosiguió, tratando de contenerse–. Parece que no te das cuenta de que te estoy salvando la vida. Y no creas que me ha resultado tan sencillo convencerles... Tienen tus fotos. Las han revelado. Con esas fotos les basta para demostrar que por la mañana estuviste en Bilbao y cumplir la ley con todas sus consecuencias. ¡Alégrate de estar vivo! Si quieres seguir así, este despacho tiene que salir tal cual en tu periódico.

–¿Pero tú eres periodista? –gritó Berniard–. ¡Los periodistas estamos al servicio de la verdad!

Botto, haciendo un gesto de hartazgo, cogió los papeles y se dirigió a la escalera.

–¡Coge tu abrigo y ven conmigo!

Berniard le siguió, y tras ellos fue el soldado. Bajaron a la calle. El automóvil de Botto estaba aparcado delante del

portal. Dio un golpe con el puño en el capó y se volvió hacia Berniard. Después movió la cabeza, primero en dirección al coche y luego en dirección al soldado. Dijo:

–Tienes que elegir: o te vas en el coche o este hombre te entregará al capitán Aguilera.

Berniard no dijo nada. Botto agitó los papeles en el aire.

–¿No me has oído? O me das esa clave y mi coche te pone en la frontera, o no me la das y los militares aplicarán la ley.

Berniard seguía en silencio. Botto hizo un gesto al soldado. Éste dio un paso adelante, amartilló el fusil y apuntó al fotógrafo. Berniard se apresuró a decir:

–¿Y Urkiaga? ¿Qué va a ser de él?

Botto dejó los papeles sobre el capó.

–Bueno, por fin empezamos a entendernos... –dijo, y se tomó unos segundos antes de proseguir:– ¿Crees que tu actitud va a favorecer en algo a Urkiaga? Si le quieres ayudar, lo mejor será que pongas un poco de tu parte. Podrías, por ejemplo, publicar un artículo contando la verdad. Esa verdad que tanto te gusta. Los lectores de *La Petite Gironde* tienen derecho a saber que los generales Franco, Mola y Solchaga, haciendo gala de una extraordinaria clemencia, te han perdonado la vida. ¿O me vas a decir que tampoco eso es verdad?

El soldado seguía apuntando a Berniard. Botto, de repente, parecía estar de buen humor. Le puso una mano en el hombro y le habló confianzudo:

–¿Qué pretendes? ¿Morir como un héroe? En estos tiempos terribles, son demasiados los héroes que mueren. Tú sólo serías uno más. Nadie te lo agradecería. Nadie se acordaría de ti.

Se sacó del bolsillo interior una estilográfica Parker y se la tendió.

–Acabemos cuanto antes –dijo–. Dame esa clave y fírmame el despacho.

Poco antes de la medianoche, el automóvil llegaba a Irún y se detenía junto al Bidasoa. Berniard cruzó a pie el puente internacional y alquiló una habitación en uno de los hotelitos

próximos al puesto fronterizo. Durmió diez horas seguidas. El tren le dejó en la estación de Burdeos a las cuatro y media. Acudió directamente a la redacción de *La Petite Gironde*, en la calle Cheverus, muy cerca del ayuntamiento. En la pared, junto a la entrada, estaba expuesta la primera plana del periódico del día. Se abrió paso entre el corrillo de curiosos que ojeaban los titulares. Al lado de la noticia enviada por Botto con su firma había un suelto de Havas que resumía la aventura de su detención en Guernica. La pieza concluía ensalzando el respeto a las leyes de la guerra y el espíritu humanitario demostrado por el gobierno del general Franco.

Avisados de que Berniard acababa de llegar, varios colegas salieron a darle la bienvenida.

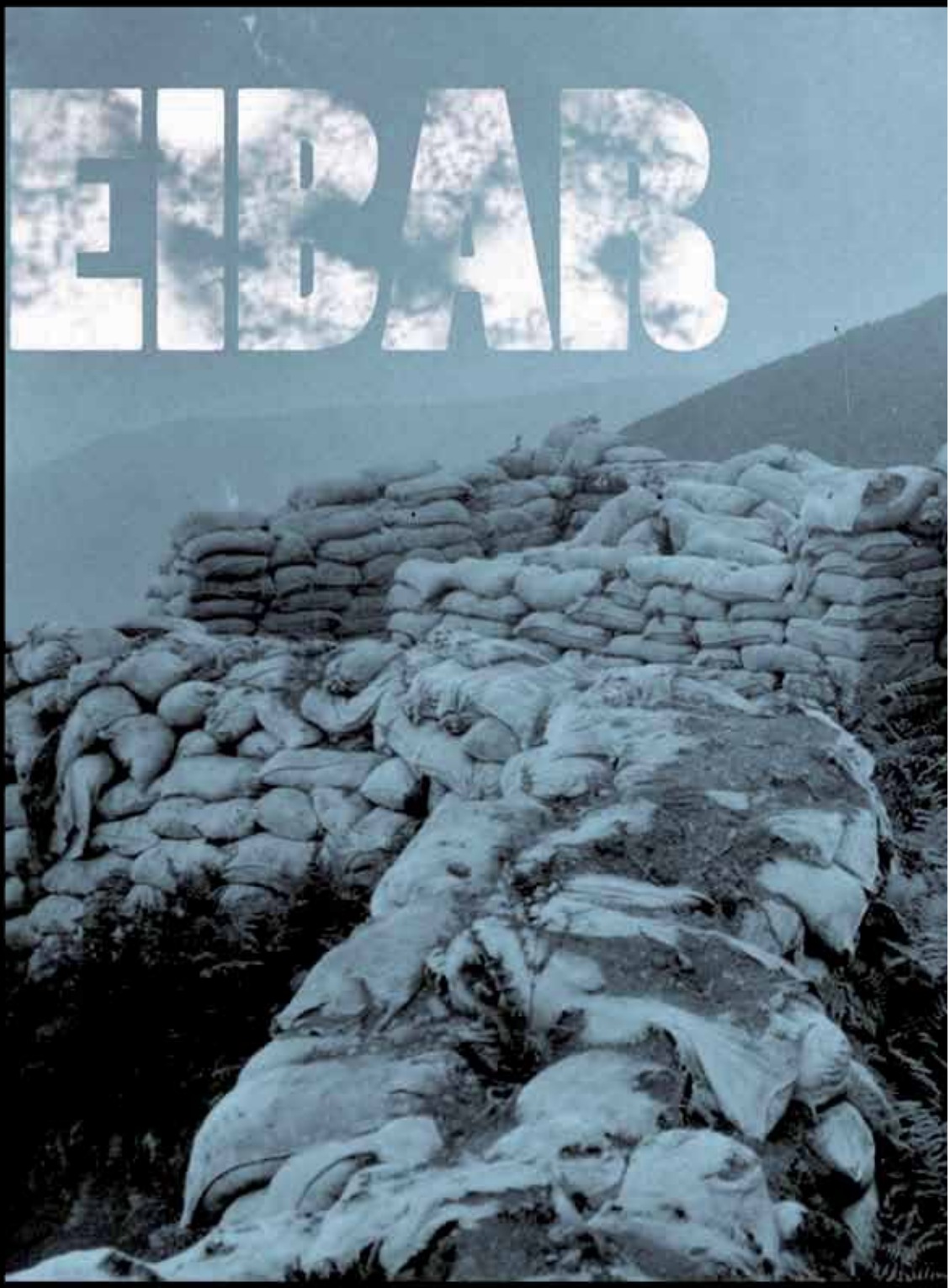
–¡Menos mal que todo ha acabado bien! –exclamaban, abrazándole.

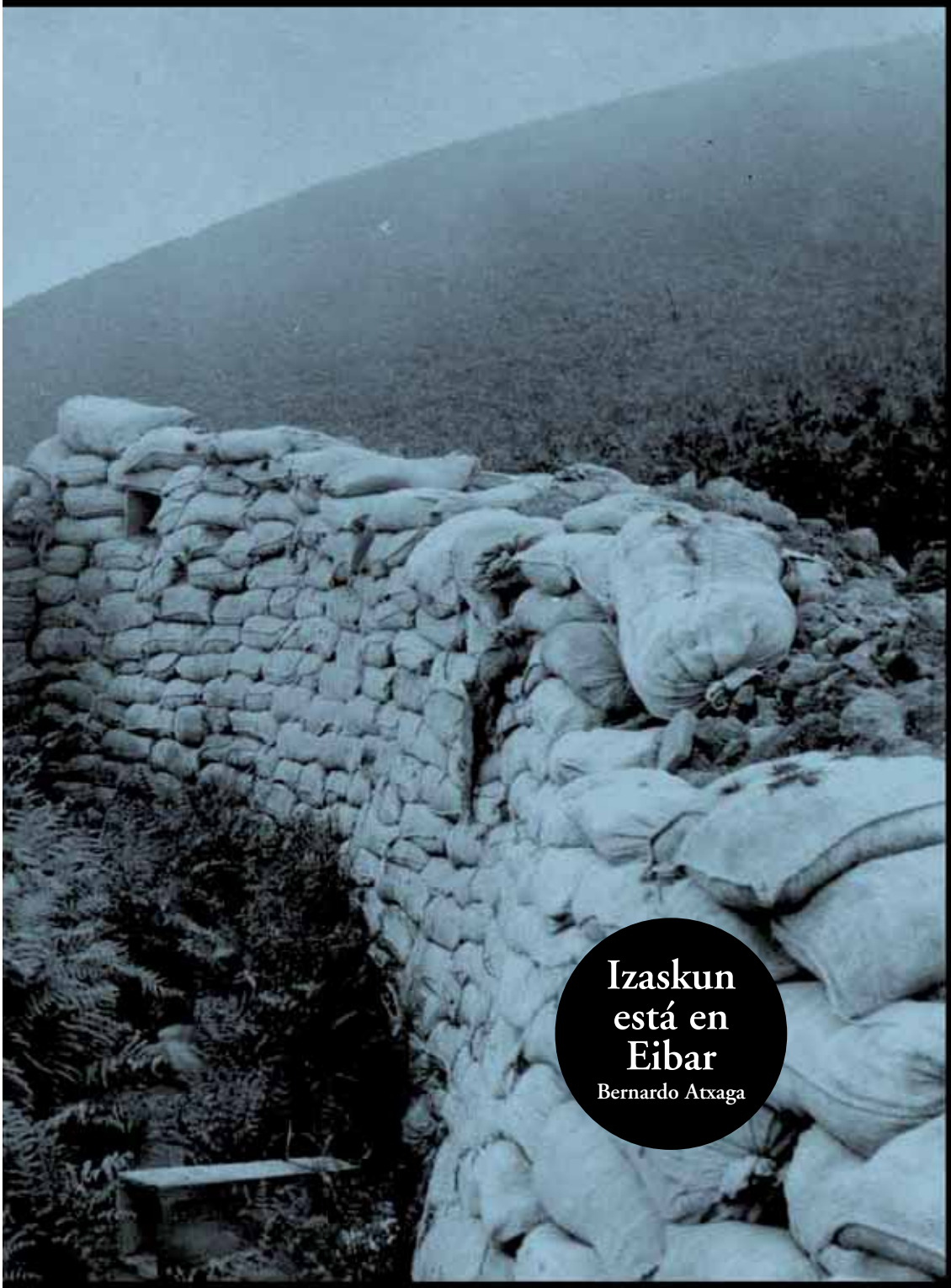
A lo largo de las semanas siguientes, publicó varios artículos en los que daba nuevos detalles sobre su historia y sobre la clemencia exhibida por el gobierno de Salamanca. Se ocupó personalmente de que copias de cada uno de esos artículos llegaran a Georges Botto, al capitán Gonzalo Aguilera, a la Oficina de Prensa y Propaganda y a la sede del Estado Mayor en Vitoria, y con cada envío mandaba una nota en la que reiteraba su honda preocupación por la suerte de Esteban Urkiaga. Ninguna de sus notas obtuvo nunca respuesta.

Una mañana de principios de julio, llegó una carta para Berniard a la redacción de *La Petite Gironde*. La carta estaba escrita en un francés impecable, y en ella se le informaba de que, el día 25 del mes anterior a las cinco y media de la mañana, los militares rebeldes habían fusilado al poeta Esteban Urkiaga contra las tapias del cementerio vitoriano de Santa Isabel. En el remite sólo ponía Oficina de Prensa del Gobierno Vasco, pero Berniard supo que su autora no era otra que Miren, la joven que le había atendido en Bilbao.

Vitoria. Cementerio de Santa Isabel. Junto a sus tapias fue fusilado ►
Esteban Urkiaga 'Lauaxeta', el 25 de junio de 1937.
Fotógrafo: Santiago Arina. Archivo Municipal de Vitoria/Gasteiz.

EIBAR





Izaskun está en Eibar

Bernardo Atxaga

◀ 1937. Trincheras del monte Akondia (Guipúzcoa) donde se estabilizó el frente de guerra en el invierno de 1936 a 1937. En la parte alta estaban las fuerzas golpistas y a media ladera las republicanas. El Akondia (749 m.) pertenece al macizo Kalamua y se levanta sobre la ciudad de Eibar. Fotógrafo: Indalecio Ojanguren. Archivo General de Gipuzkoa (Tolosa).

Izaskun está en Eibar

Bernardo Atxaga

Hay un poema que mezcla el amor con los callos. Cita, concretamente, "los callos preparados al modo de Oporto". Pero sería difícil hacer lo mismo con la muerte. ¿Mezclar la muerte con los callos? ¿Cómo?

Estábamos los tres hermanos comiendo callos después del funeral de nuestra madre, y nos daba vergüenza cada vez que nos limpiábamos los labios y veíamos la mancha rojiza y grasienta en la servilleta; nos sentíamos groseros, burdos, brutales. No podíamos escapar del restaurante y abandonar a los amigos, a los familiares, a todos los que nos habían acompañado durante la ceremonia; pero nos habría gustado estar en otra parte, rodeados de flores, como el féretro en la iglesia. Lo dijo mi hermano mayor al comienzo del funeral: las flores son una de las pocas cosas que resultan soportables a alguien que acaba de perder a su madre.

Se acercó el cocinero a darnos el pésame, pero al minuto ya estaba hablando de callos, explicando que prepararlos llevaba mucho trabajo, y que esa era la razón por la que no figuraban en la carta de la mayoría de los restaurantes. En su caso, él mismo se encargaba de trocearlos, dejándolos a continuación en agua y vinagre durante veinticuatro horas, y luego los cocía con puerros y zanahorias y un hueso de jamón. Para remate, los ponía en la sartén, les añadía tomate y chistorra, y los freía a fuego lento durante media hora.

–Están muy ricos –dije. Me acordaba de la iglesia, del funeral. No podía pensar en otra cosa. Desde luego, no en los callos.

*

Éramos unas ochenta las personas sentadas en los bancos de madera, y un sacerdote con casulla morada y dos feligresas se turnaban frente al micrófono. Me costaba prestarles atención y seguir el hilo de lo que decían o leían, y me mantuve en aquel estado hasta que el sacerdote, mirando hacia el banco donde nos sentábamos, pronunció el nombre de nuestra madre: Izaskun. Lo repitió varias veces, y dijo que había sido una buena mujer. Recurrió después a las metáforas de siempre: Izaskun viviría eternamente, en el cielo, junto al Padre, y no debíamos apenarnos, porque la muerte no era muerte, sino vida.

Terminó la alocución del sacerdote y las voces del coro atravesaron la penumbra de la iglesia. Por encima de todas, la de Andrés Garay, el mejor solista de nuestro pueblo natal. Mi hermano mayor me habló al oído:

–Esta parte en latín, como cuando nuestra madre era joven.

Él se había encargado de todos los pormenores del funeral. Ni a mi otro hermano ni a mí se nos había ocurrido pedirle al coro que estuviera presente, menos aún indicarle el repertorio.

Requiem æternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis, cantaba el coro. "Dales, Señor, el descanso eterno, dales la luz perpetua." El órgano acompañaba cada palabra con suavidad.

Al igual que las flores, la música ayudaba, reconfortaba. Se mezclaba bien con la muerte. *Requiem æternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis*. El coro entonó de forma distinta, el órgano sonó más fuerte: el canto llegaba a su final. Miré hacia las flores que rodeaban el féretro. Había lirios, margaritas, claveles, gladiolos y unas flores rosáceas a las que, según nuestro hermano mayor, llamaban "gipsófilas". Parecían guardar silencio, concentradas, como yo, como todos los asistentes a la ceremonia, en la música. Solo un bebé parecía ajeno al ambiente. Lloriqueaba en el regazo de una anciana.

*

1914. Iglesia de Asteasu (Guipúzcoa). ►
Fotógrafo: Indalecio Ojanguren. Archivo General de Gipuzkoa (Tolosa).

El sacerdote bajó del altar y roció el féretro con agua bendita. Poco después, la ceremonia había concluido.

–¿Qué van a hacer con las flores? –preguntó–. ¿Las dejan aquí o las llevan al cementerio?

Mi hermano mayor lo tenía todo pensado. Respondió sin titubeos:

–Estas las dejaremos aquí.

El sacerdote hizo un gesto, y las dos feligresas que le habían acompañado durante la misa pusieron las flores en los escalones por los que se accedía al altar. Los lirios, en el centro; los claveles y las gipsófilas, a la izquierda; las margaritas y los gladiolos, a la derecha. Mi hermano mayor se quedó mirándolas, y pensé que iba a cambiar su disposición; pero mi otro hermano, un primo y yo le esperábamos para sacar el féretro de la iglesia, y acabó por dejarlas como estaban.

El cementerio de nuestro pueblo natal ocupa el alto de una colina. En tiempos pasados, cuando la misa todavía se celebraba en latín, los familiares portaban el féretro a hombros hasta la misma tumba, seguidos en silencio por los asistentes a la ceremonia. La comitiva atravesaba primero un lugar sombrío, una calleja que corría pegada a los muros de la iglesia y que siempre estaba cubierta de musgo; luego, entre caseríos, bajaba por una pendiente llena de baches y piedras, y daba la impresión –me la daba a mí cuando tenía ocho o nueve años– de que el féretro nos conducía al fondo de un barranco; pero en el siguiente tramo, el camino ascendía suavemente, y dejaba ver los campos de maíz y las montañas de alrededor, cada vez más montañas, todas de color muy verde. Al final, al llegar a la puerta del cementerio, aparecían ante la vista los picos mas lejanos, incluso alguno de Francia, como Le Roi des Trois Couronnes, que desde allí parecía azul.

Recorrer el camino del cementerio a pie era ir de lo estrecho a lo amplio, de lo sombrío a lo luminoso, como si al trazar el itinerario se hubiese tenido en cuenta el deseo expresado en el canto: “Dales, Señor, el descanso eterno, dales

la luz perpetua", *Requiem æternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis.*

Eran otros tiempos. Una carretera unía ahora la iglesia con el cementerio.

Introdujimos el féretro de mi madre en el coche fúnebre, y nos fuimos en busca de nuestros vehículos. Lo mismo hicieron los familiares y amigos que iban a acompañarnos en el enterramiento. No en cambio mi hermano mayor. Prefería subir a pie.

–Es mejor que vengas conmigo –le dije–. Te vas a retrasar.

Pensé que no quería llevar su coche por un camino que, aun siendo mejor que el viejo, era de grava, con mucho polvo. Tenía un Mercedes Benz S-500 recién comprado. Una berlina de lujo.

–Prefiero subir a pie –insistió–. Sacó del portamaletas un cesto de mimbre que, por lo que entreví, contenía un ramo de flores negras envueltas en celofán, y se alejó con él sin dar explicaciones.

Las flores se mezclaban bien con la muerte, lo mismo que los cantos en latín o el camino que atravesaba los maizales y permitía contemplar las montañas; los coches, en cambio, se parecían a los callos. Se mezclaban mal, molestaban. Fueron más de veinte los que arrancaron casi a la vez y empezaron a hacer maniobras para colocarse tras el coche fúnebre. El ruido de los motores me resultó muy desagradable, y me arrepentí de no haber seguido los pasos de mi hermano.

En la capilla del cementerio había una mesa de piedra. Posaron allí el féretro y el sacerdote volvió a referirse a mi madre, esta vez con más precisión. Citó los lugares en los que ella –"nuestra Izaskun"– había vivido, los pueblos de Albiztur, Eibar y Asteasu; recordó a mi padre, "un hombre bueno que nos dejó hace cuatro años"; nos citó a nosotros –"tres hijos que, gracias a los sacrificios de ella y de su marido, pudieron ir la universidad"; recordó, también, al final, que había sido maestra de escuela y que muchos de los que habían acudido aquel día al funeral se habían educado con ella. Lo que siguió fue más vulgar, una repetición de las metáforas sobre la muerte y la vida eterna.

Había que llevar el féretro hasta la tumba, otra vez a hombros, igual que cuando lo sacamos de la iglesia. Busqué a mi hermano mayor entre las treinta o cuarenta personas reunidas en la capilla, pero no estaba. Un amigo se acercó para ayudarnos.

–Lo llevaréis mejor a pulso, a media altura –dijo el sacerdote. Seguimos su consejo, y nos pusimos en marcha con torpeza, sin poder coger bien el paso. Me pareció que el féretro pesaba más que en la iglesia.

Una ligera pendiente conducía al panteón familiar. Allí yacían mi padre y mis tíos.

Mi hermano mayor no era sociable. Desde la niñez, o quizás desde la adolescencia, su actitud con respecto a la gente había sido siempre hosca. Sin embargo, su decisión de subir andando hasta el cementerio no se había debido a la voluntad de apartarse, sino a su deseo de llenar el cesto de mimbre. Cuando llegó al cementerio vimos que, efectivamente, lo traía lleno de hierbas y ramas. Sobre el montón, las flores negras envueltas en celofán.

Mi hermano llevaba un traje de terciopelo negro y una camisa blanca de lino; además, un arete de oro en el lóbulo de su oreja izquierda y zapatos rojos de punta alargada. Con el cesto de mimbre apoyado en la cintura, componía una figura extravagante.

El sacerdote se le quedó mirando, y él le indicó que lo que traía en el cesto era para adornar la tumba. Pero había que esperar. Los enterradores de nuestro pueblo natal, dos hombres jóvenes, se habían retrasado con su trabajo y se afanaban ahora, a destiempo, en levantar la losa de la tumba. En el silencio del cementerio se oía el sonido métalico de las palancas y los tubos de acero. En el aire, entre las tumbas, volaban unos pájaros muy pequeños.

No era fácil mover la losa, y los enterradores llevaban a cabo una especie de baile saltando de un lado a otro, del suelo a la tumba y de la tumba al suelo, cambiando una y otra vez de sitio los tacos de madera y los tubos de acero. Después de unos

minutos de espera, el sacerdote comenzó a leer una oración, pero las vacas que pastaban en el prado próximo al cementerio empezaron a mugir con tanta fuerza que el sacerdote tuvo que esperar a que se callaran para poder continuar. Miré de reojo al cesto de mimbre: debajo del ramo de flores negras asomaba una rama de endrino repleta de frutos.

Desde la parte del cementerio donde estábamos se veía de frente una de las montañas más altas de Guipúzcoa, el Hernio –según un poema popular, *mendi arkaizti tontor aundiya*, es decir, "la montaña rocosa de cima grande"–. Parecía más alta de lo que en realidad era porque alcanzaba sus 1.070 metros en muy poco tramo, y tenía forma de muralla. ¿Cuánto tiempo necesitaría uno de los pajarillos que andaba entre las tumbas para llegar a su cumbre? Calculé que, volando sin descanso, una media hora. Hice el mismo cálculo con las vacas. ¿Cuánto tiempo hasta la cumbre? Considerando que su marcha es más lenta que la de las personas, unas cuatro horas.

Ahora éramos más sosteniendo el féretro, porque algunos amigos habían acudido en nuestra ayuda. Mientras, los enterradores seguían con su tarea, desplazando la losa dos o tres centímetros cada vez, cambiando continuamente de posición las palancas y los tubos de acero. ¿Cuánto pesaría la losa? ¿2.000 kilos? No tenía más posibilidad de cálculo que la de compararla con las piedras que arrastraban los bueyes en las apuestas que se hacían en el pasado y que solían llevar una cifra que indicaba su peso. Recordaba haber visto una de 3.500 kilos. La losa tenía más longitud, pero era bastante más delgada. Quizás no estaba del todo mal el cálculo. 2.000 kilos.

Los enterradores no cejaban: dos centímetros, tres centímetros, cinco centímetros… Se hacía muy largo.

"La montaña rocosa de cima grande", el Hernio, se iba suavizando a medida que perdía altura. De niños, veíamos en ella la figura de una mujer tumbada. ¿Cuántas veces habríamos ido allí, a alguna de sus campas, con nuestra madre? ¿Treinta veces? ¿Cuarenta? ¿Y ella? ¿Cuántas veces lo habría visitado ella subiendo

con sus padres desde su pueblo natal, Albiztur? Otras cuarenta o cincuenta veces por lo menos. Era su montaña favorita, y el lugar donde sucedían las historias que más le gustaba contar.

*

"Un día –contaba nuestra madre–, dos mujeres de Albiztur que querían ir a Santiago llegaron a las campas de Zelatun, en la base de la montaña, y vieron tres caminos. Les entró la duda: no sabían cuál de los tres llevaba a Santiago.

–Vamos a esperar hasta que aparezca alguien –dijo una de ellas, y se sentaron en la hierba.

Pasó un día, y no apareció nadie. Pasó otro, y tampoco. Al tercer día, se les acercó un cuervo. No era el informante que ellas esperaban, pero no tenían mejor opción, y decidieron preguntarle:

–Cuervo, ¿por dónde se va a Santiago? ¿Por aquí, por ahí o por allá?

Con voz agria, el cuervo respondió:

–*¡Kra! ¡Kra!*

–¿Qué dice? –preguntó una de las dos. Su amiga respondió:

–Está claro. Dice que *kra,* es decir, que es por allá.

Dieron las gracias al cuervo y se marcharon por el camino indicado. Cuanto más avanzaban, más seguras estaban de que, efectivamente, era el de Santiago. La mujer que no había entendido al cuervo le dijo a su amiga:

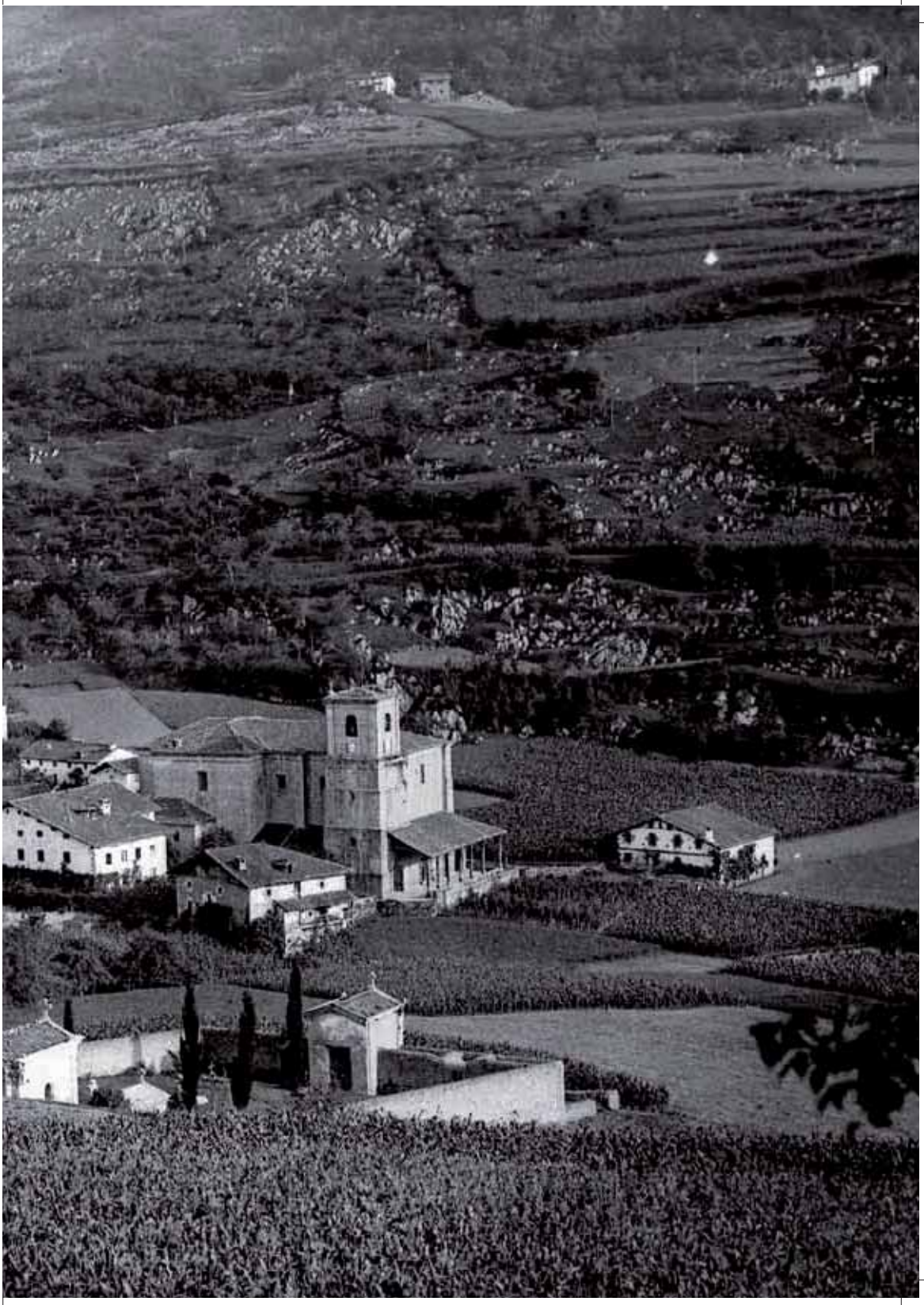
–¡Menos mal que sabes castellano! De lo contrario, ¡apañadas estábamos!"

Mi madre contaba la historia dos o tres veces por año, y siempre se reía.

*

La tumba estaba ya abierta, dejando a la vista una cámara de tres o cuatro metros de profundidad. Tras apoyar el féretro en un saliente, mi hermano menor y yo subimos de un salto a uno de los muros laterales, y lo mismo hicieron, en el otro lado,

1915. Vista general de Albiztur (Guipúzcoa). ►
Fotógrafo: Indalecio Ojanguren. Archivo General de Gipuzkoa (Tolosa).



un primo y un amigo de la familia. Los muros, de un metro de altura, tenían bastante grosor, unos cuarenta centímetros. No había riesgo de perder el equilibrio.

Los enterradores pasaron dos cuerdas forradas de tela por debajo del féretro, y nos tendieron las puntas. Uno de ellos se introdujo luego dentro de la cámara ayudándose de una tercera cuerda, y, una vez abajo, empezó a darnos instrucciones. Teníamos que bajar el féretro muy despacio, en horizontal, procurando que no se desequilibrara.

–¡Despacio! ¡Despacio!

Sujetándolo con los dos brazos, dirigió el féretro hacia uno de los nichos. Tras encajarlo, salió de la cámara como un gato, escalando por la cuerda. Mi hermano menor, mi primo y yo saltamos de la tumba al suelo.

Volvió a oírse el sonido de las palancas y los tubos de acero. Cuando, tras otro largo lapso de tiempo, la losa estuvo de nuevo en su sitio, mi hermano mayor fue poniendo en un ángulo lo que había traído en el cesto de mimbre. Primero, el ramo de flores negras envueltas en papel de celofán y la rama de endrino; luego, lo que yo antes no había visto, un ramillete de flores de maíz y una brazada de hierba verde recién segada.

–Regalo de Larre –dijo mi hermano señalando la hierba. Larre era un caserío que estaba en el camino del cementerio.

Al levantador de piedras Urtain le preguntaron una vez sobre su perfume preferido, y él respondió que el de la hierba recién segada. Sentí aquel olor nada más acordarme de la respuesta. O quizás fue al revés. Que sentí el olor y me vino el recuerdo.

Mi hermano adornó la tumba con rapidez. Puso como fondo la hierba, y sobre ella las flores de maíz; en la base de la cruz, la rama de endrino repleta de frutos; por último, sacándolas de una en una del ramo, distribuyó las flores negras en toda la superficie de la losa.

La composición recordaba las alfombras florales con que se vestían las calles de nuestro pueblo natal el día del Corpus. Solía

ser empeño de nuestra madre que la de nuestra casa fuera una de las más logradas. Íbamos con ella al bosque para buscar los materiales, y luego le ayudábamos a colocarlos artísticamente.

Mi hermano menor me habló en voz baja:

–¡Ha traído orquídeas negras! ¡No era esa la voluntad de nuestra madre! ¡Nosotros no somos peronistas!

Muchos años atrás, con motivo del vigésimo aniversario de la muerte de Eva Perón, una revista ilustrada había publicado en portada la foto de la carroza fúnebre adornada, casi cubierta, de aquella clase de flores.

–¡Qué funeral tan maravilloso! –exclamó nuestra madre mostrándonos la revista–. Pero, el día que yo muera –continuó– no me pongáis orquídeas negras. Nací en Albiztur en una casa rodeada de maizales, y bastará con unas flores de maíz. Y si no es época, ponéis un poco de hierba, y ya está.

Mis dos hermanos interpretaban la anécdota de manera opuesta. El mayor veía en aquellas palabras un deseo oculto y la petición disimulada de que lo cumpliéramos; la lectura del hermano menor era literal. En otras circunstancias, el desacuerdo habría desembocado en una agria discusión ente ambos; pero, como ocurría con los callos, ciertas formas de hablar no se mezclaban bien con la muerte.

Mi hermano mayor seguía pegado a la tumba, dándonos la espalda a los demás. Recogió del suelo una endrina que se había desprendido de la rama y se la metió en la boca.

Se trataba, como el tapiz con que había adornado la tumba, de una cita, del recuerdo de una anécdota del pasado. Un día de verano, siendo los tres hermanos niños de poca edad, nuestra madre nos había llevado a un lugar pedregoso cercano a su casa natal. Estaba lleno de endrinos, y nos animó a que probáramos sus frutos.

–¡Comed estas cerecitas! ¡Ya veréis que sabor tan dulce tienen!

Las endrinas eran muy agrias, y las expulsamos nada más metérnoslas en la boca, entre protestas y muecas. Ella se rió mucho.

Cuando enfermó –tenía ya ochenta años–, la mujer que se encargaba de cuidarla se presentó un día en casa con una rama de endrino repleta de frutos como la que trajo mi hermano al cementerio. Mi madre cogió un fruto y se lo ofreció a la mujer con su mejor sonrisa:

–Toma, Paquita. Ya verás qué cerecita más dulce.

–Yo no soy Paquita, Izaskun. Soy Rosa Mari, la mujer que viene a ayudarte.

Mi madre puso cara de no entender la respuesta:

–¿Rosa Mari? ¿Cómo vas a ser Rosa Mari? En esta casa no hay nadie que se llame así. Si no eres Paquita serás Miren.

La mujer decidió seguirle la corriente.

–Ni Paquita ni Miren. Soy Jesusa.

Jesusa era la otra hermana de mi madre.

–¿Jesusa? Pues te pareces más a Paquita o a Miren… –Volvió a ofrecerle la endrina–: ¡Cómela! Estas cerecitas están más dulces que nunca.

La mujer llamó aquella noche a mi hermano mayor y le explicó lo ocurrido.

–Me ha confundido con una de sus hermanas. Además, cambiaba la voz al hablar. Parecía una niña.

Mi hermano mayor se quedó unos días con ella, pero el episodio no se repitió. Le fallaba la memoria, y resultaba fatigoso hablar con ella, porque había que repetirle las cosas una y otra vez. Pero nos llamaba por nuestro nombre, y lo mismo a Rosa Mari.

*

En la casa de Albiztur, Aitze, eran cinco hermanos. Un chico, Bartolito, y cuatro chicas: Miren, Paquita, Jesusa, y mi madre, la hermana mayor, a la que llamaban María, y no Izaskun.

En imagen, una rama de endrino repleta de frutos, *Prunus Spinosa*. ►
Fotógrafo: Joseba del Villar.

Hay una foto tomada en Aitze en 1928 en la que aparecen los cinco hermanos con sus padres, nuestros abuelos. Parecen gitanos recién salidos de una caravana. Gente muy pobre. Están todos morenos, negros de sol; los niños, con unas camisolas rústicas, sin peinarse, dando una impresión de suciedad. Miran con ojos de susto, como si nunca antes hubiesen visto una cámara fotográfica.

La persona que hizo la fotografía quiso seguramente captar una imagen a la que él atribuía un valor antropológico. Es probable, además, que se tratara del propietario de la central eléctrica en la que trabajaba mi abuelo, Ramón, o de un socio suyo. Eso explicaría que la fotografía estuviese guardada en Aitze.

La madre de mi madre, la abuela Leona, odiaba la fotografía. Se avergonzaba de aquella imagen de la familia, y decía que los habían cogido desprevenidos y que acabaría echándola al fuego. Pero cuando Ramón murió electrocutado en la central no le quedó otro remedio que conservarla. Era la única imagen que tenía de su marido.

*

Los tres hermanos estábamos solos en el cementerio. Habíamos pedido a nuestros amigos que se adelantaran y se encargasen de pedir la cena en el restaurante de la plaza del pueblo.

–Pediremos algo de picar y luego callos para todos. Tienen fama de ser los mejores de Guipúzcoa –dijo uno de los amigos. Me habría gustado decirle que pidiera otra cosa, pero caminaba ya hacia la salida y no quise levantar la voz.

Uno de los pajaritos del cementerio vino a posarse en la cruz de la tumba de nuestra madre. Tenía la cabeza de color blanco y azul, con dos rayitas negras en el centro; su pecho era amarillo. De pronto, agitó las alas y se dejó caer hasta la hierba que cubría la losa. Un instante más, y ya volaba con un gusano en el pico.

Los pájaros, ¿eran como las flores? ¿Se mezclaban bien con la muerte? Tomando en cuenta el de la cabeza azul y blanca daba la impresión de que sí; pero nuestra experiencia con los de su especie no había sido buena. Cuando supimos que la mente de nuestra madre flaqueaba, compramos para ella un canario, porque nos había dicho el médico que una ocupación simple como la de ponerle alpiste o limpiarle los excrementos le ayudaría a mantener sus funciones intelectuales. Pero al día siguiente de hacerle nosotros el regalo, ella nos llamó por teléfono a los tres hermanos: el canario estaba patas arriba en la jaula.

Anochecía, pero aún había luz en el cielo. Los manzanos de las laderas de alrededor estaban en flor. La montaña, el Hernio, parecía ahora una muralla blanda, como hecha de musgo, y un banco de niebla la dividía en dos. Los tres hermanos mirábamos al paisaje apoyados en el panteón situado enfrente del de nuestra familia.

Mi hermano mayor y yo hablábamos de la pobreza de Aitze. El menor se había vuelto mudo después de su comentario sobre las orquídeas negras.

Gaurkoa badugu, biharkoa seguru, "tenemos lo de hoy, y lo de mañana parece seguro". Era la frase que acostumbraba a decir Leona si alguien aparecía en casa con un pollo o con un poco de carne. En broma, naturalmente, aunque la preocupación por la subsistencia era real. Las posesiones de Aitze eran pocas: los maizales de los que hablaba nuestra madre pertenecían en su mayoría a los vecinos. Los animales eran también contados: dos vacas, un toro semental, y una veintena de gallinas. El abuelo cobraba un jornal por encargarse de la central eléctrica, pero era tan escaso que durante los veranos actuaba como bailarín en las fiestas de los pueblos cercanos.

Parte de la familia de Aitze marchó fuera. Miren se casó con el maquinista de un barco de pesca y se puso a vivir a un pueblo de la costa; Jesusa se empleó como ayudante de cocina en un restaurante de San Sebastián. Bartolito y Paquita se quedaron en Albiztur: el primero en el mismo Aitze, trabajando

por horas en una cantera del pueblo; la segunda en un caserío cercano donde con el tiempo acabaría poniendo un bar. Pero antes de todo eso, poco después de que les sacaran aquella fotografía en la que parecían gitanos, nuestra madre emprendió un camino inesperado.

Se presentó en Aitze don Eugenio Urroz Erro. Era párroco en Albiztur, y para entonces, finales de los años veinte, ya había publicado varios libros, entre ellos uno dedicado a la imagen de la Virgen de Izaskun.

–Me han nombrado arcipreste de Eibar. Al parecer, no han encontrado otro mejor –dijo a Ramón y Leona cuando se sentaron bajo la parra que cubría la entrada de la casa. Era un hombre modesto. Pocos sabían en el pueblo que había realizado sus estudios en Roma y era licenciado en Derecho.

–Quiero que Izaskun venga conmigo a Eibar –añadió. Nuestra madre llevaba aquel nombre después del de María por recomendación suya, y era el único que, por aquel entonces, le llamaba así.

Ramón no se ocupaba de los asuntos que afectaban a los hijos, y fue Leona la que respondió.

–Llévesela con usted –dijo.

Urroz Erro se sorprendió de lo rápido de la respuesta.

–Antes de nada, déjenme explicarles mis planes.

–Sé que son buenos –dijo Leona.

Años más tarde confesaría que la noche anterior a la visita del párroco, en sueños, había visto a su hija con un vestido muy elegante, y que de ahí le había venido la seguridad a la hora de aceptar la propuesta.

–De todas maneras, prefiero que me escuche –dijo Urroz Erro. Tenía mentalidad de abogado, y no le gustaban los tratos poco detallados.

Explicó que su madre, una mujer ya mayor y que, a causa de su enfermedad, apenas podía moverse de su cama, requería

Eugenio Urroz Erro (1883-1937), párroco de Eibar, ► licenciado en Derecho Civil, académico correspondiente de la Academia de la Historia y miembro de la Sociedad de Estudios Vascos. Fotógrafo: Indalecio Ojanguren. Archivo: Fondo Municipal de Eibar.

mucha atención, y que la criada que iba a acompañarle a Eibar no podía ocuparse de ella las veinticuatro horas del día. Necesitaba una ayudante.

–He pensado en Izaskun porque la conozco y sé que es despierta. Pero hay algo más –se apresuró a decir–. Ella tiene que seguir aprendiendo, y yo me ofrezco a pagarle los estudios a cambio de su trabajo. Hay en Eibar un colegio que llevan unas monjas francesas, y que es muy bueno. Allí irá Izaskun.

Leona volvió a responder con rapidez.

–Hasta el día de hoy nadie de nuestra familia ha tenido estudios. Ella va a ser la primera. Se lo agradecemos mucho, don Eugenio –dijo. Ramón asintió con vehemencia para mostrar su acuerdo.

Era una gran oportunidad. En los pueblos como Albiztur las personas morían sin conocerse a sí mismas, sin sospechar siquiera qué había en ellos, qué cualidades latentes poseían; qué habría aflorado en ellos de haber podido ir a un colegio o a la universidad. Conseguían, al cabo, tener una vida, pero constreñida a la supervivencia, básica. Cuando morían, dejaban tras de sí una imagen genérica, igual para todos: "fue campesino", "fue pastor", "fue ama de casa".

Leona y Ramón lo comprendieron nada más escuchar a Urroz Erro: no sería ése el caso de su hija mayor. María, Izaskun, iría a una buena escuela. Algún día se vestiría con trajes de una elegancia que ellos nunca habían conocido.

Quince días más tarde nuestra madre viajaba en coche a Eibar. Aún no había cumplido los once años.

*

Una vaca que pastaba en el prado cercano al cementerio volvió a mugir, y pronto la acompañaron todas las demás de la manada. Más lejos, en los caseríos de alrededor, los perros labraban con fuerza. Pensé que ninguno de aquellos animales se mezclaba bien con la muerte. No tenían la voz de los pájaros. Tampoco la de Andrés Garay. Eran animales groseros, desagradables.

Salimos del cementerio. Mi hermano menor y yo nos dirigimos al aparcamiento; el mayor, a pie, hacia la iglesia, a recoger su Mercedes Benz S-500.

–Y ahora, ¡a comer callos! ¡Lo que faltaba! –gritó. No para que le oyéramos nosotros, sino para sí mismo.

Los maizales, el barrio, la iglesia; todo estaba ahora un poco más oscuro. En las ventanas de algunos caseríos había luz. A lo lejos, Le Roi des Trois Couronnes era una mancha negra. En la otra dirección, el Hernio, "la montaña rocosa de cima grande", parecía enorme, como si hubiese crecido mientras dábamos sepultura a nuestra madre. Pregunté a mi hermano si se acordaba de la historia de las dos mujeres que perdieron su camino y pidieron información a un cuervo. Se acordaba muy bien.

–Nuestra madre contaba siempre las mismas historias –dijo.

Era verdad, pero las de Albiztur únicamente durante nuestra infancia. Después, su referencia principal fue Eibar. Los años pasados en el mayor pueblo industrial de Guipúzcoa resultaron para ella una experiencia única. La más importante de su vida, seguramente.

*

"Eibar era un lugar muy difícil para don Eugenio Urroz Erro y para toda la gente cristiana –contaba mi madre–. Los socialistas y los republicanos tenían mucha fuerza, y a misa iba muy poca gente. La mitad o más de los funerales importantes eran civiles. Por esa razón, por haber tantos ateos en el pueblo, los predicadores que enviaban a Eibar solían ser los mejores, y el más admirado de todos era un cura que se llamaba Madinabeitia. Él se encargaba del sermón de Viernes Santo, el de las Siete Palabras. Ese día, la iglesia se ponía a rebosar de gente. Iban todos a escucharle: los católicos, los socialistas, los republicanos y los comunistas.

Madinabeitia llegaba a Eibar a principios de la Semana Santa, y se quedaba en nuestra casa. El primer año, estaba yo cuidando a la madre de don Eugenio cuando oí voces. Fui a

la sala y entonces me di cuenta: Madinabeitia ensayaba el Sermón de las Siete Palabras en su habitación, con exclamaciones que debían de oírse desde la calle. Me senté en una butaca a escucharle."

Treinta o cuarenta años más tarde, mi madre se ponía a declamar imitando la vehemencia de Madinabeitia: "¡Tengo sed!", "¡Todo ha terminado! *Ite misa est!…*"

"Yo quería volver junto a la enferma, porque había que cambiarle de postura a fin de que no se le hicieran úlceras en la piel, pero me resultaba imposible. La voz y la forma de hablar de Madinabeitia me emocionaban, me daban incluso ganas de llorar, sobre todo cuando empezaba a lamentarse y a implorar: '¡Padre! ¡Padre! ¿Por qué me has abandonado?'. No sé cuánto tiempo estuve allí. Al final, cuando me levanté de la butaca para volver a la habitación, vi a don Eugenio. Estaba sentado en otra butaca, escuchando. Ni siquiera se había apercibido de mi presencia. Él era un intelectual, un hombre que sabía mucho, pero no tenía facilidad de palabra y admiraba a Madinabeitia."

*

"Por la casa de don Eugenio pasaba mucha gente –contaba mi madre–. No solo predicadores y religiosos. También un hipnotizador. Era un hombre delgado que fumaba muchos cigarrillos. Un día, don Eugenio dio una comida a la que acudieron concejales del ayuntamiento y otras personalidades del pueblo, entre ellas aquel hombre delgado. Estaban todos fumando en la sala y empezaron de pronto a bromear con él, diciéndole que lo de la hipnosis era una patraña, y que se extrañaban de que un hombre serio se presentara ante la sociedad como un especialista en la materia. Yo lo oí todo, porque aquel día me pidieron que ayudara en el comedor, que estaba al lado de la sala.

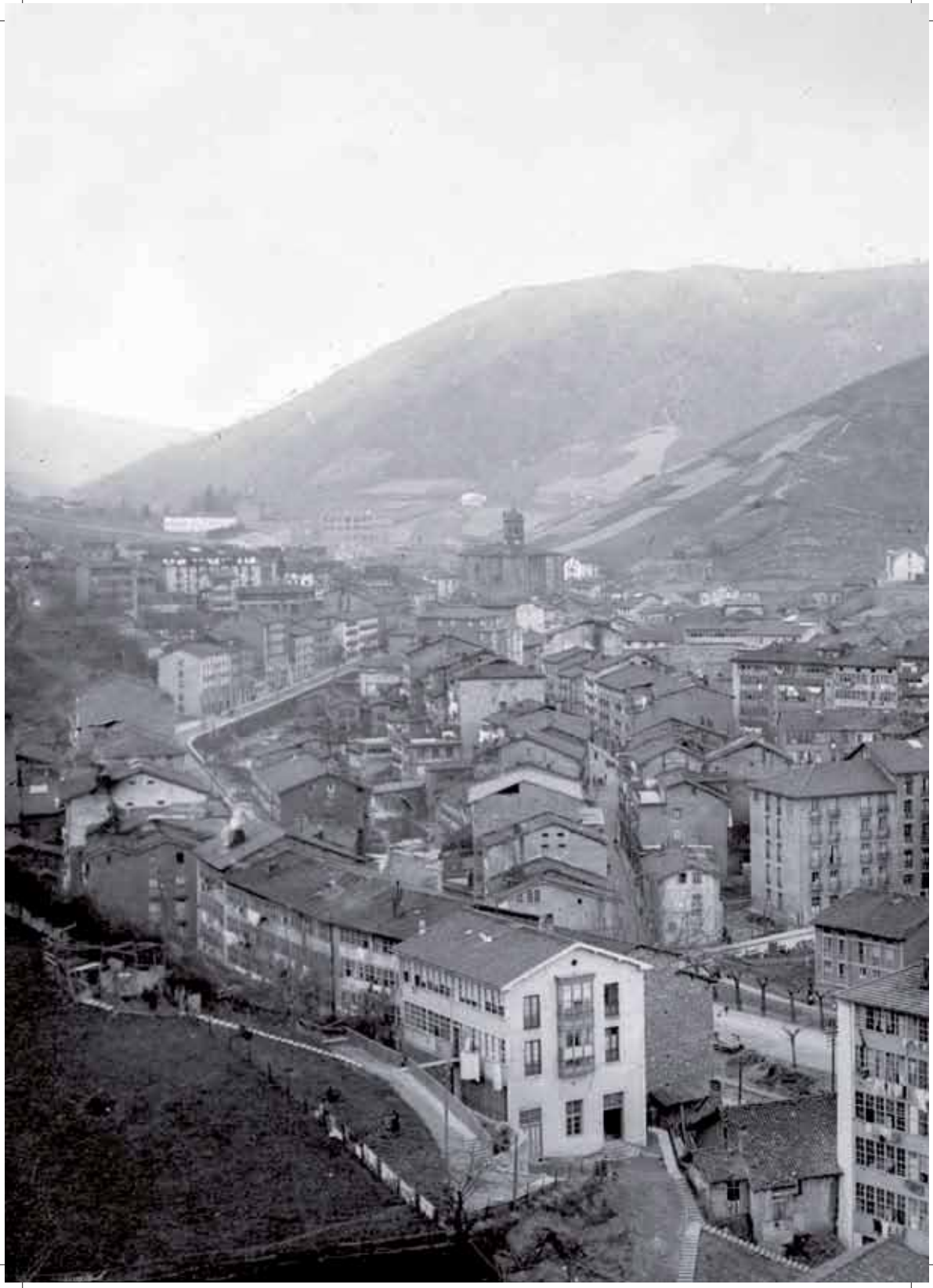
En un primer momento el hombre delgado no dijo nada, y salió al balcón. Pensé que había decidido separarse del grupo para poner fin a la broma. Pero su intención era otra.

Señalando hacia la calle, dijo a un concejal que se le había acercado: 'Cuando esa muchacha que lleva los pasteles pase por debajo del balcón, llámela y dígale cualquier cosa que se le ocurra. Lo que quiero es que levante la vista hacia aquí'. Fui corriendo hasta la ventana de la cocina y me puse a mirar. Efectivamente, por allí venía la chica con su bandeja de pasteles en la mano. Eran de Soloaga, la pastelería más importante de Eibar, y los llevaría a algún restaurante.

Llegó la chica a la altura de nuestra casa, y el concejal hizo lo que le había indicado el hombre delgado. Acto seguido, la chica entró en el portal. Un poco después, llamaron a la puerta. Fui corriendo a abrir, pero para entonces ya estaban allí el hombre delgado, el concejal y otros invitados. La chica alargó la bandeja y dijo: 'He pensado que quizás les gustaría comer unos pasteles'. El hombre delgado le dio una moneda. 'Gracias –le respondió–, pero ahora no nos apetece. Perdone la molestia.' Los concejales y los demás invitados pusieron cara de asombro. '¿Cómo lo ha conseguido?', le preguntaron. 'Gracias a la hipnosis', respondió el hombre delgado. No dio más explicaciones, ni entonces ni durante la comida. A don Eugenio le gustó lo que había pasado, y dijo una frase en latín. Que los vencedores nunca dan explicaciones, o algo así."

*

"En general, las alumnas del colegio pertenecían a las familias ricas del pueblo –contaba mi madre–. Una chica de mi clase era una Orbea, de Bicicletas Orbea, y otra, una Beistegui, de Bicicletas BH. Un día que don Eugenio me dio permiso para salir por la tarde, fui al chalet de una de ellas, situado en las afueras, y vi a cinco o seis chicos jugando al fútbol en una zona del jardín donde había palmeras. Mi amiga, que se llamaba Agustina, me habló al oído: 'Son jugadores del Athletic de Bilbao'. Aunque estaban vestidos de calle, jugaban muy bien, y era fácil creer lo que me decía. Uno de ellos, bastante flaco y de pelo rizado, se quitó los zapatos y los dejó al pie de una



de las palmeras antes de volver al grupo y seguir jugando. 'Es Chirri II', me dijo Agustina cogiéndome del brazo y llevándome hacia los jugadores. Era una chica muy atrevida, que ni siquiera las monjas de Aldatze conseguían dominar, y enseguida adiviné su intención. Quería robarle los zapatos a Chirri II. Yo quise soltarme, pero Agustina me agarraba muy fuerte, y no pude. Antes de que me diera cuenta, cogió los zapatos y los escondió a la altura de la cintura, en el costado. Como íbamos del brazo, no se notaba mucho. Ella se reía, pero yo estaba asustada.

Volví a ver a los jugadores del Athletic dentro del chalet, y allí estaba Chirri II en calcetines hablando con el dueño de la casa. Parecía muy tranquilo, como si no se acordase de los zapatos. La que sí se acordaba era yo. No podía dejar de pensar en ellos porque los tenía allí mismo, debajo del sofá donde me sentaba. Además, estaba sola. Agustina se había levantado para ir a hablar con un jugador que le parecía muy guapo, Muguerza. Pasó el tiempo, un cuarto de hora quizás, y yo allí sentada, sin saber qué hacer, cada vez más preocupada porque estaba anocheciendo y a don Eugenio no le gustaba que llegase tarde a casa. De pronto, sin perder su parsimonia, Chirri II se acercó y me dijo: '*Bilbora yoan bia´dot, ta ezin naz zapata barik ibilli. Entrenadoriek kastigue ipiniko deust',* 'tengo que ir a Bilbao y no puedo andar sin zapatos. El entrenador me pondría un castigo'. Hablaba así, a la manera vizcaína. Yo estaba muerta de vergüenza. Saqué los zapatos de debajo del sofá y se los entregué. Él se rió, y no paró de hablar mientras se calzaba. '*Ze ikisi bia´dozu, ba?',* '¿qué vas a estudiar?', me preguntó. Le respondí que Química, porque era bastante buena en esa asignatura, siempre sacaba notable o sobresaliente. Él me dijo que era ingeniero, y me dio un montón de explicaciones sobre la Escuela de Ingenieros de Bilbao. Pero con los nervios, y por su forma de hablar vizcaína, no le entendí mucho. Era un chico muy simpático."

*

◀ 1914. Eibar. Vista general. A la derecha de la imagen, casas y fábricas de la marca de bicicletas 'Orbea'. Fotógrafo: Indalecio Ojanguren. Archivo General de Gipuzkoa (Tolosa).

Escuchábamos las historias de Eibar una y otra vez, y a mi hermano menor le producían una gran impresión, quizás por ser el más joven y el que más vueltas le daba a lo que oía en casa. Una vez, en la época del colegio, le pidieron que dibujara un pueblo, y él llenó la lámina de palacios, palmeras y otras maravillas. El profesor exclamó: "Pero ¿qué pueblo es éste? ¡Parece el paraíso!". "No es el paraíso. Es Eibar", respondió mi hermano. Años después, al visitar Eibar por primera vez, se quedó perplejo al ver el pueblo real, tan denso y tan obrero, y comprendió que su imagen mental provenía de las historias de nuestra madre. Contaba con tanta alegría las cosas que le habían ocurrido allí durante la juventud, que parecían propias de una geografía ideal. Con todo, a mi hermano le gustó más el Eibar real que el Eibar ideal. Para entonces era ya un lector voraz de los libros de Marx y de Lenin.

Nuestra madre contaba las historias políticas con la misma alegría que la de Chirri II o la del hipnotizador. Se reía, por ejemplo, de la situación que se vivió en Eibar al proclamarse la República. Decía que la noche del 13 de abril los guardias se llevaban a la cárcel a los que gritaban *Viva la República*, pero que a la mañana siguiente quienes iban a la cárcel eran los que gritaban *Viva el Rey*. De las cosas de la guerra, ella se quedaba con lo más pintoresco: los disparos de fusil, que hacían *pa-kun, pa-kun*; la doble reacción del boticario Boneta, que, al volver del refugio después de un bombardeo y ver su casa reducida a escombros, dio saltos de alegría por haber salvado la vida, pero que horas más tarde, ante los mismos escombros, se echó a llorar desconsoladamente por todo lo que había perdido; sus estancias en Aldatze durante el periodo en que arreciaron los bombardeos, con una superiora que, primero, al sonar la alarma, les reñía por no bajar deprisa al sótano, y luego, cuando se alejaban los aviones, volvía a reñirles por la batalla de almohadas y otros alborotos que montaban allí.

"La que lo organizaba todo era Agustina –contaba mi madre–. Era muy buena haciendo teatro. No sé cómo, había conseguido

un hábito, y cuando bajábamos al sótano se lo ponía y se dedicaba a imitar a las profesoras. Nos hacía reír muchísimo. Pero si la hubiesen cogido le habrían puesto dos castigos: el primero, por burlarse de las madres; el segundo, por encender velas, cosa que estaba totalmente prohibida durante los bombardeos."

Había un rasgo infantil en el carácter de nuestra madre, una alegría innata, pero desapareció, o se apagó, el día que detuvieron a mi hermano menor y lo llevaron a la cárcel.

*

La Semana Santa de 1972, la noche del Jueves Santo al Viernes Santo, un grupo de guardias civiles violentó la puerta del piso donde vivíamos y entró en él metralleta en mano. Cuando desperté y abrí los ojos, había dos de ellos en mi habitación. Enseguida apareció un tercero, de más edad que los anteriores y con galón de sargento.

–¡Salga inmediatamente de la cama! –gritó.

Parecían soldados, no guardias. Por el uniforme que llevaban. Por la gorra, sobre todo.

Empecé a vestirme, pero el sargento volvió a gritarme:

–¡No se vista! ¡Salga de la habitación!

Tenía en la mesilla de noche unas fotocopias sobre la historia del Pueblo Vasco que me había pasado mi hermano menor. Tuve el convencimiento de que los guardias habían venido a por él.

Mi madre y mi padre estaban en la cocina, ella con un camisón rosa y él con un pijama verde. Me fijé en mi padre. El pijama le quedaba pegado al cuerpo, y se le notaban las partes. El guardia que les vigilaba, muy joven, me indicó con la metralleta que me pusiera junto a ellos.

Nuestro piso era grande. En realidad, se trataba de dos pisos comunicados por una puerta batiente. Desde la otra parte llegaban las voces de una discusión. De pronto se oyó un grito. Mi padre, muy pálido, se dirigió a la puerta de la cocina con los brazos levantados:

–¡Qué pasa aquí!

El guardia joven levantó la metralleta para frenarle, y, por puro reflejo, mi padre le dio un manotazo en el cañón. La metralleta cayó al suelo y unas diez o doce balas se desparramaron por las baldosas. En un primer momento, creí que eran monedas.

Aparecieron dos guardias arrastrando a mi hermano mayor, y lo empujaron dentro de la cocina. Al oír el grito había pensado en el otro hermano, pero estaba equivocado. Tenía sangre en la nariz. Solo llevaba puestos los calzoncillos.

–¡No me mires así, maricón! –le gritó uno de los guardias amenazándole con la culata de la metralleta.

Mi hermano mayor tenia el pelo rubio y ondulado, en forma de media melena, y llevaba un collar de cuentas de estilo hippie. Sus calzoncillos también eran del mismo estilo, de florecitas. Al parecer –lo supe años después–, los guardias entraron en su habitación gritándole que venían a hacer un registro, y él se bajó los calzoncillos de florecitas enseñándoles el culo y diciendo:

–¡Pues registrad aquí atrás!

La impertinencia le había costado un puñetazo.

Sentada en una banqueta, nuestra madre parecía una escultura.

–¡Ya está bien! ¡Ya está bien! –dijo. Pero solo yo le oí. La cocina se había llenado de voces. El que más gritaba era el sargento.

–¡Qué hace este arma en el suelo!

El guardia joven estaba tan pálido como mi padre. Se agachó, recogió el arma, y trató de dar explicaciones.

–¡Recoja también las balas! –le interrumpió el sargento al tiempo que salía de la cocina. Pasó tan rápido por la puerta batiente que las hojas siguieron sonando durante unos segundos.

Volvió acompañado de cuatro de sus hombres y llevando a mi hermano menor. Formaban una fila: primero mi hermano con las esposas puestas; detrás, tres guardias con metralleta; luego, otro guardia con una caja de cartón llena

de papeles; a continuación, él mismo. El guardia joven que vigilaba la cocina se unió a ellos y el grupo se dirigió a la calle.

Mi madre salió corriendo al pasillo y se abrió paso entre los guardias.

–Tranquila. Volveré pronto –le dijo mi hermano. Tenía la voz cogida, como con ronquera.

Nos asomamos a las ventanas del piso. En la calle había dos vehículos, y los guardias se apresuraron a entrar en ellos. Llamamos a mi hermano y él intentó saludarnos, pero el empujón de uno de los guardias se lo impidió.

Mi hermano mayor comenzó a maldecir y a soltar insultos.

–¡No digas disparates! –le interrumpió mi padre. Iba a decir algo más, pero le dio la tos y no pudo continuar.

Nos quedamos despiertos en la sala. Una hora más tarde, cuando dieron las cinco de la madrugada, mi hermano dijo que se marchaba a San Sebastián.

–Conozco al abogado que se encarga de estos casos. Voy a hablar con él.

Mi padre y yo volvimos a la cama, e intentamos que mi madre hiciera lo mismo. Pero no quiso, y se quedó acurrucada en el sofá.

A la mañana siguiente me despertó la radio. Estaba puesta a todo volumen. Me pareció que alguien estaba pronunciando un discurso, pero se trataba de un sermón, el de las Siete Palabras. Era Viernes Santo.

–¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

El predicador de la radio basaba la eficacia de sus palabras en el énfasis.

–¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué?

Mi madre seguía acurrucada en el sofá. Pensé que dormía.

–Comparado con Madinabeitia, no vale nada –dijo de pronto.

El predicador aseguraba que el grito de Jesús no había sido de desesperación, sino un intento de rezar. Jesús trataba de recitar el salmo 22: "¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué estás tan lejos? Te suplico, pero mi oración no te llega.

¡Oh, Dios mío! Grito durante el día, y Tú no me respondes. Grito durante la noche, y Tú no me respondes". Según el predicador, Jesús no se sentía abatido, sino lleno de esperanza.

–Comparado con Madinabeitia, no vale nada –repitió mi madre. Parecía a punto de dormirse, y me quedé callado. La sala estaba tranquila. No nos llegaba ningún ruido. Por la ventana entraba una luz mortecina. El día era gris.

Mi madre emitió un gemido.

–¿Adónde le habrán llevado?

Le dije que tendríamos la respuesta cuando el hermano mayor volviera de San Sebastián.

–Tu padre ha ido a por pan –dijo–. Pero ¿habrá pan hoy, siendo Viernes Santo? No me acuerdo si es hoy o mañana cuando suele faltar.

Llamaron a la puerta. Pensé que sería mi padre, de vuelta de la panadería, pero me encontré de frente con Andrés Garay. No quiso entrar en el piso.

–A tu hermano no lo han llevado a Madrid –dijo en voz baja–. Está en San Sebastián, en el cuartel de Ondarreta. Hemos avisado a todos los que hemos podido.

Se estaba descubriendo. Yo lo relacionaba únicamente con el coro de la iglesia. No sabía que estuviese organizado.

Oímos que alguien abría el portal. Luego, una tos. Era mi padre. Andrés Garay subió apresuradamente hasta el siguiente descansillo. Yo acudí donde mi padre y le ofrecí el brazo para ayudarle, pero él me rechazó.

Cuando entramos en el piso, mi madre estaba en la cocina, dándose topetazos contra la pared.

–¡Ya está bien! ¡Qué va a ser esto? ¿Es que nos vamos a volver locos? –gritó mi padre tirando sobre la mesa los panes que traía.

*

Siempre regresamos a la vida cotidiana, no hay otro lugar para nosotros. Surge a veces algo extraordinario, una desgracia, y da la impresión de que todo se ha detenido y nunca más

se pondrá en marcha. Pero la corriente, la vida cotidiana, no deja de moverse; se mueve incluso cuando parece pétrea, y la persona sufriente, dolorida, se ve obligada a lavarse por la mañana, a desayunar, a hacer las compras, a ir al trabajo, a escuchar los comentarios de la gente sobre un programa de televisión o sobre el último partido de fútbol, a discutir con el empleado del banco por un cobro indebido. Poco a poco, todos estos actos van borrando de su cabeza lo extraordinario, la desgracia; por una hora, al principio; por una semana o por un mes, más tarde. Al final no queda en su conciencia sino una sombra, un dolor mate.

Así ocurrió en nuestra casa. Regresamos a la vida cotidiana. También mi hermano menor. Le penaron con ocho años de cárcel, pero antes de que pasaran tres se encontraba de nuevo en la calle gracias a la amnistía que siguió a la muerte del General Franco. Dos años más, quizás tres, y estaba recuperado; trabajaba en una distribuidora de libros y parecía contento con su vida. En ese tiempo, el hermano mayor progresó: antes de cumplir treinta y cinco años ya era propietario de una empresa de taxis y vehículos de transporte especiales, y empleaba a cinco chóferes. En cuanto a mí, impartía clases de lengua en un instituto.

El día que celebramos el 70 aniversario de mi padre repasamos el trayecto de la familia, y los años que mi hermano menor pasó en la cárcel nos ocuparon un par de minutos; la carrera de empresario de mi hermano mayor, mucho más. Acababa de adquirir una limusina blanca que alquilaba para bodas. Fue el tema principal de la comida.

Mi madre hizo una broma.

–Parece mentira que una persona que alquila coches para bodas no se case. A ver cuando utilizas tú mismo la limusina.

No reparaba en la condición de homosexual de mi hermano mayor.

–Para qué quiero yo una mujer, si tengo la más bonita en casa –respondió él. Trataba bien a nuestra madre.

Dejamos atrás lo ocurrido, pero nuestra forma de vivir cambió. Para decirlo con una metáfora de las que se emplean

en los libros religiosos, la hierba –la vida– empezó a brotar y a crecer en otros resquicios del muro, de una forma diferente. Después del episodio de la cárcel, las diferencias entre mis hermanos se hicieron grandes, y procuraban no coincidir. Cuando forzosamente lo hacían –como en el caso del 70 cumpleaños de nuestro padre– la tensión entre ellos resultaba evidente, y a veces discutían violentamente sobre las cuestiones políticas del momento. Por mi parte, me cansaba estar siempre en una posición intermedia, conciliadora, y tampoco me esforzaba mucho en mantener activa la vida familiar. En esa situación, mi padre se aisló, y se pasaba las horas en la piscina o en el gimnasio municipal, o paseando por el monte. Nuestra madre también cambió.

–Has perdido un poco de *punch* –le solía decir mi hermano menor.

Era verdad, y una de las consecuencias de su nueva condición fue el apagamiento de aquella alegría infantil que le llevaba a contar historias. Seguía contándolas, sobre todo las de su niñez, la del monte Hernio y otras, pero solo en las celebraciones, cuando bebía un poco de champán. En cuanto a Eibar, desapareció de su conversación.

Poco a poco, las quejas ocuparon el lugar de las historias: "hoy me duele la espalda", "vuestro padre me da mucho trabajo", "no suelo tener ganas de levantarme de la cama", "la edad no perdona". Unos años más tarde, empezó a perder la cabeza. Lo supimos el día que confundió a Rosa Mari, la mujer que le ayudaba, con una de sus hermanas de Aitze.

La llevamos a un geriatra, que le puso un tratamiento y la devolvió a la realidad –"al peor de los sitios", dijo mi hermano menor–. Surgieron entonces, de nuevo, las quejas. "La edad no perdona", repetía una y otra vez.

Unos meses después, una tarde de domingo, fui a visitarla y la encontré sentada en la sala, hablando con el sacerdote del pueblo. Tenía el ceño fruncido.

–¡Tiene que comprenderlo, don Eugenio! ¿No se da cuenta de la cantidad de horas que paso con su madre en el cuarto? –continuó sin responder a mi saludo. Adelgazaba la voz al hablar.

–Por lo visto, el otro día la reñí por andar jugando a la rayuela –me dijo el sacerdote, algo indeciso.

–¡Por jugar a la rayuela, no! –chilló mi madre moviendo la cabeza y subrayando su disconformidad–. ¡Por hacer rayas con la tiza en el suelo de la habitación! Pero ¡cómo voy a jugar a la rayuela sin hacer rayas!

–Es que el suelo es de madera y la tiza mancha mucho –se justificó el sacerdote siguiéndole la corriente.

–No puedo estar siempre estudiando –insistió mi madre–. Necesito entretenerme y salir a la calle. Agustina siempre me lo dice. Que tengo que ir al baile con ella. Y a ver un partido del Athletic de Bilbao.

–Espero que Agustina sea una buena compañía para ti –dijo el sacerdote.

–¡Usted sabe muy bien que Agustina es mi mejor amiga! –respondió mi madre–. El otro día me regaló sus gafas de sol. Dice que lo único bonito que tiene son los ojos, y que no los quiere esconder.

–Lo entiendo –dijo el sacerdote levantándose de la silla.

Mi madre siguió discutiendo con don Eugenio incluso después de la marcha del sacerdote. Quise darle la cena, pero la vi tan agotada que decidí acostarla. En la cama, rompió a llorar.

–¿Qué te pasa? –le dije.

Ella me explicó algo que no entendí. No sabía si me hablaba a mí o a alguien del pasado. Le pregunté qué era lo que estaba viendo.

– María Ángela –dijo.

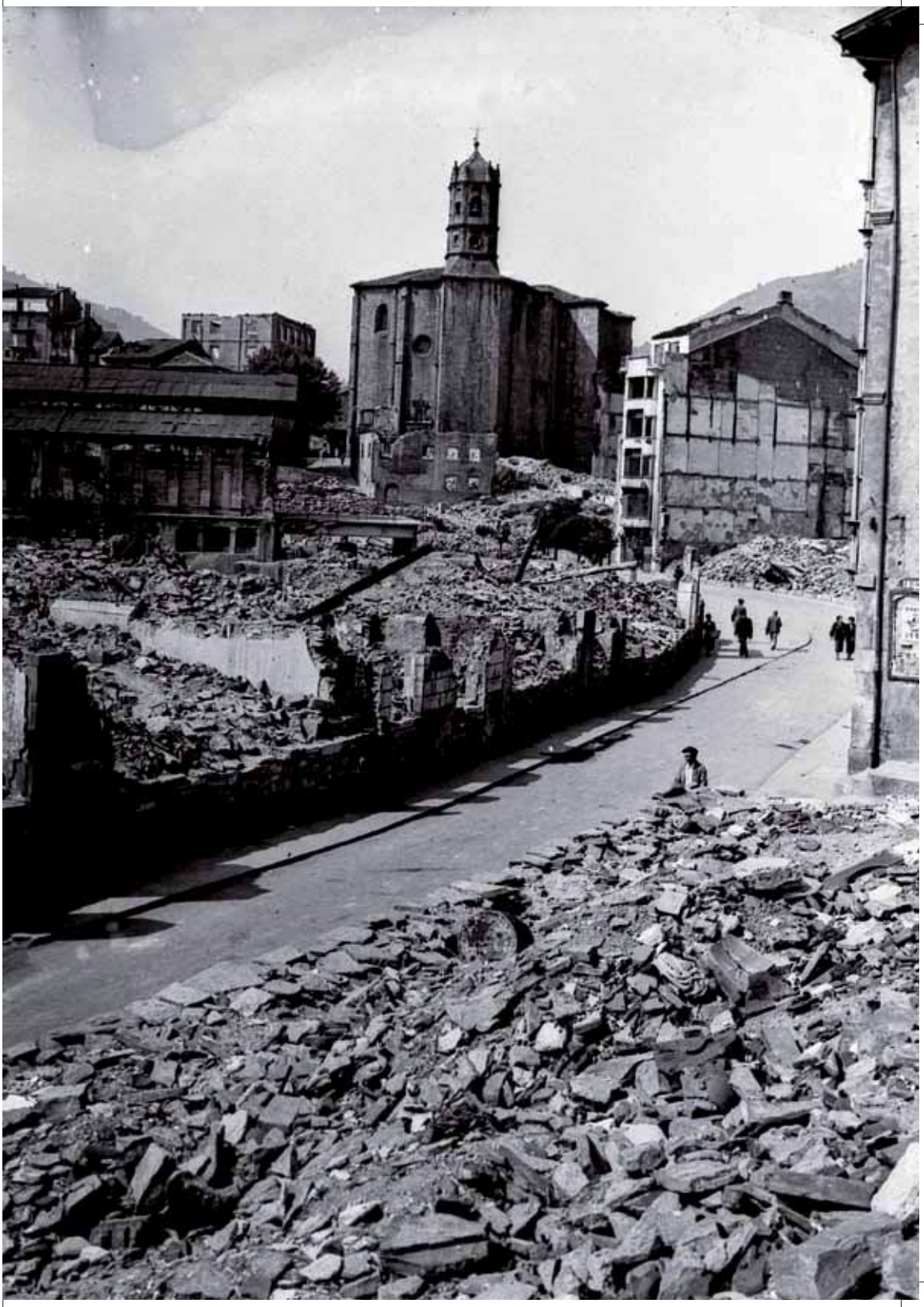
–¿Y dónde estás?

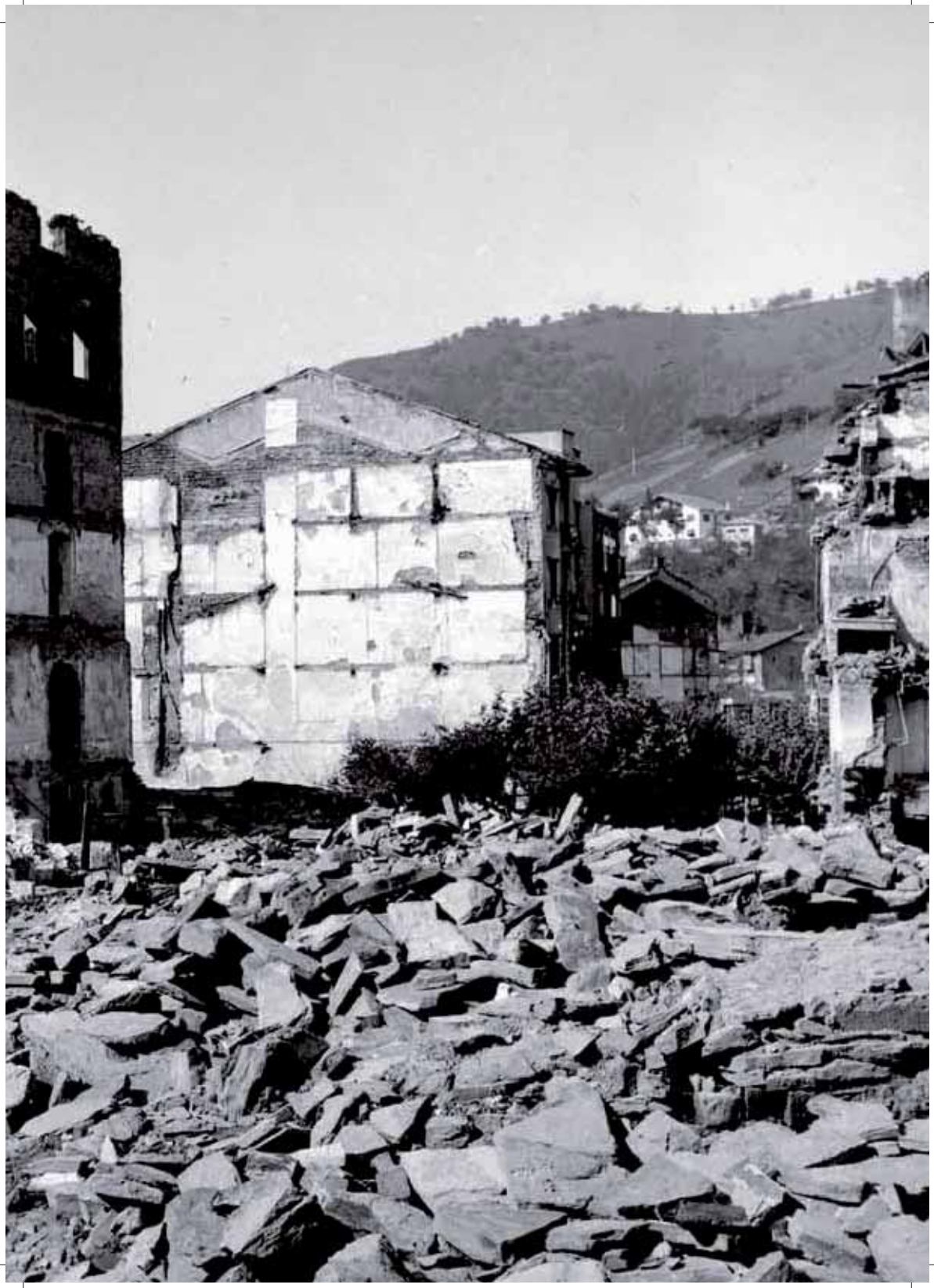
– En el cementerio de Eibar.

Pensé que se refería a alguna de sus compañeras de colegio. Me agarré a las metáforas, como los sacerdotes, y le empecé a hablar del cielo. María Ángela estaría bien allí, contemplando a Dios.

Mi madre se revolvió inquieta.

1937. Paisaje de destrucción VII. Eibar. ►
Calle María Ángela.
Fotógrafo: Indalecio Ojanguren. Archivo General de Gipuzkoa (Tolosa).





–Yo hablo de la calle. De la calle María Ángela –dijo–. La han bombardeado los italianos. Se ve muy bien desde el cementerio.

Años después, en un catálogo de Indalecio Ojanguren, encontré una fotografía que mostraba cómo había quedado la calle María Ángela tras los bombardeos de la Guerra Civil. La calle misma, en buenas condiciones; las casas de alrededor, escombro. La torre Kontadorea aún en pie, pero quemada y sin tejado. La iglesia de san Andrés y el convento de las agustinas, dañados, con algún flanco roto.

–Pero no lloro por eso –dijo mi madre.

–¿Por qué lloras, entonces?

–¿No lo sabes? Han matado a don Eugenio.

Unos sesenta años más tarde, la noticia me impresionó.

–¿Qué ha pasado?

–Esos asquerosos aviones bombardearon el tren que lo llevaba a Bilbao. Por lo visto, a don Eugenio le dio un ataque al corazón y murió en el acto. ¡Qué miedo pasaría! Era muy miedoso para los bombardeos. La primera vez que bombardearon Eibar me llevó corriendo al refugio. Llegamos antes que nadie.

Guardó silencio durante un rato.

–¿Qué voy a hacer ahora? Yo creo que no voy a poder estudiar Químicas –dijo–. Tendré que volver a Albiztur.

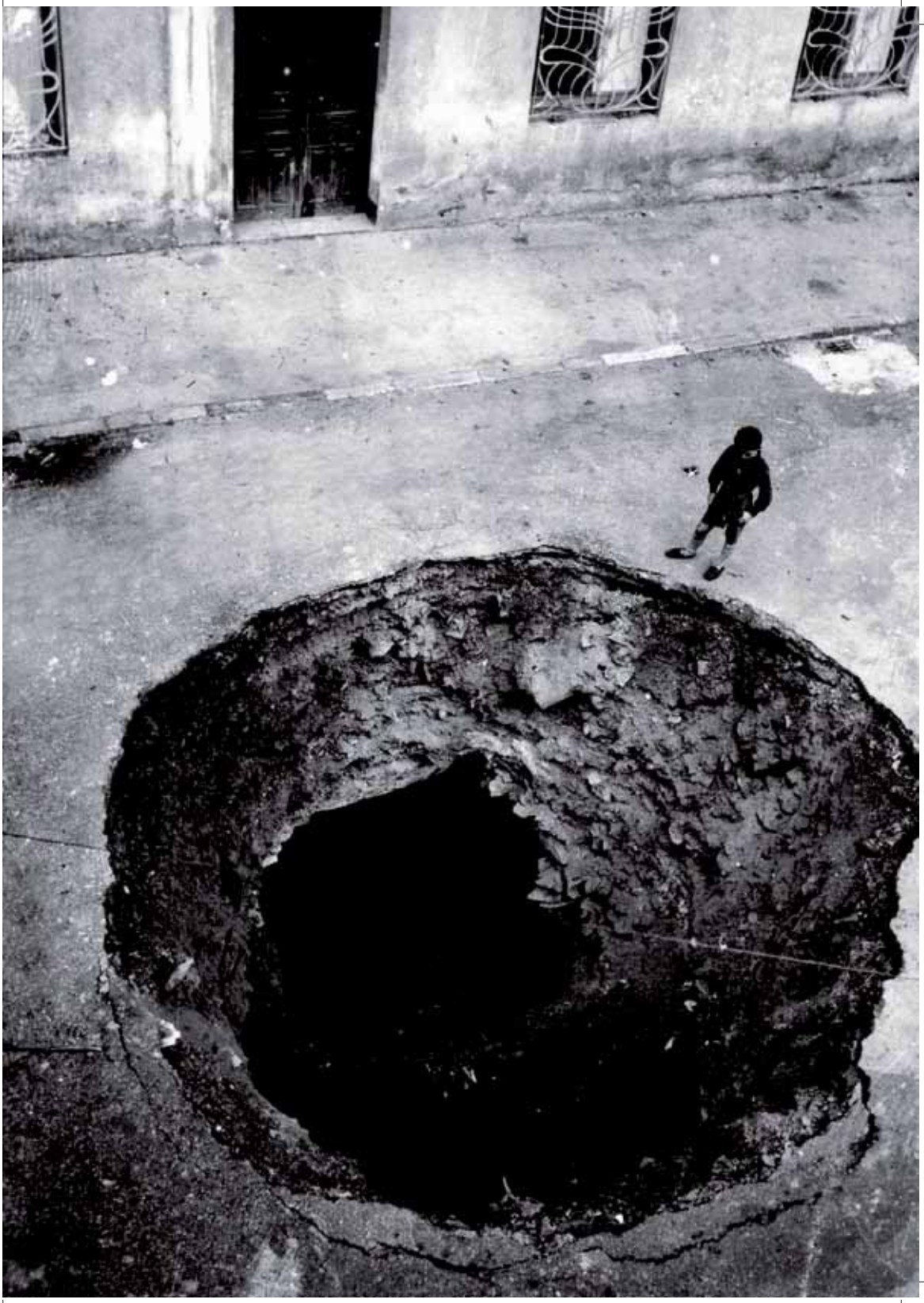
Sacó un pañuelo blanco del cajón de la mesilla de noche y se secó las lágrimas.

Cuando se durmió llamé por teléfono a mis hermanos. No respondieron, y dejé a los dos el mismo mensaje: "Izaskun está en Eibar".

Murió dos semanas más tarde sin salir mentalmente del pueblo donde había pasado la juventud y donde, más que en ningún otro sitio, había sido feliz. Hablaba mucho, pero sin

1937. Eibar. Hoyo producido por una bomba lanzada por la aviación italo-fascista sobre el refugio de la Calle O'Donnell. ►
Fotógrafo: Indalecio Ojanguren. Archivo General de Gipuzkoa (Tolosa).

◄ **1937. Paisaje de destrucción VIII. Eibar.**
Calle María Ángela y Torreón de la casa de los Zuloaga (Torre Kontadorekua).
Fotógrafo: Indalecio Ojanguren. Archivo General de Gipuzkoa (Tolosa).



claridad. Solo un día pudo entendérsele algo. Confundió a su cuidadora, Rosa Mari, con alguna de sus compañeras de curso.

Mi madre creyó que volvía en tren a Eibar después de haberse examinado en Vitoria. Se sentía feliz por la forma en que le habían salido las cosas, en particular el examen de Química, y se puso a contar "una cosa muy chistosa" que había ocurrido durante el exámen oral de filosofía. Un alumno de otro colegio, que no estaba bien preparado y no acertaba a responder correctamente, había acabado por enfadar al catedrático, el cual, levántandose con los brazos en alto, se había puesto a gritar: "¡Paja! ¡Traigan paja para este burro!". Mi madre se rió a carcajadas al contarlo.

–Voy a recordarla así, riéndose –nos dijo Rosa Mari cuando vino a darnos el pésame después del funeral.

*

Estábamos en el restaurante comiendo callos, y algunos de los amigos sentados en la mesa discutían sobre la mejor forma de prepararlos. Uno dijo que los cocinaba como en el siglo XIX, añadiendo a la salsa un vaso de vino blanco; otro, que los mezclaba con morros y los rebozaba según una receta de Carlos Arguiñano, pero que no les ponía laurel.

Una de las mujeres de la mesa, extremadamente delgada, hablaba con gran entusiasmo de los callos. Mi hermano mayor me susurró al oído que lo hacía para que no sospecháramos que era anoréxica, no porque le gustase comérselos.

–Por lo que veo, en tu caso la teoría supera con creces a la práctica –le dijo mi hermano señalando el plato casi intacto.

–Están muy grasientos, por eso no los he comido –dijo la mujer–. La chistorra les da mucho sabor, pero primero hay que cocerla sola para quitarle la grasa.

–Mira a ese –me dijo mi hermano, pasando por alto la explicación de la mujer y señalando con la mirada a un anciano que estaba de pie junto a una mesa próxima.

En un primer momento no le reconocí. Luego me vino su imagen de joven, de treinta o cuarenta años antes. En aquella

época había criticado públicamente a mi madre por enseñar en castellano en la escuela del pueblo; crítica que a nuestra madre le había causado un gran pesar. Ver a aquel hombre en el comedor, y pensar que, probablemente, había asistido al funeral, enfurecía a mi hermano.

La situación empezaba a cambiar. La muerte de nuestra madre nos había sacado de la corriente de la vida cotidiana, instalándonos en un lugar aparte, en un ensueño. Durante un tiempo, desde el momento de su muerte hasta el final del funeral, todos nuestros pensamientos habían sido para ella; pero estábamos despertando, volvíamos a la realidad. La reacción de mi hermano lo demostraba.

*

El Mercedes Benz S 500 estaba aparcado delante del restaurante, y dos jóvenes que lo miraban empezaron a hacernos preguntas nada más vernos. Mi hermano mayor se negó a contestarles, y no insistieron.

–Podías haber aparcado en otra parte –le dijo el hermano menor–. ¿Para qué aparcas aquí, a la vista de todo el mundo? ¿Qué pretendes demostrar?

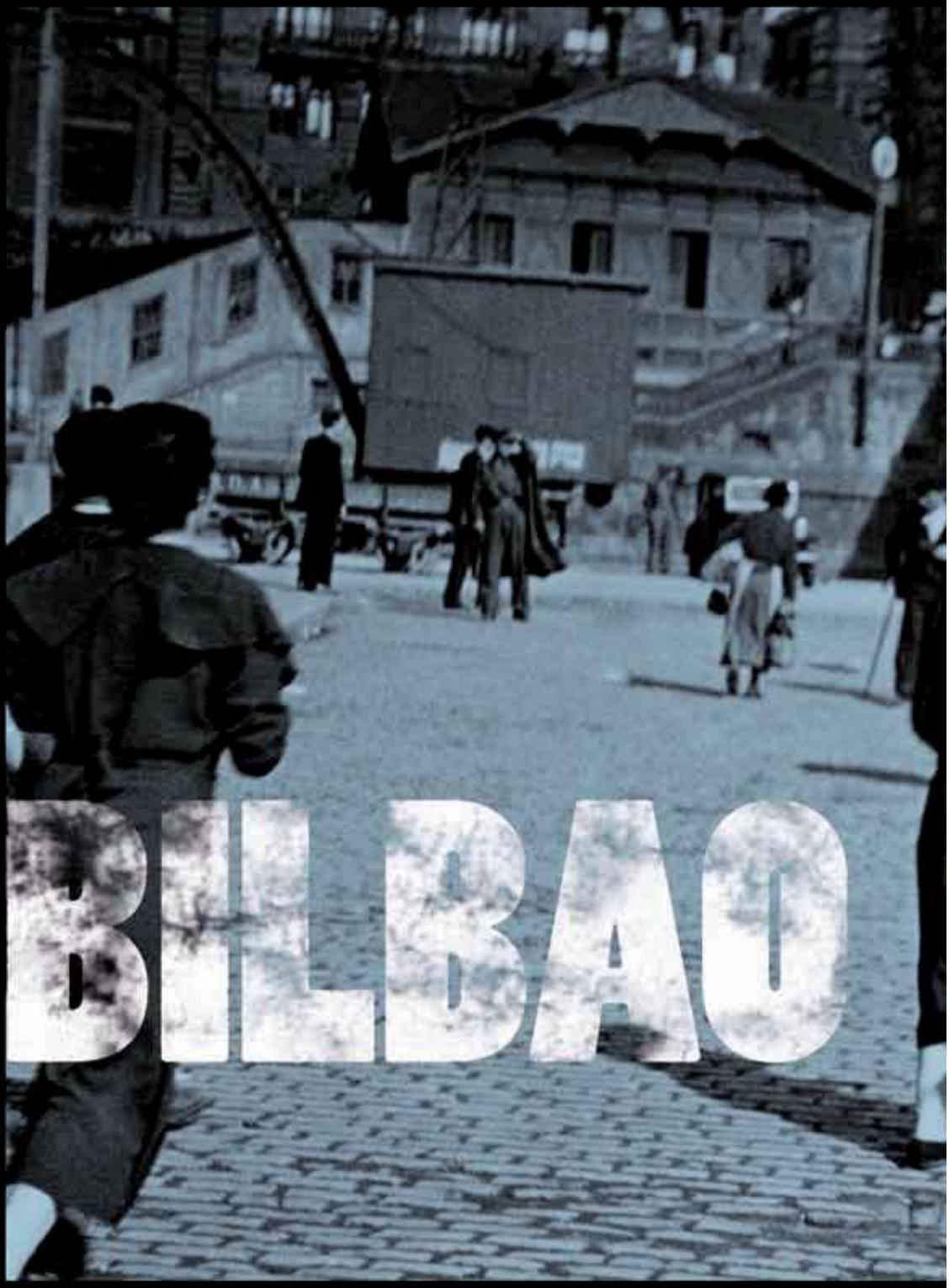
Mi hermano mayor no respondió, y el menor volvió a la carga.

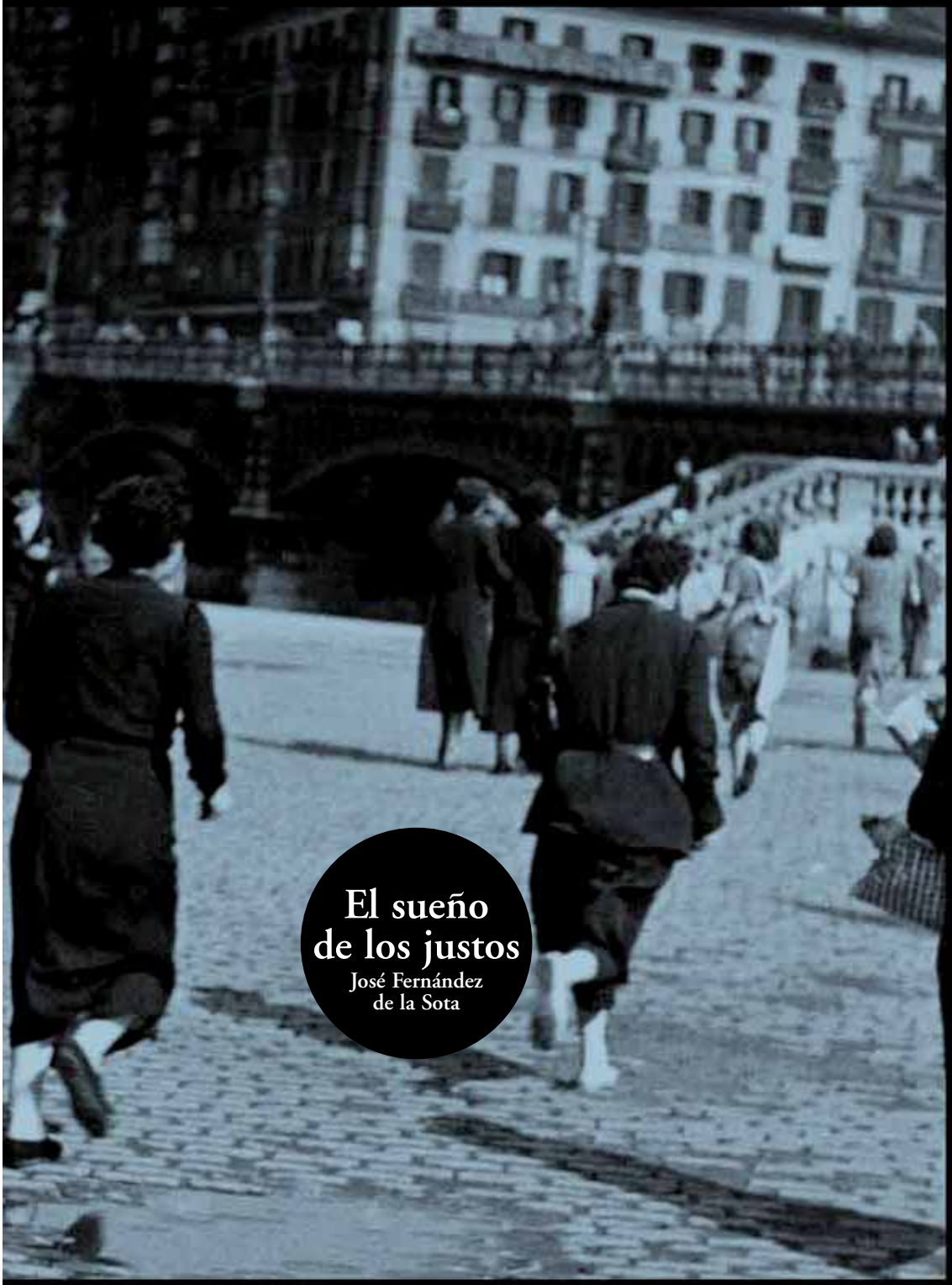
–Todos se han quedado muy impresionados con tu coche nuevo. Y con las orquídeas negras, no digamos. Me gustaría mucho saber lo que cuesta cada una de esas flores.

–No sabes disfrutar de la vida –dijo el mayor–. Ése es tu problema.

–No discutáis ahora. Esperad a mañana –dije, y me alejé en busca de mi coche.

Dejamos atrás nuestro pueblo natal. Abandonamos el lugar aparte al que nos había empujado la muerte de nuestra madre. Volvíamos a ser los mismos.


BILBAO



El sueño de los justos

José Fernández de la Sota

◀ Bilbao, mayo de 1937. Mujeres corriendo por El Arenal al oír el toque de las sirenas que avisan a la población de un inminente bombardeo aéreo. Fotógrafo: Robert Capa.
International Center of Photography/Magnum Photos.

El sueño de los justos

José Fernández de la Sota

1

Mira de frente al hombre que dispara. No deja de mirarlo mientras el sacerdote reza, habla con Dios, le ruega a Dios que no les abandone, se lo dice en latín y de espaldas, bajo un cielo de plomo. Solo el hombre que dispara su cámara puede verle la cara al sacerdote durante la consagración. Solo el hombre que dispara su cámara puede verles las caras a todos mientras se obra el milagro del cuerpo y de la sangre. Hay demasiada sangre. No le gusta la sangre. El milagro, se dice Asier Urrutia, el milagro de hoy, es estar todos vivos antes de la batalla. Rezan y tienen miedo. A lo mejor el miedo sale también en la fotografía del hombre que dispara. A lo mejor sale también la fe. ¿Dónde está la esperanza? Hay un árbol con las ramas desnudas, quizás secas. Va a salir en la foto ese árbol. También él, de rodillas, va a salir en las fotos que no para de sacar el fotógrafo esta fría mañana de mayo. Ahí está, a la derecha del padre, Asier Urrutia. Su miedo y su esperanza cada vez más escasa. Uno entre tantos. Pronto comulgarán.

Mira de frente al hombre que dispara. Es delgado y moreno. Se parecen. Piensa que se parecen y que deben tener la misma edad. Cerca de veinticinco años. Esta mañana fue a buscarle al hotel. Es su chófer desde hace cuatro horas. Le designaron en Gobernación para llevarle al frente de Sollube. Es un fotógrafo profesional, le dijeron. Puede hablarle en francés. ¿Sabe francés? Se defiende en francés.

–Si una fotografía no es lo bastante buena es porque no estás lo bastante cerca.

Se lo ha dicho en francés durante el viaje. Parece una frase hecha. Una frase hecha para impresionar. No le impresiona. Le hubiera impresionado hace diez meses o hace diez semanas, pero no ahora, en medio de esta guerra que parece durar toda la vida. A veces no se acuerda de la vida, de su vida anterior en Bilbao. Le parece que todo fue hace mucho. Hace un año no sabía conducir y ahora es el chófer de un fotógrafo norteamericano que viene de París y ha nacido en Hungría. El secretario de Gobernación se lo ha explicado todo esta misma mañana. Un auténtico lío. Tiene un acento extraño, como de todas partes. Un hombre bien vestido. Bien calzado. Se ha fijado en sus botas lustrosas. Siempre se fija en eso, en el calzado. Su madre trabajaba en una fábrica de calzado en Bilbao. Cotorruelo se llamaba la fábrica. Prefiere no pensar en esa fábrica. "La suerte está en los pies", le decía su madre. Prefiere no acordarse de su madre. Se ha fijado en la cámara que el hombre lleva colgada al cuello y ha logrado olvidarse de su madre. Una cámara Leica, alemana. Sistema de objetivo intercambiable y montura de rosca. Una lente de 50 milímetros. Tiene un tío fotógrafo, alemán, su tío de Pamplona. Se casó con la hermana de su madre, su tía Micaela. No hay manera de olvidar a su madre. Da igual en lo que piense porque siempre termina pensando en ella. Todo acaba en su madre.

Mira de frente al hombre que dispara. El hombre que dispara, cuando se acerca la consagración, se acerca un par de pasos.

–Si una fotografía no es lo bastante buena es porque no estás lo bastante cerca.

Su tío de Pamplona dice que un buen fotógrafo es como un buen pintor. Le gusta la pintura y los domingos coge el caballete y, si no llueve, se dedica a pintar el río Arga. Pinta muy bien el agua. Tiene un estudio fotográfico cerca de la Plaza

1937. Gudaris de una unidad del Ejército vasco ►
asisten a la misa que oficia su capellán.
Fotógrafo: David Seymour 'Chim' (La Maleta Mexicana) / Magnum Photos.

del Castillo, en la calle San Nicolás. Su tío llegó a Pamplona en 1914, huyendo de la guerra europea. Su tía Micaela, cinco años menor que su madre, acababa de obtener una plaza de maestra en Pamplona. Conoció al tío Klaus, le enseñó castellano y un poco del euskera de Ceánuri, el idioma del valle de Arratia. Los Larrea provienen de ese valle y los Urrutia de las Encartaciones. En el valle de Arratia hay veintitrés maneras de decir "mariposa": *txirripitea* es una y *pitxikoletea* otra. Siempre le ha sorprendido que para designar un bicho tan pequeño haya tantas palabras. Para hablar del dolor la palabra adecuada es *aiene*.

El dolor pesa mucho. Ojalá el dolor fuera, se dice, como una mariposa. Trata de recordar las veintitrés maneras de decir mariposa en el valle de Arratia, pero no lo consigue. Se lo enseñó su madre, pero ahora no se acuerda. No consigue olvidarse de su madre. No se quiere acordar de su madre y siempre acaba haciéndolo. El hombre que dispara, piensa Asier, no piensa en otra cosa que en sus fotografías. Su madre estará lejos, en Hungría o París, mientras él saca fotos en España sin acordarse de ella.

El hombre que dispara ha recorrido España y ha fotografiado a muchos españoles en la vida y la muerte. Se lo ha dicho en horrible castellano: "en la vida y la muerte". Se lo ha dicho en el coche mientras le conducía hasta Sollube. Ha recorrido España y en el frente de Córdoba, en el cerro Muriano, ha sacado una fotografía que acaba de salir en la portada de la revista *Life*. Asier no ha visto nunca esa fotografía ni ha tenido jamás entre las manos un ejemplar de la revista *Life*, pero sí que la ha visto el secretario de Gobernación, la revista y la foto famosa. El secretario es quien se lo ha contado. Una imagen increíble.

Ahora la sede de Gobernación está en el edificio de la Bilbaína, el mejor club inglés de toda Europa, como dice su padre. Una gran biblioteca. Revistas nacionales y extranjeras. Era el club de los grandes capitanes de empresa, los navieros y los industriales, la industria y las finanzas. Su padre trabajaba en ese club, era

◀ 1937. Una unidad del Ejército vasco oyendo misa en el frente de guerra. Probablemente el Batallón Martiartu y su comandante Pablo Beldarrain. Fuente documental y Archivo: Museo del Nacionalismo Vasco.

el *maître*. Es curioso, ahora él presta servicios en la Consejería de Gobernación, ahora traspasa las puertas que su padre traspasaba a diario. La vida es una broma. Ahora su padre no sale de casa, no puede trabajar porque está mal y, de cualquier manera, su puesto de trabajo ha desaparecido. También él, de algún modo, ha desaparecido. Todos, de alguna forma, han desaparecido en esta guerra o han sido sustituidos por otros, figurantes, actores que confundieron su papel. ¿Qué hacen todos allí, bajo el cielo de plomo, en el monte, comulgando antes de que comience la batalla? ¿Dónde está Asier Urrutia?

Asier Urrutia no va a combatir en la batalla de hoy. Asier Urrutia no va a combatir en ninguna batalla. Pero el miedo, en el fondo, es el mismo. El miedo no se arranca como una mala hierba. Es tener siempre veintitrés mariposas en la tripa, se dice, eso es el miedo. Mariposas de grandes alas negras volando todo el tiempo. Ahora no hay mariposas en el cielo. A lo mejor el hombre que dispara no ha reparado en ello, pero no hay mariposas en el aire de mayo en Sollube. Han desaparecido. Hay un árbol con las ramas desnudas, quizás un árbol seco o encogido de frío. Es el árbol que sale en la foto mientras el sacerdote sostiene el cáliz con la sangre de Cristo. Quizás la misma sangre que ha regado Bilbao en los últimos meses. Sangre vieja, sangre nueva y eterna, sangre roja. La sangre de su madre en los escombros de la calle Prim. No es posible olvidarse de ella. Quiere olvidarse de ella. Tiene miedo de olvidarse de ella. A veces piensa que preferiría combatir en el monte y disparar lo mismo que dispara el fotógrafo, sin pensar en ninguna otra cosa fuera del objetivo. Apuntar con los ojos cerrados. Apuntar con los ojos abiertos. Disparar. Sigue mirando al hombre que dispara. Trabaja para él. Le ha pedido permiso para asistir a misa mientras él saca fotos y le ha dicho que sí y ha sonreído con gesto de extrañeza. Asier Urrutia reza. Asier Urrutia no va a combatir en la batalla de hoy. Nunca ha pegado un tiro. Es el chófer del hombre que dispara.

El hombre que dispara no sabe lo que piden estos hombres que rezan. Ya no piden dinero fortuito ni éxitos fulgurantes.

Ya no piden triunfar en el frontón o en la pista de baile, igual que Fred Astaire.

Esta vez solo piden la paz, irse en paz de verdad, con lo puesto, a sus casas, con Dios. Dios puede hacer que ganen de una vez esta maldita guerra que están perdiendo de un día para otro. Esta guerra que no van a ganar. Esa victoria por la que nadie apuesta. ¿Quién en su sano juicio apostaría por ellos? A los vascos les gusta apostar, se supone que saben apostar. El problema es que ya no quedan cartas, se acabaron las cartas. Y si no quedan cartas solo queda rezar, se dice Asier. Dios no sabe rezar. Asier Urrutia sí, le ha enseñado su madre. Se le ocurre de pronto y se arrepiente. Jura que se arrepiente mientras el cura reza frente al pequeño altar improvisado donde se obra el milagro de la consagración, el milagro de estar todos vivos antes de la batalla. El milagro de que siga corriendo la sangre por sus venas. El siguiente milagro será que continúen respirando dentro de media hora, el día de mañana que a lo peor no viene, el mes que viene, en junio, cuando empiece otra vez el verano y se acabe la horrible primavera de 1937.

2

El hombre que dispara se llama Robert Capa. Se llama exactamente Endre Ernö Friedmann. Ha nacido en Hungría, en Budapest. Ahora es de todas partes. Es André y es Andrei y es Endre, da lo mismo. Cuando tenía diecisiete años le detuvieron en Budapest durante una manifestación. Ser judío y simpatizante de la izquierda era poco recomendable en la Hungría de 1931. En la comisaría le dieron una buena paliza. Su madre le sacó tras pagar la fianza, le compró dos camisas, unos bombachos y unas botas de doble suela y le metió en un tren que le sacó de allí, de Budapest, de Hungría y de la vida de su infancia y de su adolescencia. El fascismo húngaro le expulsó de su casa y el nazismo alemán, un par de años más tarde, le arrojó de

1937. Robert Capa, en el frente de Segovia entre finales de mayo ►
y principios de junio. Fotógrafa: Gerda Taro.
International Center of Photography/Magnum Photos.

Berlín. Luego llegó París y fue todo muy rápido, del periodismo a la fotografía.

Al principio sus fotos se movían, pero pronto aprendió a disparar: enfocar y después disparar. Afinó su mirada. Conoció a Gerda Taro, alemana de origen polaco, judía como él, guapa e inteligente y decidida. Él le enseñó a manejar una cámara y ella, a cambio, le enseñó a manejarse por el mundo, a bandearse en París y a vestirse. Parecía un vagabundo y empezó a parecer una especie de joven *sportman*. Se hicieron novios. Intentaron ganarse la vida con la fotografía sin demasiada suerte, hasta que Gerda dio con la fórmula del éxito: Gerda se inventó a Capa, Robert Capa, un gran fotógrafo norteamericano al que ellos, André y Gerda, representaban. Y sus fotos empezaron entonces a venderse a buen precio. Así es el mundo. Gerda sabe lo que hace. Fabrica a Robert Capa y, poco a poco, es decir, a toda prisa, André va siendo Capa, aunque las fotos son obra de ambos. Forman un gran equipo. Ella es "el jefe", pero André acabará transformándose en Capa, Capa colonizando a Friedmann y acabando con él o suplantándolo y, de alguna forma, haciendo sombra a Gerda. El mundo esta plagado de suplantadores. Nadie conoce a nadie.

Los tres, en todo caso, han querido participar en la guerra que ha estallado en España. Una guerra en la que se ventila el destino de Europa y del mundo, ese garito de suplantadores. Ellos lo ven muy claro. Robert, Gerda y André. A finales de julio ya estaban en Madrid. Una de las primeras fotos que André sacó en España fue una de Gerda en el hotel, dormida. Es una foto que le gusta mirar, pero no es una foto pacífica o, mejor: no es una foto plácida. Hay algo que nos dice en esa foto que la guerra esta ahí, con su montón de mariposas negras agitando las alas sin parar. Alas negras como las de los cazas alemanes que ensombrecen el cielo de los vascos.

Hace apenas diez días, el 26 de abril, aviones alemanes integrantes de la legión Cóndor incendiaron Guernica, bombardearon Guernica en día de mercado. Robert Capa se encontraba en París, recién llegado de Madrid y con la decisión

tomada de viajar a Bilbao, cuya situación era cada vez más preocupante.

Tras pedir los permisos correspondientes en la Embajada española, Gerda y él han viajado hasta Biarritz y allí se han separado: ella ha partido hacia Barcelona para ir luego a Madrid y él ha volado con destino a Bilbao. Últimamente se separan mucho. Se reparten el trabajo ellos dos, ellos tres, nadie sabe al final quién es quién. Esa foto del cerro Muriano que sacaron el 5 de septiembre, la del miliciano anarquista, Federico Borrell, ha sido un éxito y una maldición. No le gusta hablar de ella. Hay incluso quien dice que Gerda es su autora. El secretario de Gobernación, queriendo ser amable, no ha dejado de hablarle de la fotografía. Y André Friedmann se ha acordado de Gerda y ha pensado que sí, que se separan mucho porque, precisamente, tienen que repartirse el trabajo de Capa. Capa trabaja mucho, demasiado.

El hombre que dispara es Robert Capa. Una misa de campaña en el bando republicano es algo sorprendente, digno de retratarse con detalle, por eso ha decidido subir hasta Sollube esta mañana. Su amigo David Seymour, fotógrafo como él, le ha hablado de estas misas, él estuvo en Lequeitio hace unos meses y pudo presenciarlas y tenía razón, Chim tenía razón cuando le dijo que eran sencillamente impresionantes estas ceremonias. A Capa le sorprenden estos piadosos combatientes vascos que rezan de rodillas antes de la batalla. Es una pena, piensa, que Gerda no esté allí. Hace poco ella escribió en su diario una nota que él pudo leer: "Tengo veinticinco años y sé que esta guerra es el fin de una parte de mi vida, el fin tal vez de mi juventud. A veces me parece que con ella terminará también la juventud del mundo."

El hombre que dispara apenas tiene veinticinco años, pero sus ojos son bastante más viejos. Gerda tiene razón. De pronto no son jóvenes. La juventud del mundo se termina y esta guerra se lleva la suya, la de André, la de todos, la de su joven chófer. Le ha dicho que se llama Asier Urrutia. No ha querido perderse la eucaristía. Le ha pedido permiso para asistir a misa y para

comulgar mientras él saca fotos. Es un joven discreto que no le ha dicho nada de la imagen que se está haciendo célebre, la del pobre miliciano anarquista con nombre de poeta, la del cerro Muriano de Córdoba. Le ha comentado cosas de su cámara Leica, varias cuestiones técnicas. Tiene un tío fotógrafo en Pamplona. Eso lo explica todo. Los soldados, aunque sean conductores adscritos a la Consejería de Gobernación, no suelen conocer los entresijos de una cámara fotográfica. Los generales puede. Sabe que un general, precisamente el jefe del ejército del Norte, el turbio mulo Mola, eso dice Neruda en París, es muy aficionado a la fotografía. Lleva siempre una cámara Contax colgada al cuello, lo mismo que un cencerro. Él prefiere la Leica.

3

El hombre que dispara a lo mejor no sabe lo que pasa en Bilbao. Puede que sepa lo que pasa en Madrid, lo que sucede en Córdoba, lo que ocurre ahora mismo en Barcelona entre los anarquistas y los comunistas, puede que sepa todas esas cosas y que ignore lo que pasa en Bilbao. Porque el hombre de la cámara Leica que esta mañana Asier ha recogido en el gran edificio de la Bilbaína, el hombre al que ha llevado hasta Sollube en el Ford V8 de Gobernación, acaba de aterrizar en la ciudad y no puede saber lo que sucede. Nadie puede saber lo que sucede. Nadie puede saber lo que pasa y nadie puede, aunque esté convencido de lo contrario, adivinar lo que ha de suceder. Tampoco Asier Urrutia.

Asier Urrrutia apenas ha salido de Bilbao, su corto radio llega hasta el estudio de su tío en Pamplona, su tío el alemán, el que pinta las aguas del río Arga los domingos de sol. Una vez, eso sí, fue a Bayona con su tío y su tía Micaela. Recuerda que llovía sin cesar. Recuerda que su tío le compró un impermeable en las galerías Lafayette. Le llevaron porque estaba aprendiendo francés, para que oyese hablar como es debido la lengua de Ronsard.

Fue con ellos Estanis, su primo, el primo Estanis. Entonces era un crío. Seis años menos que él, un mocoso que apenas hablaba. Ahora está en Somosierra. Ahora está muerto y sigue sin hablar. El tío Klaus, tan prusiano y melómano, admiraba los éxitos de Hitler, pero Estanis no se hizo falangista en Pamplona. La tía Micaela, nacionalista vasca lo mismo que su hermana y todos los Larrea, aceptó que su único hijo varón se fuera voluntario a Somosierra con el Requeté.

Cálzame las alpargatas, dame la boina, coge el fusil,
que voy a matar más rojos que flores tienen mayo y abril.

Quizás el primo Estanis, piensa Asier, cantaba esa canción en Somosierra cuando le fulminaron aquellos mismos rojos que pensaba matar. Quizás su tía Micaela le calzó al primo Estanis un par de alpargatas antes de abandonar Pamplona, quién lo sabe. Lo que Asier sabe, porque se lo escribió su tía Micaela a su madre, es que Estanis se alistó voluntario a condición de no luchar en el frente del Norte. No quería matar primos-hermanos. La tía Micaela, eso es seguro, le bordaría un bonito escapulario que no sirvió de nada en Somosierra. Le abrieron un boquete en el centro del pecho. Le mató el fuego rojo. Eso escribió su tía Micaela. ¿Tiene color el fuego? ¿Es rojo o amarillo? El fuego siempre es rojo y amarillo a la vez. Es difícil saber o precisar dónde muere el amarillo y dónde nace el rojo. Asier Urrutia es rojo, aunque su tía Micaela lo niegue. Su sobrino no puede ser un rojo. Es otra cosa, debe ser otra cosa. Ellos son otra cosa. Son unos rojos raros estos hombres que rezan en Sollube. Se lo ha dicho esta misma mañana el hombre que dispara, Robert Capa, el fotógrafo. Son unos rojos raros estos chicos del norte.

Su padre también es un rojo raro, quizás un rojo un poco menos raro que su hijo. Ramón Urrutia es un republicano que ha trabajado más de veinte años en la Sociedad Bilbaína, el club de los plutócratas de Vizcaya. Asier, cuando llevaba aún pantalón corto, presumía del trabajo de su progenitor, su aita le parecía un general que pasaba revista a sus ejércitos, vadeaba anchos ríos de alfombras y atravesaba puertas y tomaba salones

bajo un sol de imponentes arañas. Luego el aita empezó a darle pena y vergüenza. No sabría decir bien por qué. A cierta edad los padres dan un poco de pena y vergüenza. Debe ser ley de vida. Es difícil saber lo que pasa dentro del corazón de las personas, dentro de la cabeza de los hijos que de pronto examinan a sus padres y no les gusta nada lo que ven o les gusta muy poco o les asusta mucho. No estaba bien que un afiliado de Izquierda Republicana trabajase de criado para un atajo de reaccionarios. Un *maître* es otra cosa, ¿Para eso le enseñaban francés? Su madre se enfadaba, su marido no era el criado de nadie, era un buen trabajador y un buen padre. Un hombre bueno y justo. Lo que menos le gustaba a su madre era que su marido militase en Izquierda Republicana y que no fuera a misa, pero nadie, ni siquiera su aita, era perfecto.

Su madre era perfecta. Las madres muertas deben ser perfectas y quedar para siempre en la memoria de sus hijos como flores exactas, como flores que nunca se marchitan, como estatuas que nunca nadie mancillará. Pero su madre un día –ahora solo pensarlo le atormenta– también le dio vergüenza. Su madre trabajaba en una fábrica de calzado, aunque no era una obrera. Gracias a su trabajo no de obrera su hermana Micaela, la tía Micaela, pudo hacerse maestra y casarse en Pamplona con tío Klaus. En su familia, como en otras familias de Bilbao parecidas a la suya, las palabras "rojo" y "obrero" se utilizaban poco, parecían palabras con dientes, palabras con espinas o palabras con uñas. Trabajar era bueno y ser trabajador era estupendo, ser obrero no tanto.

Su madre trabajaba en Cotorruelo, digamos que su madre era una oficinista. Digamos que un día Asier, cuando le preguntó un compañero de Instituto a dónde iba su madre cada mañana montada en el tranvía, sintió una gran vergüenza que le encendió la cara. En Bilbao, lo repite su padre cada Semana Santa, la procesión va por fuera.

1937. Bilbao. Efectos de un bombardeo ►
en el edificio de la Caja (BBK) en la calle Navarra.
Fuente y Archivo: Goaz Museum. Museo del Nacionalismo Vasco.

MUNICIPAL DE BILBAO

En Bilbao no han dejado de sonar las sirenas desde lo de Guernica. Suenan siempre tres veces, con tres tonos distintos. El primer tono anuncia que los aviones se acercan, el segundo que llegan y el tercero que están tirando bombas. Es la macabra banda sonora de Bilbao desde hace meses. Suena la música –pongamos, piensa Asier, una composición de Wagner, el músico preferido del tío Klaus– y veintitrés enormes mariposas negras vuelan sobre la villa de Bilbao improvisando la danza de la muerte al compás de las notas.

Sigue sin acordarse de los veintitrés nombres con los que puede designarse a una mariposa en el valle de Arratia, el valle de su madre. Se acuerda de su madre, todo termina en ella, y se acuerda también del tío Klaus, no puede remediarlo: odia a su tío Klaus. Un odio pantanoso que su tío quizás no merece, porque su tío nunca fue un mal hombre. A su tío le gusta pintar las aguas del río Arga y fotografiar a los niños y niñas pamploneses el día de su Primera Comunión. No lo olvida. Como fondo les pone un castillo de Baviera recortado en un mar de nubes rotas. Su tío es un romántico, pero no un asesino. Escucha a Wagner, pero no ha bombardeado Guernica desde un Heinkel hace apenas diez días. Da igual. Su tío le compró una gabardina, una preciosa gabardina francesa en Bayona, pero también da igual. Los pilotos que han matado a su madre oyen también a Wagner y, posiblemente, también se llaman Klaus. Todos se llaman Klaus y todos saben disparar una Leica. Su tío le propuso hace unos años enseñarle el oficio de fotógrafo, pero Asier declinó la amable oferta y a sus aitas les pareció muy bien, una buena elección. A Asier le falta un año para hacerse ingeniero, podría serlo ya si no fuese por esta sucia guerra.

Las sirenas no dejan de sonar y eso quiere decir que los puentes, las casas y las fábricas levantadas por los ingenieros después de muchos cálculos y de mucho trabajo –Asier lo sabe bien– pueden desmoronarse y quedar convertidas en escombros. Ladrillos humeantes y vigas calcinadas y pedazos de gente,

18 de abril de 1937. Efectos del bombardeo de los Junkers ►
de la aviación nazi sobre Bilbao. En la imagen, bomberos y trabajadores
buscan a las víctimas entre los escombros.
Archivo: Goaz Museum. Museo del Nacionalismo Vasco.

trozos de cualquier cosa, piezas sueltas que nadie puede unir. Cuesta poco derribar una casa. Es sencillo volar una fábrica de calzado en una modesta calle de Bilbao y segar sesenta y siete vidas. Allí había mujeres y niños. Hay fotos del suceso, pero Capa aún no estaba en la ciudad con su cámara Leica para hacer la portada de un número de *Life*. Es difícil saber lo que ha pasado y mucho más adivinar lo que ha de suceder, dónde está el muerto que te puede llevar a la gloria o dónde va a estallar el siguiente obús. La batalla de Altube será dura. Está siéndolo. Después de Cotorruelo fue Guernica. Costó poco bombardear Cotorruelo. Un trabajo sencillo y, sobre todo, rápido. Luego toda la vida no basta para olvidar ese maldito día: 18 de abril de 1937. A Asier le gustaría borrar del calendario esa fecha ominosa y arrancar para siempre el 26 de abril y acabar con el 4 de enero. Tres días negros que quisiera olvidar y no puede. En Bilbao las sirenas suenan siempre tres veces. Pero el peor de todos esos días dantescos, el día definitivo para él, será siempre el 18 de abril. Desde entonces su madre no está.

En Bilbao las sirenas suenan siempre tres veces. El 18 de abril Asier oyó, como otros días, el sonido de las sirenas en Bilbao. Bajó a los sótanos de Gobernación. La población civil acudía a los refugios. Unos se guarecían en los túneles. Otros buscaban los edificios de hormigón señalados como lugar seguro. Era el juego de siempre, el juego de correr mirando al cielo en busca de un refugio. La gente se pasaba el día corriendo. Asier recuerda ahora cada minuto de ese bombardeo. Ayudó a acomodar en el sótano a mujeres y niños. Un caballero con aspecto inglés, sombrero de fieltro y traje con chaleco, hacía trucos de magia a los chiquillos, que formaban un corro a su alrededor. Sacaba del bolsillo una baraja –Asier vio que de póquer– y entregaba una carta a cada niño. Una niña morena tenía una muñeca entre los brazos, una muñeca rubia, y el caballero con aspecto inglés le puso a la muñeca una carta entre los dedos rígidos: un as de corazones. Asier recuerda todos los detalles de ese día de abril. Recuerda a qué olía el aire de los sótanos de Gobernación, a una mezcla de

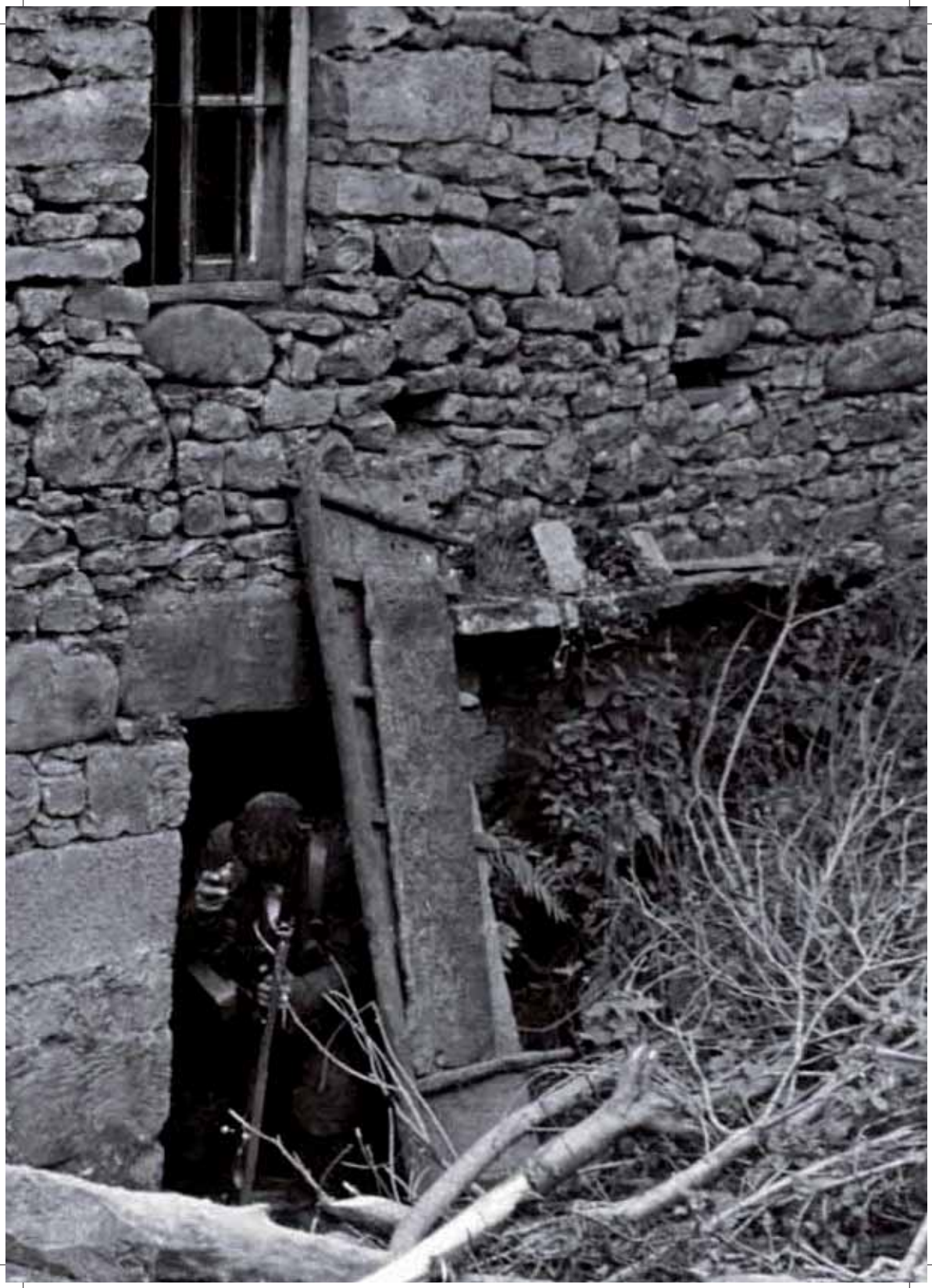
madera y cemento mojado, y recuerda que alguien, una voz masculina, nombró la calle Prim.

En el valle de Arratia hay veintitrés maneras de decir "mariposa". Para hablar de dolor la palabra adecuada es *aiene*. Asier sabe que nunca aprenderá, nunca recordará las veintitrés maneras de decir "mariposa" en el valle de Arratia. Su madre no está aquí para decírselo y su padre no sabe, no contesta, está callado igual que el primo Estanis, igual que las mujeres y los hombres que acaban de morir en Guernica. Los restos del bombardeo de Guernica todavía echan humo. Los restos encontrados de su madre están en Derio, al lado de Bilbao. Costó mucho encontrar los restos de su madre entre los escombros de la fábrica de calzado. Para saber qué clase de persona tenemos delante lo mejor es bajar la mirada y mirarle el calzado. "La suerte está en los pies", dice su madre. Pero los muertos de los bombardeos están siempre descalzos y no hay forma de saber quiénes son. Se lo acaba de decir Robert Capa: lo primero que pierden los muertos en un bombardeo son los zapatos, antes que la memoria y antes, si se le apura, que el aliento. Así es la muerte.

No hacen falta zapatos para subir al cielo, piensa Asier mientras el sacerdote los bendice a todos antes de la batalla. Quizás sí que hagan falta para bajar a los infiernos, un par de buenas botas como las que usa Capa, pero de ningún modo para subir al cielo y encontrarse con Dios y enseñarle las veintitrés maneras de decir "mariposa" en el valle de Arratia.

4

El hombre que dispara, el fotógrafo que habla francés con acento de no se sabe dónde, André Friedmann, recuerda que, en el fondo, es un judío húngaro. A veces se confunde y se cree que Robert Capa es él y se olvida de Hungría, de las camisas blancas de algodón y de las botas de doble suela que le compró su madre en Budapest poco antes de embarcarle en un tren con destino a Berlín.



Gerda no se confunde y le pone los pies en la tierra y le vuelve a meter en ese tren que no debe perder nunca de vista. No debe extraviarse y, menos aún, dejar que la corriente de la fama le arrastre. Ella tampoco olvida sus orígenes polacos. Gerda sabe distinguir claramente a André de Robert, cada cual en su sitio. Pero Robert ocupa demasiado, se acerca demasiado y André acaba perdiendo la perspectiva. Ahora enfoca a los hombres que van a comulgar, se ha acercado dos pasos para ajustar el tiro y piensa que, en efecto, es un judío húngaro en el fondo. No ha dejado de serlo. Aunque asuma el papel de fotógrafo norteamericano, sigue siendo lo que era. Tampoco los soldados que van a comulgar antes de la batalla pueden dejar de ser lo que siempre han sido, comulgar como siempre lo han hecho.

El hombre que dispara, a pesar de su mala memoria, recuerda que, según la tradición judía que le enseñó su madre, treinta y seis hombres justos soportan este mundo. Dios está siempre a punto de perder la paciencia, siempre a un paso de romper la baraja y acabar de una vez con el juego organizando un buen Apocalipsis. Dios está harto de la vileza humana y de las guerras, pero sabe que siempre hay en algún lugar treinta y seis justos que sostienen el mundo. Los talmudistas remontan esta creencia a los primeros siglos, a los tiempos del profeta Isaías. Este podrido mundo estaría sostenido, por lo tanto, por un pequeño grupo de hombres justos que ni siquiera son conscientes de ello. Creen que son personas vulgares y corrientes, ciudadanos de a pie, clase de tropa.

El hombre que dispara se pregunta si entre los combatientes que rezan en Sollube estará alguno de esos hombres justos de los que habla la tradición hebraica. Hay más de treinta y seis en la fotografía que acaba de sacar junto al árbol. Treinta y seis hombres justos. El mundo se desploma cada día sobre los hombros de los hombres justos. En Bilbao las sirenas suenan siempre tres veces, se lo ha dicho en el coche su joven chófer, aunque su joven chófer tiene seguramente su misma edad y

◀ Mayo de 1937. Soldados leales a la II República descansando en el frente del monte Sollube (Bizkaia). Fotógrafo: Robert Capa. International Center of Photography/Magnum Photos.

tampoco, además, tiene unos ojos jóvenes, sino unos ojos que lo han visto todo, lo mismo que los suyos. Él no ha visto jamás a esos treinta y seis justos, ni a uno solo de ellos, ni de lejos. Si hubiera adivinado la presencia de alguno se le habría acercado con su Leica y le hubiera robado un primer plano.

–Si una fotografía no es lo bastante buena es porque no estás lo bastante cerca.

El mundo que el fotógrafo ve a través de su cámara en esta fea guerra tiene un cielo nublado por las bombas que arrojan los aviones y se parece más a un matadero que a un prado virgiliano. Es un mundo de túneles y tapias donde los justos duermen como dormía Gerda en el hotel cuando la fotografió, con una mezcla de cansancio infinito y de inquietud. Fue en Madrid. Del lavabo salía un agua turbia. En Madrid unos ciegos tocaban la guitarra, pero ninguno de ellos era un hombre justo como mandan los cánones judíos. Uno de ellos, recuerda Robert Capa, ni siquiera tocaba de verdad la guitarra.

El hombre que dispara no sabría decir cómo demonios se sostiene este mundo, pero podría afirmar que una de la palancas que lo mueve es el miedo. Los ideales brillan como grandes letreros luminosos, se encienden y se apagan las bombillas, pero el miedo esta ahí, fluye como la sangre, se mezcla con la sangre en nuestras venas y forma un río espeso. En esta guerra ha visto toda clase de miedos. El miedo de los ricos y el de los pobres. El miedo en retaguardia y en el frente. El miedo de los valientes y el de los temerosos y los tímidos. Solo se libran de él, del implacable miedo, los niños y las niñas que únicamente piensan en jugar. El miedo es feo, pero el juego es hermoso. A él le gusta jugar al póquer. No es un juego de niños, pero también ayuda a olvidarse del miedo. El miedo hace a la gente peor de lo que es y por su culpa, piensa, todos somos un poco peores. El fascismo, se dice, es un hijo del miedo. Gerda y él han venido a esta guerra, además de a sacar fotografías, a luchar contra el miedo.

5

Antes los automóviles le daban miedo. Respeto más que nada. Ahora le gustan. Asier Urrutia arranca el motor del Ford V8 y siente la agradable vibración del capó. Es un buen coche. No es el Hispano-Suiza con el que hace un siglo, hace menos de un año, aprendió a conducir en Las Arenas, pero tiene potencia de sobra y arranca a la primera. Que aprendiera a conducir fue idea de su padre. En la Bilbaína, en los últimos tiempos, se hablaba a todas horas de la guerra inminente. Se veía venir. Se esperaba una guerra o quizás algo parecido a una guerra, una pequeña y confortable guerra de bolsillo, una guerra plegable que diese por zanjado el desgobierno del Frente Popular.

Muchos socios, mientras tomaban sus copas de coñac o jerez en presencia del padre de Asier, de la esfinge del padre de Asier, decían en voz alta y sin ambages que esperaban como agua de mayo ese golpe que iba a llegar en julio. Estaba claro. Su padre lo vio claro y decidió que Asier, por si las moscas, tenía que aprender a conducir. Si estallaba una guerra su hijo se agarraría a un volante y no a un fusil. Su hijo no se hundiría en las trincheras infestadas de piojos y anegadas de barro como lo habían hecho, hacía veinte años, millones de europeos. En las revistas gráficas de la época, lo recordaba bien Ramón Urrutia, salían siempre imágenes de las trincheras y de los soldados enfangados en ellas mientras los industriales vizcaínos, muchos de ellos conspicuos socios de la Bilbaína, amasaban enormes fortunas merced a la neutralidad de España en el conflicto.

Asier aprendió a conducir, gracias a los oficios de su padre, en tiempo récord. En mes y medio consiguió el permiso. Antes del golpe del 18 de julio era ya conductor. Asier nunca ha sabido si los socios de la Bilbaína sabían que su padre militaba en Izquierda Republicana. Ahora le da lo mismo ese detalle, pero lo cierto es que a su padre todos le respetaban en la Sociedad y no pocos le tenían afecto sincero. Gracias a eso su padre consiguió fácilmente que un socio, don Armando

Murueta, le prestara su coche y su mecánico para que Asier obtuviera el permiso.

Cada mañana se desplazaba Asier hasta el Club Marítimo del Abra, en donde le esperaba el imponente Hispano-Suiza de don Armando, y empezaba la clase magistral de Badiola, el mecánico, un ondarrés obeso y falangista que le hablaba de bielas, embragues y mujeres. Y también de boxeo, deporte al que, decía, se había dedicado antes de hacerse chófer de don Armando. Pronto Asier perdió el miedo y descubrió que conducir un automóvil era, salvo alguna excepción, más divertido y cómodo que la mayoría de sus actividades diarias, incluidas las clases en la Escuela de Ingenieros.

No es un Hispano-Suiza como el de don Armando, una obra de arte sobre ruedas, pero es un automóvil excelente este Ford que la Consejería de Gobernación ha puesto en sus expertas manos. Otra vez fue su padre quien logró, mediante la oportuna recomendación, que Asier no fuera al frente cuando movilizaron a su quinta, sino al parque móvil de Gobernación. Asier era un experto conductor y un consumado volantista, un Nuvolari, eso era, nadie iba a discutírselo a su padre. Ahora casi lo es.

El hombre al que ha conducido hasta Sollube está más relajado después de fotografiar la misa de campaña. Han comido con ganas el rancho de la tropa y están listos para el viaje de vuelta a Bilbao. Esta vez no se piensa quedar. No ha venido buscando una batalla. Ha venido buscando una misa. Ha terminado su trabajo y tiene, se imagina Asier, la conciencia tranquila. Es un profesional. Está sentado junto a él en el Ford y respira hondo y las primeras gotas de una lluvia menuda resbalan sobre el capó que tiembla y empieza a calentarse.

Es agradable sentir la vibración y la energía de los ocho cilindros del Ford. Cuando sea ingeniero a lo mejor se compra un coche de esta marca, un coche americano, no tan grande, pero también un Ford. Ni un Mercedes ni un Fiat ni un imponente Hispano-Suiza, claro, no es ingenuo, pero por qué no un Ford. Los norteamericanos le caen bien, cada día le son más simpáticos. Los norteamericanos no les arrojan bombas como

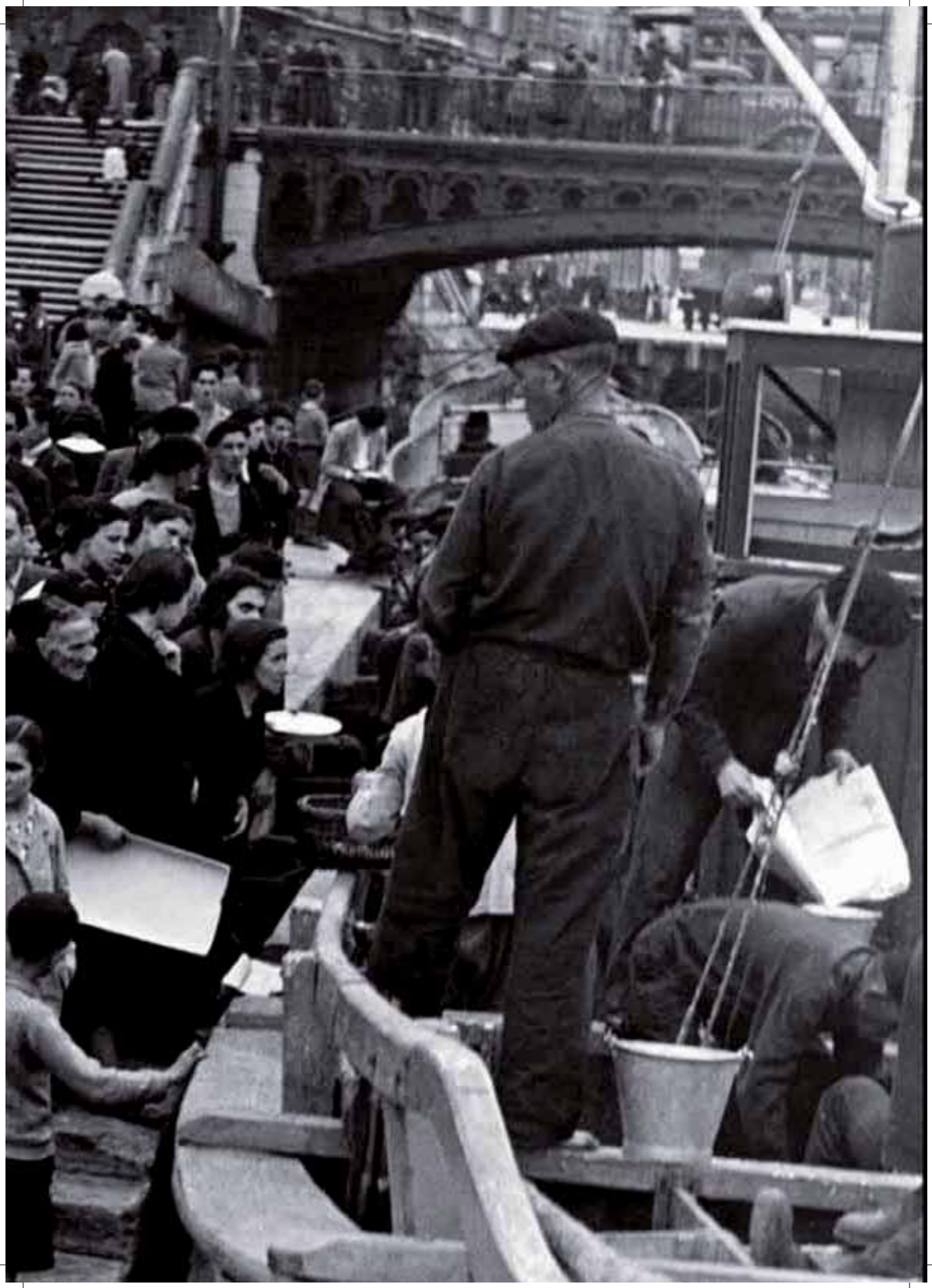
los alemanes y los italianos. Los norteamericanos les arrojan películas. Le encanta Fred Astaire y se parte de risa con el Gordo y el Flaco. A su madre le encantaba ir al cine y la última película que vieron, precisamente, fue una de esa pareja de cómicos, Laurel y Hardy. Laurel y Hardy en el Oeste, se rieron de lo lindo. A su madre, es verdad, le encantaba ir al cine. A su madre le encantaba también ir en coche y habría disfrutado, piensa Asier, paseando en un coche americano conducido por su hijo. Pero no pudo ser, no puede ser, no hay que darle más vueltas. Siempre acaba pensando en su madre. Todo acaba en su madre. Nunca se comprará, se dice, ningún Ford. Nunca será ingeniero. Nunca nada. Conduce.

Ahora el fotógrafo tiene ganas de hablar. Le dice que le puede llamar Robert aunque se llama André, en Budapest su madre le llamaba Bandi, aunque eso fue hace años, eso fue en otra vida. Mejor que no le hable de su madre. No es una buena idea. Puede cambiar de tema. Puede cambiar de vida. En esta guerra todo el mundo ha tenido una vida anterior y a veces, piensa Asier, lo más recomendable es no hablar de ella y no abrumar al prójimo porque, seguramente, el prójimo también vive abrumado por sus propios recuerdos. Los recuerdos, se dice Asier Urrutia, se parecen a los cuchillos de los carniceros: tienen filo por los dos lados. Dan miedo los cuchillos. Los recuerdos dan miedo. Es un buen tema el miedo. Robert Capa le dice que él también tiene miedo, se lo dice sonriendo, y le dice además que ha venido a esta guerra precisamente a eso, a luchar contra el miedo.

El fotógrafo enciende un cigarrillo y sigue hablando mientras Asier conduce. Le dice que, según la tradición judía, treinta y seis hombres justos soportan este mundo. Fuma tabaco rubio americano, aunque viene de Francia. Un hombre que se llama Robert Capa debe fumar tabaco americano. ¿Es judío? Asier se lo pregunta y él se encoge de hombros y le dice que su madre lo era, una judía húngara. Pero no le va a hablar de su madre. Asier conduce y calla.

Mientras sacaba fotos en el monte el hombre de la Leica pensaba en esos justos que sostienen el mundo. Pensaba que quizás existen esos justos de los que habla la tradición hebraica y a lo mejor el mundo no se va de una vez al diablo por ellos, por esos treinta y seis hombres justos que ni siquiera saben que lo son. A lo mejor están, le dice a Asier Urrutia, ahora mismo en Bilbao, o a lo mejor estaban entre el grupo que acaba de oír misa antes de la batalla. Capa fuma y André Friedmann sospecha que la ocurrencia es buena pero descabellada. El mundo se va a pique en esta guerra y parece que nadie le va a poner remedio. Ha visto toda clase de desgracias y de abominaciones y cada vez está más convencido de que los justos duermen. Todos están dormidos. ¿No lo cree? El sueño de los justos. Se lo está diciendo a él, ¿qué le parece? ¿Duermen? Asier no sabe qué decirle al fotógrafo. Solo sabe seguir conduciendo. Es un buen conductor. Es más fácil conducir un Ford de ocho cilindros por una pista de tierra batida que contestar ciertas preguntas. Además, no es judío, es católico. Su madre era católica. Una buena católica. Ha oído hablar de Sodoma y Gomorra, pero no de los justos que sostienen el mundo. El 18 de abril ninguno de esos justos impidió que un avión bombardeara la fábrica en la que trabajaba su madre. Carraspea por el humo de Capa y le contesta a Friedmann que, en efecto, piensa lo mismo que él, es decir, que los justos están muertos de sueño. El sueño de los justos. Tiene que ser inmenso.

Capa arroja el cigarro por la ventanilla y le recuerda a Asier la tradición jasídica según la cual el justo, cuando muere y al fin sube al cielo después de tanto infierno, tiene que calentarse durante mil años antes de penetrar en el Paraíso. Dios se encarga de calentar al justo entre sus dedos durante esos mil años. Los justos, pobrecillos, deben llegar helados, sus corazones sin consuelo y a punto de congelación cuando llegan a la morada celestial. Es una hermosa historia, no lo niega. Por eso se la cuenta. Pero los justos duermen, no se enteran, todo indica que eso es lo que sucede. El miedo no descansa y no deja de hacer su trabajo con suma diligencia, no se olvida de



nadie en esta guerra. Tampoco de los justos. El miedo mató a Lorca. El de sus enemigos y el de sus amigos. También su propio miedo. ¿Ha leído los poemas de Lorca? Es famoso en Europa. También el anarquista Federico Borrell es famoso en Europa y en el mundo gracias a una fotografía de la que no va a hablar. Habla de Lorca. ¿De verdad era un poeta tan bueno? Asier dice que sí. Se compró el *Romancero gitano* en la librería de Arrilucea y asistió con su padre al estreno de *Bodas de sangre* en el teatro Arriaga y allí vio al poeta Lorca y a Margarita Xirgu rodeados de ramos de flores. No está mal que un futuro ingeniero se interese también por la poesía. Además es un buen conductor. Robert Capa sonríe mientras prende otro pitillo rubio americano. A él le interesa el póquer.

Un caballero con aspecto inglés le puso a una chiquilla entre los dedos, en el refugio de Gobernación, un as de corazones el día que mataron a su madre en una fábrica de calzado de la calle Prim. ¿Dónde puede jugarse una buena partida de póquer en Bilbao? Asier no sabe jugar al póquer. ¿Qué significa un as de corazones entre los dedos rígidos de una muñeca en brazos de una niña durante un bombardeo? ¿Cuánto falta para que lleguen a Bilbao?

6

En Bilbao las sirenas suenan siempre tres veces. El pasado cuatro de enero –imposible olvidarlo aunque todos lo intenten– las sirenas sonaron tres veces y los justos –esos treinta y seis justos de los que habla la tradición judía– continuaron dormidos. Ni todas las sirenas de este mundo consiguieron despertar a los justos ese cuatro de enero a las nueve y media de la mañana. A esa hora las sirenas de Bilbao anunciaban que una escuadrilla de aviones alemanes se acercaba a la villa. Aviones tripulados por pilotos que se llamaban Klaus y escuchaban a Wagner lo

1937. Bilbao. La gente se instala en las proximidades de un refugio. ►
Archivo: Goaz Museum. Museo del Nacionalismo Vasco.

◄ Bilbao, mayo de 1937. Un barco pesquero atraca en los muelles del Arenal para repartir pescado entre la población. Fotógrafo: Robert Capa. International Center of Photography/Magnum Photos.

EL REFUGIO
DESTINADO

mismo que su tío de Pamplona. A lo mejor los nazis que pilotaban esos aparatos eran parientes de su tío Klaus, bávaros voladores cruzando el cielo en vuelo horizontal. Cóndores del Tercer Reich.

En el valle de Arratia hay veintitrés maneras de nombrar a una mariposa. Asier no las recuerda todas, pero el 4 de enero se lo pudo preguntar a su madre y quizás ahora podría recordar uno por uno esos hermosos nombres. A los aviones enemigos, en cambio, todo el mundo les llama fascistas, nada más, son aviones fascistas aunque sean aparatos alemanes pilotados por tipos llamados Klaus que aman a Hitler, escuchan música de Wagner y leen novelas de Karl May. A su tío le encantan las novelas de Karl May, sus historias del oeste americano. Cuando aparece un nuevo título traducido al español, se lo envía desde Pamplona envuelto en un paquete de papel de estraza, el último fue *Apaches y comanches*. Karl May perdió la vista al poco de nacer y la recuperó más tarde, varios años después. Lo sabe porque se lo contó su tío Klaus cuando hicieron aquel viaje a Bayona. Sería bueno, piensa, que los pilotos alemanes se quedasen temporalmente ciegos, como May, sobre todo a la hora de bombardear poblaciones indefensas. Es una nueva forma de hacer la guerra. Una guerra todavía más sucia. Todo es empeorable en esta vida. Goering está encantado, lo dicen los periódicos, con los resultados de los llamados "bombardeos en alfombra". Los aviones funcionan. Los aviones dan miedo.

Las sirenas volvieron a sonar a las tres de la tarde. La escuadrilla alemana esta vez consiguió su objetivo y bombardeó las laderas de Archanda y la prolongación de Iturribide sembrando el pánico. Cuatro vecinos muertos y bastantes heridos. Dolor y rabia. Con sus escasos medios, los cazas republicanos intentaron repeler el ataque y, tras una breve persecución, lograron derribar un Junkers nazi. El aparato cayó en el monte Arraiz después de que sus tripulantes se lanzaran en paracaídas. Uno murió al caer, otro fue hecho prisionero y el último, el alférez de las fuerzas aéreas alemanas Adolf Hermann, fue linchado por un grupo de gente enfurecida. No fue su día de

suerte. No se llamaba Klaus. No se sabe si leía a Karl May ni si era admirador de Richard Wagner, pero a partir de entonces no han dejado de correr en Bilbao toda clase de historias que hasta llegan a cambiarle de sexo, historias raras para todos los gustos a las que Asier prefiere no hacer caso. Asier recuerda que ese grupo furioso, ese río de rabia fue creciendo hasta formar una muchedumbre que se congregó frente a Gobernación enarbolando el cuerpo descoyuntado, inidentificable de Adolf Hermann, los despojos del hombre que acababa de bombardear Bilbao.

Una mezcla de agitación y de parálisis. Es lo que Asier recuerda de aquel día de furia y terror, de aquel día de muerte que habría que borrar del calendario pero que él no consigue olvidar. Ese 4 de enero que, en el fondo, no sabría decir bien por qué, no desea olvidar ni quiere que se olvide, no lo entiende. Nadie puede saber lo que pasa. Nadie puede saber lo que ha pasado y, todavía menos, lo que ha de suceder. La multitud marchando hacia las cárceles del Carmelo y Larrínaga, Casa Galera y Ángeles Custodios. Y los justos –los justos de los que habla el pasajero de su Ford V8, el judío André Friedmann o el norteamericano Robert Capa, da igual, el hombre de la cámara de fotos– dormidos como muertos, muertos de sueño, quietos, mudos, ciegos. Una mezcla, eso fue, de revuelo y parálisis en los pasillos de Gobernación.

Hacia las cuatro de la tarde Asier pudo ir a casa de sus padres para tranquilizarles y tranquilizarse. Vivían en la plazuela de la Encarnación, no demasiado lejos de la calle donde habían caído las bombas. Allí estaba su madre haciendo que limpiaba la cocina, con el miedo pintado en la cara. En el valle de Arratia hay veintitrés maneras de decir "mariposa", pero Asier no le quiso pedir a su madre esa tarde que se las recordase. A principios de enero no se ven demasiadas mariposas en el valle de Arratia. En Ceánuri también han caído bombas y tampoco se han visto mariposas en lo que va de año. Asier besó a su madre pero no vio a su padre.

Ramón Urrutia ya no estaba en casa. Las noticias volaban como las mariposas que aún no había en el valle de Arratia y Asier llegaba tarde. El aita no podía quedarse en casa. Parecía una persona tranquila, un hombre con buen pulso acostumbrado a mantenerse quieto y a guardar silencio, pero la procesión iba por dentro.

El aita se había marchado en busca de un amigo, inspector de prisiones, para intentar frenar la procesión sangrienta que había comenzado después del bombardeo de esa tarde. Había que hacer algo, no sabía bien qué, frenar aquello, controlar de algún modo lo que ya parecía incontrolable. En las cárceles, se lo dijo nervioso a su mujer antes de abandonar el piso de la plazuela de la Encarnación, había mucha gente conocida, derechistas, monárquicos, facciosos y no tanto. En una de esas cárceles –se lo dijo su padre a su madre antes de despedirse– estaba don Armando.

Asier bajó volando los tres pisos de la casa paterna sin pensar claramente a dónde iba ni qué podía hacer. ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? No podía hacer nada, pero menos aún podía quedarse en casa con los brazos cruzados mientras su madre se moría de angustia fingiendo que limpiaba la cocina. Lo que le preocupaba era su aita, la imprudencia de su aita zambullándose en aquel río revuelto, en aquella procesión sanguinaria que Asier, él también, no podía negarlo, entendía de alguna manera. Asier había sentido muchas veces después de un bombardeo (y también antes y después también) una rabia infinita y un deseo irreprimible de venganza. Era cuando la imagen de su tío Klaus se deformaba igual que en un espejo cóncavo-convexo y aparecía el monstruo, siempre un monstruo alemán, es curioso, las escuadrillas italianas y los Flechas Negras no tenían el prestigio malvado de los aviones nazis y de sus tripulantes. La aviación italiana, sin embargo, arrojó sobre Euskadi en abril de 1937 un total de 129.286 kilos de bombas.

La búsqueda del padre fue lo más parecido a un descenso a los infiernos. Tres horas de visita al corazón del odio. Llegó al último círculo. En las cárceles de Larrínaga y el Carmelo vio

hombres muertos de miedo y cadáveres con el susto en los ojos y todos –los muertos y los vivos– envueltos en un humo pegajoso, un humo casi líquido, amarillo, como el miedo de los hombres que entienden, en el minuto último, que los van a matar. Nada reconfortante. Nada satisfactorio. Nada que le sirviera a Asier Urrutia como compensación por el horror pasado. Más horror. Solo miedo a paladas. El miedo es amarillo. Desde entonces lo sabe.

En la cárcel de los Ángeles Custodios, entre el humo amarillo, ya de noche, Asier oyó a su padre. Antes de poder verlo, oyó su voz gritando y juraría que nunca antes le había oído gritar. Al menos nunca como aquella noche del 4 de enero en el patio de la cárcel de los Ángeles Custodios. A veces el destino gasta bromas pesadas: el nombre de la cárcel en la que aquella noche moriría tanta gente parecía una broma. Había sido un convento. Pero allí nadie estaba para bromas. En el patio de aquella prisión, aquella noche, ser valiente era una extravagancia, tanto como ser justo o esforzarse en ser bueno. ¿Dónde estaban los ángeles custodios? Asier sintió ese miedo, todo el miedo del mundo, y comprendió que nunca podría ser valiente. Tampoco era un cobarde, pero no era un valiente, desde luego. Su padre, sin embargo, discutía en voz alta con un grupo de hombres y mujeres armados sin que por un instante le temblara la voz. El amigo de su aita, inspector de prisiones, esgrimía unos papeles mientras Ramón Urrutia alargaba los brazos y tiraba de un gran bulto negro que empezaba a moverse torpemente. Todo eso pudo ver Asier Urrutia entre el humo amarillo. Las caras desencajadas y los trajes manchados de cal, además del gran bulto que de pronto se convirtió en Badiola. Badiola convertido en un gran saco azul, un saco azul mahón que parecía negro, su mono de mecánico, no el flamante uniforme con el que conducía el Hispano-Suiza de don Armando por las calles de Gecho. El gran Hispano-Suiza en el que Asier, hace menos de un año, había aprendido a conducir.

Todo pasó en apenas cuatro horas. De cinco a nueve. Más de doscientos muertos. El tiempo cunde mucho si no se pierde

en reflexiones vanas o con vanos escrúpulos. Aquello de que hay tiempo para todo es un cuento. No hay tiempo para nada. En esta guerra, se dice Asier Urrutia, solo hay tiempo para matar y para morir. Las misas de campaña son más cortas que las misas normales por esa misma causa. Lo ha podido comprobar en Sollube y, a pesar de todo, sigue siendo un milagro que durante algo más de media hora el tiempo se detenga.

Cuando el padre de Asier y su amigo, inspector de prisiones, traspasaron el patio de los Ángeles Custodios, don Armando ya no tenía tiempo, se le había acabado. Badiola tuvo suerte. Ramón Urrutia se lo había arrancado de las manos, de modo literal, a sus verdugos.

7

Han pasado delante de la cárcel y el chófer ha pisado el acelerador y Capa se ha tenido que agarrar al asidero de la puerta del coche. Al llegar a Begoña le han entrado las prisas al conductor, justo cuando pasaban delante de los Ángeles Custodios. Un convento convertido en prisión. Una de las prisiones de Bilbao que fueron asaltadas en enero. Conoce bien la historia. Se la ha contado el periodista inglés Georges Steer, del diario británico *The Times*, que vivió esos sucesos y acaba de escribir hace unos días la crónica del bombardeo de Guernica. Lo conoció en Biarritz y pudieron hablar por lo menudo de la guerra en España y hasta tuvieron tiempo de jugar al póquer en el Casino. Luego Steer le sorprendió mostrándole sus habilidades con la baraja y enseñándole varios trucos de magia.

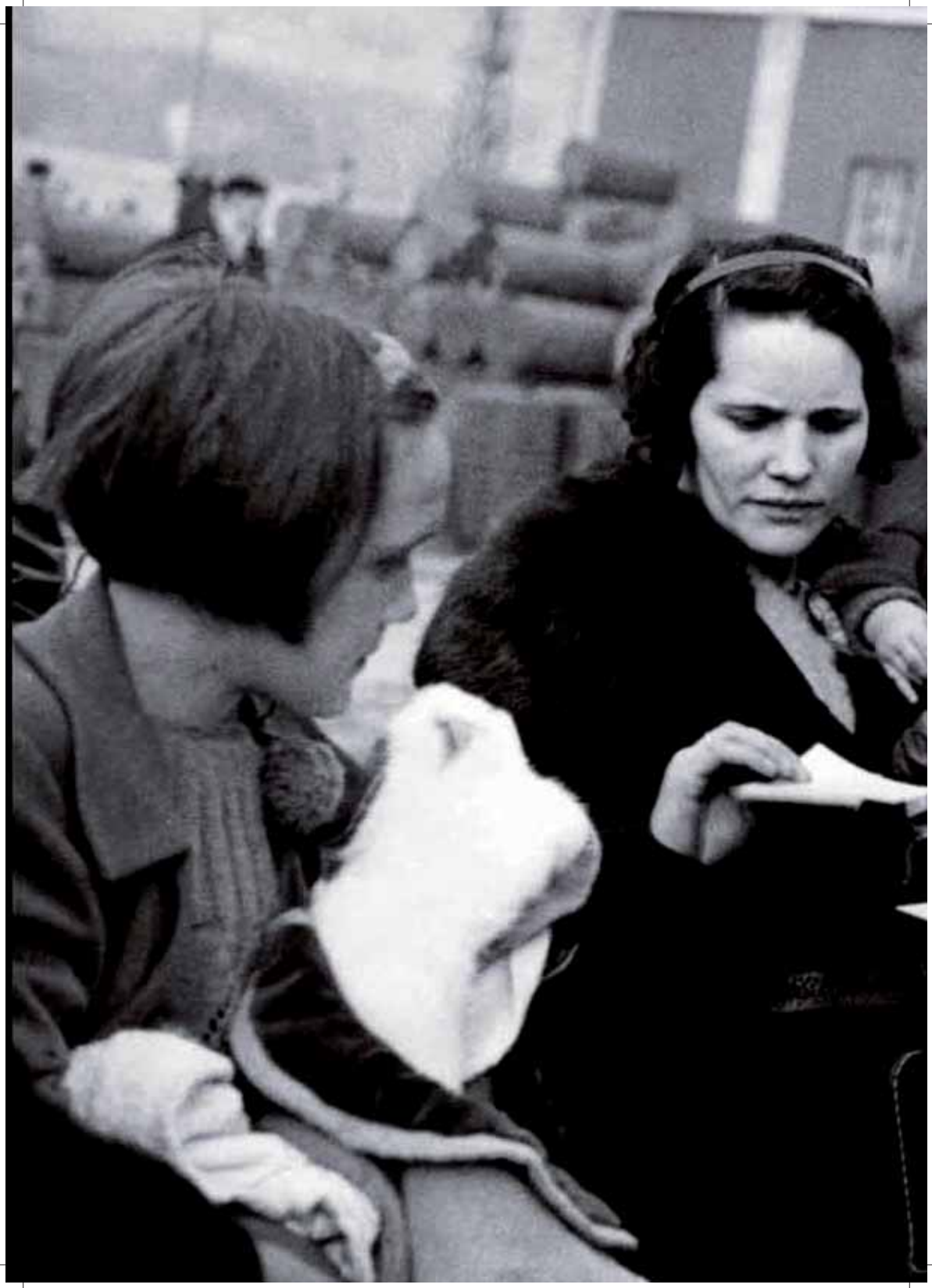
El Ford ha levantado una gran polvareda y el fotógrafo gira la cabeza pero no puede ver los Ángeles Custodios. ¿Dónde están? Solo hay un humo espeso detrás del automóvil que le lleva a Bilbao. Ni un ángel a la vista y ni rastro tampoco de esos treinta y seis justos que, según la tradición judía, sostienen este mundo. El Ford desciende a toda velocidad hacia la Villa y Capa carraspea y le dice a su chófer que no hay prisa. Pero

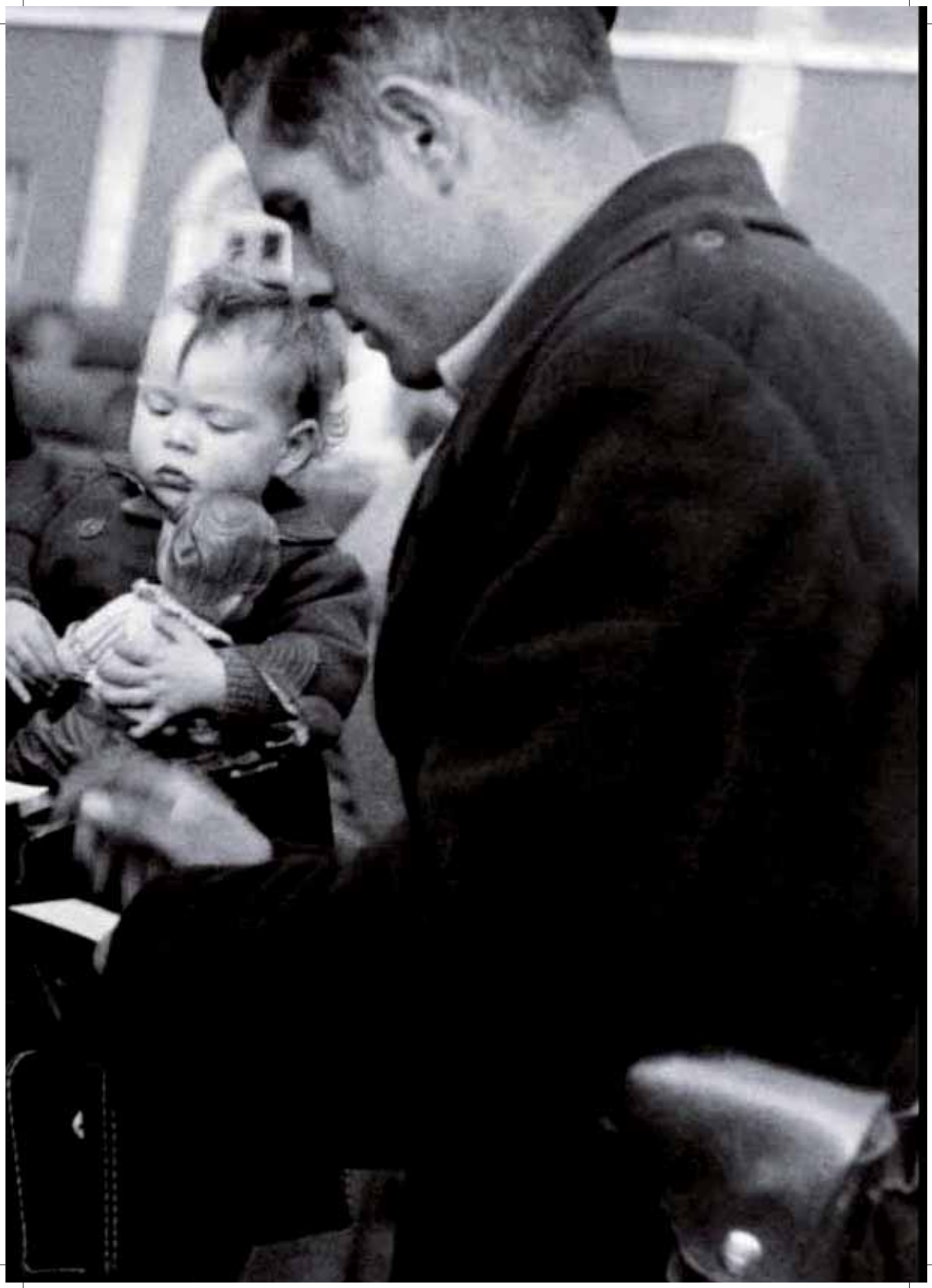
lo cierto es que en Bilbao todo el mundo parece tener prisa. Ahora el coche circula por las calles despacio en medio de la prisa. Asier se ha disculpado: no se había dado cuenta de la velocidad, el Ford V8 es un coche potente. Acaban de llegar a la ciudad y pueden ver cruzando la Alameda de Rekalde largas filas de niños. No hay tiempo que perder. Se lo dice su chófer y es verdad: esos niños están siendo evacuados y acabarán en Inglaterra, en Bélgica o en Francia. Todo se desmorona y todo indica que ha llegado el final y es el momento de abandonar el barco, salir de la ciudad.

Capa se quedará en Bilbao, pero no demasiado, apenas dos semanas. Se ha tomado su tiempo en Sollube y todavía quiere sacar algunas fotos en la Villa. Mañana subirá de nuevo al frente. Robert Capa es un buen profesional. Ha venido a Bilbao a sacar fotos. La vida en retaguardia. Los rostros de la gente. Cuando estaban muy cerca de Gobernación le ha pedido a su chófer que se detenga al lado del teatro Arriaga para acercarse al muelle del Arenal.

–Si una fotografía no es lo bastante buena es que no te has acercado lo suficiente.

Se ha acercado al gentío y, con la ayuda de Asier, se ha subido a una gabarra con su cámara Leica y ha disparado cuatro o cinco fotos. Multitud de mujeres y niños esperando el reparto de alimentos traídos a bordo de un pesquero. Hay que esperar. No hay tiempo que perder, pero a veces no queda más remedio que esperar en medio de la guerra. Él también tiene prisa. Los soldados franquistas tienen prisa por entrar en Bilbao y, mientras tanto, Gerda está en Barcelona en plena primavera caliente. Los comunistas liquidando a los miembros del POUM y acusándoles de ser agentes nazis. Lo que debe hacer Gerda es volver a Madrid. Allí se encontrarán. A veces siente una incómoda mala conciencia por haber empujado a su novia a esta guerra. No es verdad, ella sabe lo que hace. Los dos saben lo que hacen. No es verdad, nadie sabe lo que hace. Nadie sabe en el fondo lo que pasa. Nadie puede saber





lo que ha pasado y, todavía menos, lo que ha de suceder. Ni Capa ni André Friedmann pueden saber lo que sucederá dentro de un mes. Por eso sacan tantas fotografías, porque quieren saber lo que ha pasado.

Nadie puede saber lo que ha pasado, pero Capa –se lo dice a su chófer mientras los dos se sientan en las sillas de mimbre de la terraza del teatro Arriaga– sabe lo que pasó en las cárceles, lo que pasó en los Ángeles Custodios. Se lo ha contado Steer. ¿Quién es Steer? Nadie puede saber lo que ha pasado. Georges Steer sabe hacer trucos de magia y no hay manera de descubrir sus trampas. Puede que no haya trampas. Siempre hay trampas. Robert Capa no cree en la magia, pero cree en las trampas. Robert Capa no quiere oír hablar de la foto del cerro Muriano y su chófer no quiere que le hablen del día 4 de enero, ni del día 18 de abril, ni tampoco del día 26. Odia los calendarios. Quiere ser ingeniero y pasear a su madre en un buen automóvil, un coche americano, igual un Ford. Eso le gustaría. Eso le ha dicho, pero no quiere hablar de su madre y, sin embargo, siempre termina hablando de su madre. Es extraño. Todos somos extraños. Nunca pensó que Steer, además de cronista de guerra, fuera mago. Él dice que es un mago que, además, es cronista de guerra. Los ingleses son gente muy rara, gente tirando a excéntrica. Les ocurre lo mismo a los fotógrafos. Su chófer le ha contado que tiene un tío fotógrafo en Pamplona, pero que él no ha querido aprender el oficio, quiere ser ingeniero y pasear a su madre en un buen coche para llevarla al cine. No lo hará. Robert Capa no quiere decírselo. André Friedmann no quiere contárselo mientras charlan sentados en las sillas de mimbre de la terraza del teatro Arriaga.

Esta mañana, antes de que llegara Asier a recogerle, el secretario de Gobernación le ha dicho a Robert Capa que su

◀ Puerto de Santurce, mayo de 1937. Mujeres y niños son evacuados. En la imagen, un ertzaina comprueba la documentación. Fotógrafo: Robert Capa. International Center of Photography/Magnum Photos.

joven chófer será enviado al frente. Tenía una buena recomendación que ha dejado de serlo. Todo cambia. Todo se desmorona. Nadie puede saber lo que ha pasado. Nadie puede saber lo que pasa ni, todavía menos, lo que ha de suceder. De pronto sale el sol y de pronto las nubes o los aviones de combate oscurecen el cielo.

Se han despedido en el teatro Arriaga. No ha querido pedirle a su chófer que le lleve al hotel porque está cerca. Le ha vuelto a preguntar dónde se juega al póquer en Bilbao y Asier le ha vuelto a responder lo mismo. No lo sabe, pero seguro que en ese lugar, dondequiera que esté esa timba fantástica, no encontrará a los justos que sostienen el mundo. Ni siquiera a los justos que sostienen Bilbao a duras penas. Los dos han sonreído. Le ha estrechado la mano con fuerza. Los justos, dice Capa, se duermen en las timbas. Se duermen en las guerras.

8

Le ha estrechado la mano con fuerza y le ha deseado suerte. Le ha deseado que encuentre ese garito donde se juega al póquer en Bilbao en medio de la guerra. A lo mejor los justos de los que esta mañana le ha hablado Robert Capa, los justos que sostienen este mundo según cuenta la tradición judía, juegan largas partidas de póquer y por eso se duermen y llegan siempre tarde a las catástrofes. Quién sabe. Nadie puede saber lo que sucede. Asier no sabe si mañana volverán a destinarle como chófer de Capa al volante del Ford V8. No han querido decírselo. Todo se desmorona. Le gustaría saber el paradero del Hispano-Suiza de don Armando. No lo ha visto en Bilbao en estos meses y es un coche vistoso. Le gustaría saber o tal vez no el destino del gordo Badiola. Con su suerte es posible que ahora esté junto a su ídolo, junto a Paulino Uzcudun aprendiendo lecciones de boxeo y planeando la toma de Madrid. Nadie puede saber lo que ha pasado y, menos todavía, lo que ha de suceder.

Robert Capa sabía lo que pasó en los Ángeles Custodios. Al pasar por la cárcel de Begoña el fotógrafo se ha dado cuenta de su nerviosismo –casi consigue que derrape el Ford– y le ha dicho que no tenga prisa y que se tranquilice. Se ha dado cuenta de algo o puede que de todo, porque al cabo de un rato le ha hablado de las cárceles. Un periodista inglés le contó los sucesos de esa tarde. Capa quería hablar pero él no le ha seguido. Ha seguido conduciendo tranquilo, despacio por las calles de Bilbao mientras grupos de niños y niñas empezaban a ser evacuados. No quiere hablar del tema. Se han abierto expedientes. El juez ha dictado un auto de procesamiento. No quiere recordar lo que vio aquella tarde. Los hombres justos duermen o sostienen infinitas partidas de póquer.

Le podía haber contado muchas cosas a Capa. Le podía haber dicho lo que vio aquella tarde, aquella noche del 4 de enero. Cómo salió de casa en busca de su padre y cómo recorrió las prisiones y cómo, finalmente, dio con él justo cuando estaba salvándole el pellejo a Badiola, el chófer falangista de don Armando, aquel gran bulto negro entre el humo amarillo. El miedo es amarillo. Asier Urrutia ya no tiene miedo. A veces piensa que sería un alivio estar pegando tiros en Sollube. Pero sí tuvo miedo aquella noche. No paró de sudar ese 4 de enero. Cuando salieron de la cárcel, el amigo de su padre se fue y ellos llevaron a Badiola a casa. No era fácil encontrar en el piso de la familia Urrutia un hueco para el gordo Badiola. Un sitio donde esconderle si un intruso traspasaba la puerta. ¿Qué diantres hacían escondiendo a un falangista en casa? Era la gran pregunta que nadie se hizo. Se la hubiese hecho Capa si Asier le hubiera confesado la historia. Pero sus padres daban por sentado que tenían que esconder a Badiola después de lo ocurrido en las prisiones. Y Asier no dijo nada. Al fin y al cabo, Badiola le había enseñado a conducir y le había contado muchos chistes, la mayoría soeces. Con su madre debía estar callado.

Desde el 4 de enero hasta la madrugada del 18 de abril Badiola vivió en casa de la familia Urrutia. Cuando llamaba alguien a la puerta la madre le escondía debajo el fregadero. A duras conseguía encastrarse Badiola en ese hueco. Daba casi la risa. Badiola con su mono azul mahón a punto de estallar como una bomba humana. Cada mañana, la madre de Asier salía hacia el trabajo en la fábrica de calzado después de preparar el desayuno para el aita y Badiola. Asier dormía en casa, pero desayunaba en un café cercano al edificio de Gobernación. Se sentía incómodo con Badiola en el piso. Badiola hablaba mucho de Paulino Uzcudun, era un gran aficionado al boxeo. Les contaba que en 1933 había viajado a Roma para ver el combate por el título mundial de los pesos pesados entre Primo Carnera y Uzcudun. En la Plaza de Siena y con el *Duce* presidiendo el combate. Carnera le había jurado a Mussolini que tumbaría a Uzcudun, pero no lo logró. Solo ganó a los puntos, de milagro. Uzcudun era fuerte. Los romanos le aplaudían como a un héroe. Badiola nunca se cansaba de contar esa historia. El gran Paulino. Paulino, el toro vasco, el fascista Paulino. No había que creerle, pero había que escuchar a Badiola en el pequeño piso de la familia Urrutia.

La madrugada del 18 de abril Badiola abandonó el piso de los Urrutia con el mayor sigilo. A las cinco de la mañana se sumó a un grupo misceláneo de derechistas y de desertores que robaron una locomotora en la Estación, la pusieron en marcha y salieron de la ciudad en ella por el túnel de Achuri. El gordo Badiola pudo ascender a la máquina, una locomotora Frisco de vía estrecha construida en Inglaterra, y hacerse un sitio a golpes entre los fugitivos. Asier se lo imagina. La máquina lanzada hacia la boca del túnel de Achuri. Una gran boca negra capaz de tragarse al gordo Badiola y al racimo de derechistas y de desertores que escapan de Bilbao para unirse al ejército franquista. Afortunadamente, no hubo muertos. Aquello pudo ser una masacre, porque el túnel de Achuri estaba lleno de mujeres y niños. Mujeres con sus hijos que esa noche decidieron pasarla

en el túnel, hartas de despertarse a cada rato con el aullido de las sirenas de la alarma antiaérea y abandonar sus camas y sus casas.

Luego contaron que la locomotora Frisco, afortunadamente, atravesó a toda velocidad el túnel y no se llevó a nadie por delante. Un milagro.

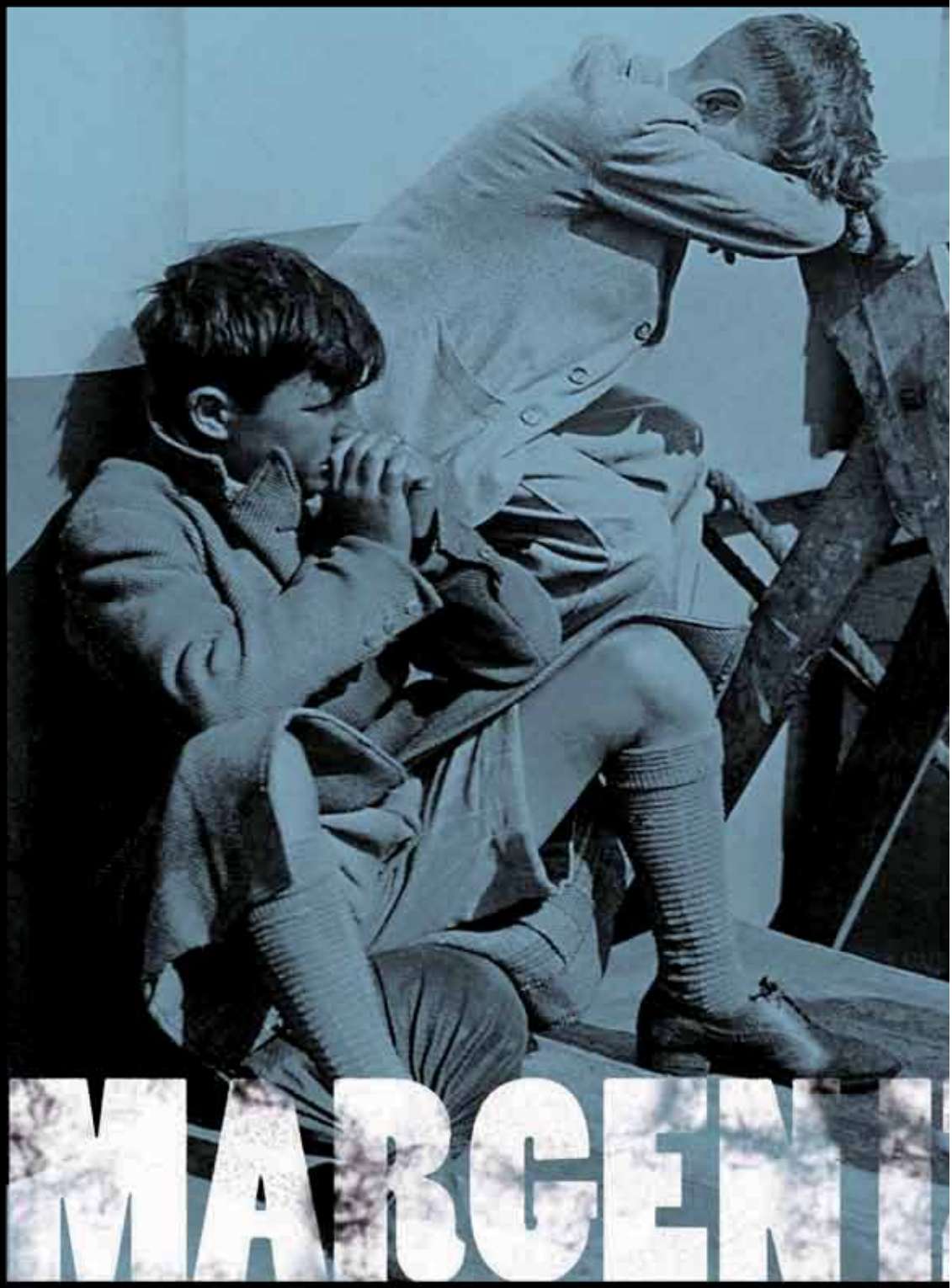
Nadie puede saber lo que sucede y, todavía menos, lo que ha de suceder. Solo la muerte sabe. La muerte nunca duerme, piensa Asier, solamente descansa. La madrugada del 18 de abril el gordo Badiola pudo huir de Bilbao subido a una locomotora inglesa gracias a que la muerte estaba descansando. Se tomaba un descanso para el día de trabajo feroz que le aguardaba. Le esperaban 67 víctimas que no sabían nada porque nadie sabe nunca la fecha ni la hora de su último viaje. Nadie puede saberlo. La suerte está en los pies. A su madre le gustaba decirlo. La muerte está en los pies. Sus zapatos vacíos de vida entre las ruinas de la calle Prim. Su madre conocía las veintitrés maneras de decir "mariposa" en el valle de Arratia y él no puede acordarse ahora mismo de esos hermosos nombres que, tal vez, le podrían sacar de este túnel lo mismo que a Badiola le sacó por el túnel de Achuri una locomotora Frisco de vía estrecha cargada hasta los topes de desertores.

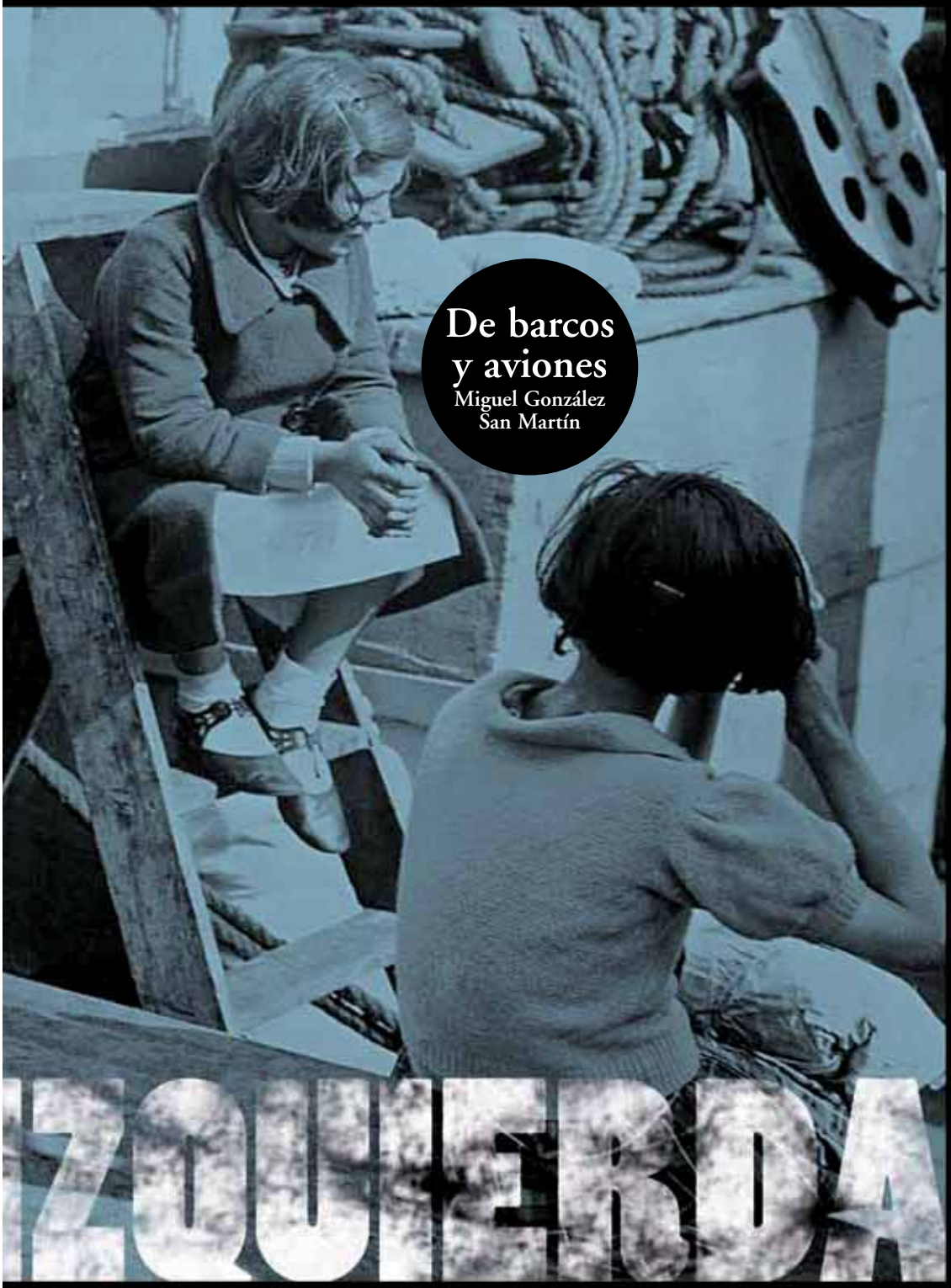
Le falta poco para llegar a casa. Treinta y seis escalones de madera. Allí estará su padre, sin decir una sola palabra desde el día 18 de abril. Ya no quiere saber lo que sucede. No escucha las sirenas. No es el criado de nadie porque nunca lo ha sido. Tiene razón su madre. Parecía un general en la Bilbaína, bajo la luz dorada de las arañas. Están en mayo y no ha llegado aún la primavera, todo se desmorona, hace frío en Bilbao y su padre está helado, tiene las manos frías y los pies congelados y Asier se los calienta cada noche. Nunca sale de casa. Se ha hecho tarde. Entra en la habitación y está dormido con los ojos abiertos.

Los 23 vocablos que existen en euskera del valle de Arratia ►
para nombrar a las mariposas.
Fuente: *Arratia inguruko Hiztegia*.
Autores: Larrea Beobide, Angel / Rekalde Izagirre, Juan.

Vocablos para designar a las mariposas en euskera en el Valle de Arratia

Bitxilikote
Esakabi
Eskabi
Ezkabi
Mitxeleta
Mitxelite
Mitxileta
Mitxilota
Mitxilitoi
Mitxilote
Mitxirote
Pitxikoleta
Pitxikolote
Pitxilota
Pitxoleta
Sorgin-bitxi
Txilipitaina
Txilipota
Txilipotada
Txilipotoi
Tximeletoi
Txipiritona
Txirripita


MARGENTI



De barcos y aviones

Miguel González San Martín

◀ 21 de mayo de 1937. Niños y niñas en la cubierta del barco 'Habana'. Cerca de 4.000 niños vascos fueron evacuados a Inglaterra desde el puerto de Santurce antes de la toma de Bilbao por las fuerzas golpistas. Archivo: Goaz Museum. Museo del Nacionalismo Vasco.

De barcos y aviones

Miguel González San Martín

1

Esteban echó a correr porque lo hacían todos. Había estado siguiendo distraídamente el ajetreo de las hormigas que entraban y salían del hormiguero cargadas con bultos, presurosas. Pensaba y no pensaba en esos insignificantes trabajos, se preguntaba por su parecido con los de las personas. Hay niños que pisan los hormigueros por hacer algo y otros que ni siquiera se fijan en ellos, los de su estilo se quedan pensativos mirándolos. Esteban sabía que preguntarse demasiado por las cosas es propio de niños viejos, una de las categorías más bajas en la consideración de los compañeros. Debía de ser duro caer en desgracia con ellos y por eso en ocasiones le gustaba estar solo, hacer lo que le apeteciera sin dar explicaciones, o no hacer nada en especial como unos momentos atrás sentado en la hierba al sol de junio.

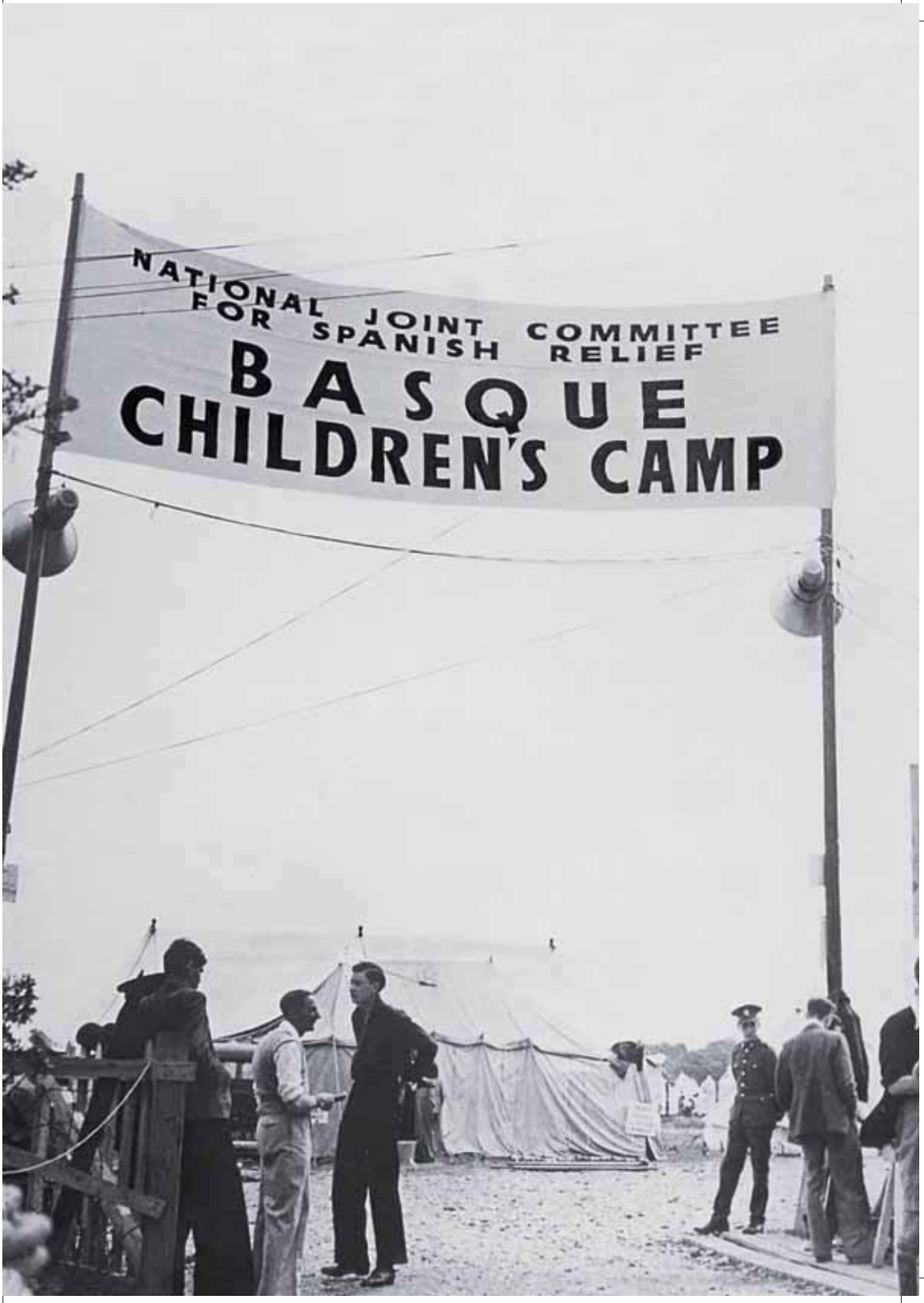
Levantó la vista al oír voces y vio correr a dos chicos. Se puso en pie de un salto y les preguntó por qué lo hacían. Ellos dijeron de manera alterada algo que no entendió, mientras se alejaban a gran velocidad. Estaban asustados. Esteban sintió que se le activaba un mecanismo reciente, una señal de alarma muy sensible que últimamente saltaba a la mínima, a veces con razón y otras por el presentimiento más remoto. Se le había disparado tan a menudo en las últimas semanas que temía que actuara por su cuenta, con causa o sin ella.

Dobló la esquina de la tienda de campaña y vio la desbandada general, la carrera alocada de los niños. Comprendió que el resorte no había saltado esta vez en vano, que algo grave estaba sucediendo. Veinte o treinta chicos, o más, corrían como si cada uno estuviera solo. Pronto fueron cincuenta, cien, en grupos pequeños, tal vez siguiendo cada uno al más resuelto, al más amigo o al mayor. Esteban echó a correr, preguntó a voces qué pasaba. No se entendían las respuestas, todos corrían y muchos lloraban. Se figuró que a otros les pasaría lo que a él, que corrían sin ton ni son. El miedo es contagioso, y el peor de todos los miedos es el que se tiene sin saber por qué.

Todos los corredores eran niños. A Esteban le hubiera gustado tener a alguien mayor a quien preguntar. A los doce años, uno ha aprendido a interpretar lo que dicen los mayores y también sus medias palabras. Si los mayores callan con gesto serio, si disimulan o se hacen alguna señal, si cambian de conversación bruscamente, los niños despiertos lo imaginan todo peor de lo que es, pero así y todo a Esteban le hubiera gustado preguntar a algún adulto y valorar por su cuenta la respuesta que le diera.

Volvió la cabeza y comprobó que ya debían de ser cientos los niños que corrían como flechas disparadas desde las tiendas del campamento de North Stoneham en todas las direcciones. Lo hacían al buen tuntún, sin saber adónde, como habían corrido mayores y pequeños el día en que cayeron las primeras bombas en Somorrostro. Hubo una desbandada similar a ésta de ahora, sólo que entonces también los mayores corrían junto a los niños. Aquella vez buscaron refugio en lugares diversos, no siempre adecuados, entre los juncos o bajo los árboles de la chopera. No sabían aún que cuando las bombas se estampan contra el suelo, el peligro no sólo está en que te alcancen sino que al instante sale disparada la metralla, esquirlas de metal que destrozan cuanto encuentran a su paso. Esteban y su familia se

Entrada al Campamento de Stoneham (Inglaterra) donde fueron ►
instalados los niños vascos evacuados el 21 de mayo de 1937.
Archivo: Goaz Museum. Museo del Nacionalismo Vasco.


NATIONAL JOINT COMMITTEE
FOR SPANISH RELIEF
BASQUE
CHILDREN'S CAMP

habían refugiado en una cueva de cayuela cercana al bosquecillo de eucaliptos al que los niños iban a menudo para recoger ramas y cortezas. Hacían atados de leña y los llevaban a rastras por la carretera. Esteban solía echarse al bolsillo cancanetas de eucalipto.

El hermano mayor estaba en el frente y les dijo por carta que no volvieran a esa cueva, les indicó sitios mejores. Se habló mucho de eso, cada uno expuso una teoría sobre el modo mejor de protegerse en los bombardeos. Amalio, el vecino anarquista, dijo que si los aviones les sorprendían sin tiempo para llegar a los refugios, lo mejor que podían hacer era tumbarse en el suelo y quedarse quietos, si era posible en una hondonada por suave que fuera. Así, salvo que tuvieran la mala suerte de que la bomba les alcanzase de lleno, estarían a salvo de la metralla. Y nunca debían olvidar ponerse un palo entre los dientes.

–La onda expansiva revienta los tímpanos –les previno.

Amalio sabía de muchas cosas variadas. A veces ponía a los niños a hacer gimnasia sueca, por filas y columnas, y a las chicas mayores les entraba la risa, sobre todo cuando les daba las instrucciones con palabras extrañas:

–Decúbito supino, decúbito prono –ordenaba muy serio Amalio y los niños pensaban si serían palabras del esperanto, un idioma que aprendía junto a otros sindicalistas en las clases nocturnas para poderse entender con todas las personas del mundo.

Esteban notaba que el padre no se tomaba muy en serio a Amalio. Le trataba con amabilidad pero no le seguía la corriente. Debía de parecerle que Amalio llevaba buena intención pero que ni él ni los suyos llegarían nunca a nada.

2

La familia de Esteban y la de Amalio y Nazaria vivían en la misma casa, la casa de los naranjos, en dos viviendas que no estaban claramente separadas salvo por un acuerdo entre las partes. Los

recuerdos de la época anterior a los bombardeos se le mezclaban a Esteban en la cabeza pero ninguno era tan amenazante como lo que vino después, cuando empezó la guerra, sobre todo a partir de que se activara el frente del Norte y llegaran los bombardeos. A veces venían los pichis con las porras, a disolver manifestaciones obreras. En otras ocasiones llegaba la noticia de que los pacos de diferentes partidos se habían disparado unos a otros, aunque no solía haber muertos. Era como si se disparasen para dejar señal de que tenían pistola y sabían usarla. Les llamaban pacos por el sonido de los disparos, pac, pac, que no era exactamente como el de las películas.

Los hombres de La Casería hacían instrucción vestidos con los monos azules de las fábricas. En lugar de fusiles se echaban al hombro mangos de azada, como los que se usan para golpear en el suelo y marcar el compás cuando se canta en corro por los barrios, con un farol en el centro, en la noche de Santa Agueda:

–Aintzaldun daigun Agate Deuna/bihar da ba Deun Agate –era el poco vascuence mal hablado que sabía decir por entonces la mayor parte de los habitantes de la zona minera, a excepción de algunos que habían venido de la parte en que lo habla mucha gente y a ésos, en el pueblo, se les conocía como los "vascos" o los "vascongados".

Los de La Casería levantaban el puño para saludar casi con cualquier pretexto. Se veía que les gustaba hacerlo, como les gustaba llamarse camaradas. Lo hacían también en el Ayuntamiento, pues el alcalde era comunista.

–Salud, camarada –se decían, y algunos en lugar de camarada decían tovarich–. Salud, tovarich.

Las chicas de La Casería se apuntaron casi todas a "La mujer moderna". Allí les enseñaban labores y les daban charlas de asuntos diversos que terminaban en la explotación capitalista y la emancipación del proletariado. Cuando lo de Asturias, en octubre del 34, algunos del pueblo, anarquistas y comunistas principalmente, y unos pocos socialistas indecisos, se echaron

al monte Mello. Los socialistas habían confiado en la llegada de un barco con armas que no apareció por más que algunos lo esperaron en la playa (seguramente nunca pasó de ser una leyenda pobeñesa). Vino un avión gubernamental y ametralló a los del monte. Desde el pueblo se oía el tableteo pero se notaba que disparaban sin apuntar, por cubrir el expediente, como si supieran que no iba a pasar nada grave. Al cabo de unos días, los hombres fueron bajando a sus casas sin llamar la atención. Amalio no volvió en una temporada y venían a buscarlo de vez en cuando los policías de la Secreta, llegaban por la noche para cogerlo desprevenido y sacaban de sus camas a Nazaria y a sus hijos, y también a la familia de Esteban. Registraban las dos viviendas indivisas a altas horas de la madrugada.

Esteban recordaba la impresión que le hicieron las bayonetas en los fusiles de una unidad especial de guardias de asalto, el día en que se presentaron en el pueblo porque iba a formarse una gran manifestación, anunciada con cierta retórica fantasiosa como el inicio de una huelga general revolucionaria. Los pichis más altos ocuparon la carretera a lo ancho, con las bayonetas caladas en los fusiles. Esas cosas que tanto le impresionaron en su momento ahora le parecían asuntos menores.

La madre se encontraba a veces en La Cooperativa con Dolores la Pasionaria y charlaba con ella como lo hacía con todos. La madre era muy habladora, tenía mucha gracia al hablar y una risa cantarina. Por eso era más chocante que en ocasiones se pusiera tan nerviosa y pesimista. Dolores vivía entonces, antes de salir diputada, en una casita humilde de Carrascal, prácticamente en el monte.

–La miseria nos humilla y envilece –contaba la madre que decía Dolores mientras esperaban juntas la vez en la cooperativa obrera de consumo con sus cestas de mimbre al brazo. Las personas de ideas eran propensas a los discursos, tal vez no les quedara otro remedio para ser tenidas en cuenta en los

1931. Somorrostro. Dolores Ibárruri 'Pasionaria' en su casa ►
del barrio de Villanueva. Fotografía publicada en *Estampa*.
Archivo: Familia Ruiz Ibarruri.

pueblos que llamar un poco la atención de un modo vagamente antiguo y libresco, como hacía Amalio.

Amalio a veces venía a dormir a casa aunque anduviera escapado, le oían hablar por la noche con Nazaria. No se dejaba ver durante el día pero tampoco tomaba demasiadas precauciones porque sabía que los vecinos no iban a denunciarle. Las conversaciones entre la madre y Nazaria, desde que empezaron los bombardeos, y sobre todo a medida que se iba acercando el ejército de Franco, se fueron haciendo más alarmistas. Les daban miedo los moros especialmente:

–Ay, Natalia, qué vamos a hacer con estas hijas, que nos las van a desgraciar –declamaba Nazaria como una trágica.

3

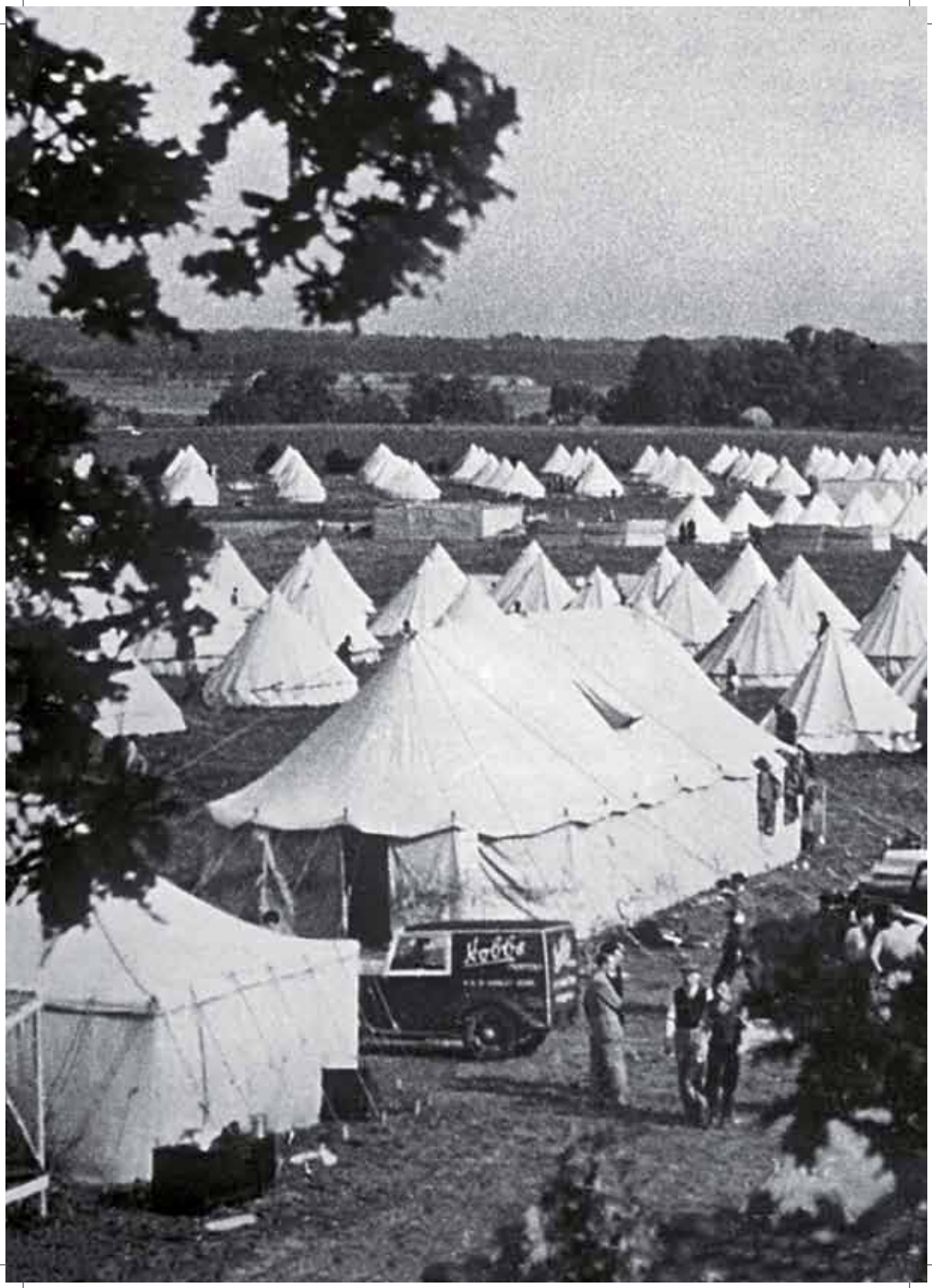
Ahora, mientras corría sin saber por qué hacia las afueras del campamento de North Stoneham, a Esteban le venía a la memoria la cueva de cayuela que tan protectora les había parecido y que sin embargo no habría servido de mucho en el caso de caer una bomba,ya que la piedra caliza se rompe fácilmente. Podría haberse cegado la boca, haberles caído encima toneladas de pizarra, aplastándoles o, lo que sería peor, asfixiándoles poco a poco. Esteban tenía sólo doce años, pero eran suficientes para saber que muchas de las cosas que suceden tienen que ver con el acierto y otras dependen de la suerte. A veces estar vivo o muerto depende de un sorteo en el que uno no participa, tal vez sea mejor de ese modo y no siempre como el resultado de complejos juegos de causas y efectos difíciles de seguir.

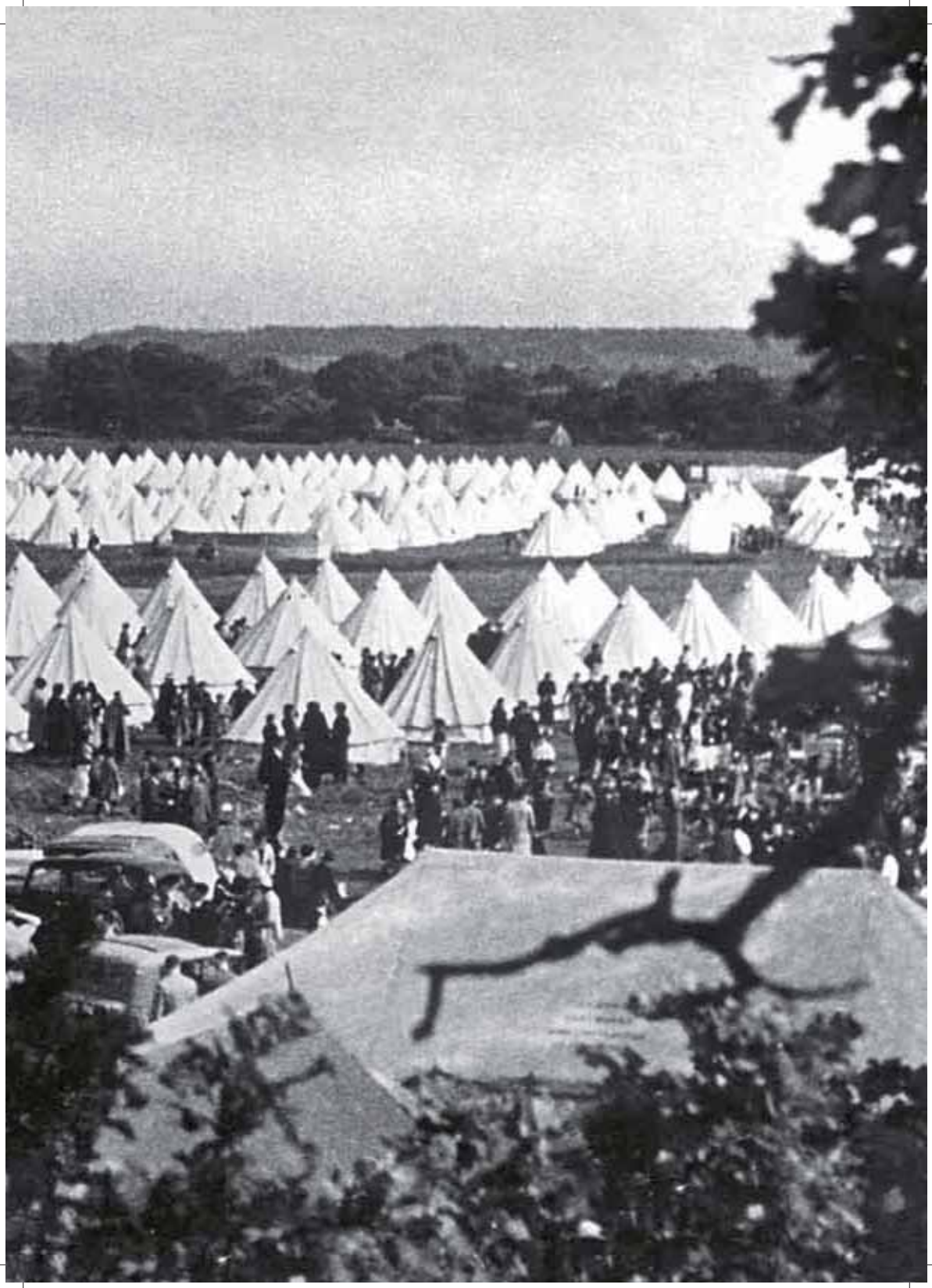
Al hijo de José el Cortador lo mató una bomba en la campa del frontón, bajo los plátanos de sombra. Esteban nunca olvidará una imagen que en realidad no vio sino que fue elaborando a partir de las palabras con que se lo contaron. Llegó José, miró al hijo muerto, se lo echó al hombro y lo llevó a casa. En adelante, cada vez que lo vio cargando un cuarto trasero de vaca, del matadero al carro o del carro a la carnicería, Esteban pensaba en el hijo al hombro, muerto y ensangrentado.

Antes de dormir, Esteban leía la carta del padre. Era como si oyera su voz, mientras leía, por el modo tan claro que tenía el padre de explicarse. Estaban bien, se iban arreglando. El padre trabajaba en la factoría de Zorroza y se ocupaba, con los hijos, del huerto y el ganado. Era secretario de la hermandad de ganaderos, a pesar de que sólo tenía dos vacas, dos docenas de gallinas, unos cuantos patos y una burra. Algunos domingos se ponía el traje de la boda, se repeinaba el mechón medio rubio, medio cano, se echaba los librotes de actas bajo el brazo y se encaminaba a la reunión de la hermandad. El padre tenía buena letra y sentido común, no era ningún sabio pero a los otros se lo parecería por comparación. Los ganaderos escribían a duras penas y hablaban muy mal, bueno, no daban una. Cuando venían a casa, los chicos escuchaban las conversaciones detrás de la puerta y se partían de risa, aunque se tapaban la boca para sofocarla y no ser descubiertos, cuando los ganaderos trabucaban las palabras de un modo tan cómico que era como si lo hicieran a propósito. Una vez el padre les oyó y después de que se fueron las visitas les echó una bronca.

–No fueron a la escuela pero merecen el mismo respeto. Son serios y honrados, que es lo importante –dijo el padre, que no era del todo un predicador pero tenía cierta tendencia a la retórica bienintencionada.

La madre y Marcela pasaban mucho miedo durante los bombardeos. En cuanto sonaban las sirenas se encomendaban a la santísima Virgen, gloriosa y bendita, de un modo tan repetitivo y con un tono tan angustiado que asustaba oírlas. Aquella retahíla daba casi tanto miedo como el sonido de las sirenas. Uno de los soldados asturianos que había en el pueblo le dijo al padre que haría bien en evacuarlas porque podrían enfermar. No era fácil, adónde iban a ir, de qué manera. Esteban siempre se preguntó cómo es que la gente se queda en casa cuando hay guerras o catástrofes, cómo puede ser que no salgan a escape en cuanto lo ven venir, no se explicó nunca que los soldados obedezcan lo que les mandan aunque sea





un sindiós, disparen las ametralladoras de los aviones, lancen bombas sobre las casas, las personas, los autos, las vacas.

4

En el campamento de North Stoneham se había organizado algo parecido a una red de información a base de noticias que traían unos y otros, tras la lectura de las cartas que iban recibiendo los niños y los periódicos que les llegaban a las maestras. Las noticias corrían por radio macuto entre las tiendas, mezcladas con exageraciones y rumores. A la gente le gusta dar primicias, cuanto más sorprendentes mejor, por eso las dramatiza un poco, no por afán de mentir sino de impresionar. Tampoco faltan quienes disfrutan con las situaciones excepcionales aunque no lo confiesen abiertamente, con la provisionalidad, el juego, la vacación, la novedad incesante, la aventura en un país lejano, y surgen especialistas en temores y desgracias, pájaros de mal agüero, viciosos del pesimismo.

Sólo unos días después de embarcarse, cuatro bombarderos soltaron su carga sobre la cuesta de La Iberia, de arriba abajo, no sobre edificios militares, que nunca los hubo en Sestao, sino sobre las casas. Destruyeron casas en la cuesta de la Iberia, en la calle de Chávarri, en la Venta del Gallo, destruyeron las escuelas. No había aviación republicana que les pudiera hacer frente, ni baterías antiaéreas, qué iba a haber, si Sestao es un pueblo corriente, sin fortificaciones ni cuarteles. Vaya un combate, sin adversario ni riesgo, menudo heroísmo. Veintidós muertos y más de cien heridos, valiente hazaña.

La abuela y los tíos vivían cerca del Casco pero ya bajando por el otro lado hacia la cuesta de Galindo. Si les hubiera pasado algo, el padre lo habría contado en su carta, no les iba a ocultar algo así, a Flora, Nuncy y Esteban. De haber decidido callarlo para no entristecerles, se le hubiera notado algo en el

1937. Niños vascos lavándose en el campamento de Stoneham (Inglaterra). ►
Archivo: Goaz Museum. Museo del Nacionalismo Vasco.

◄ Vista general del Campamento de Stoneham (Inglaterra) para los niños vascos evacuados desde Santurce el 21 de mayo de 1937.
Archivo: Goaz Museum. Museo del Nacionalismo Vasco.

tono, que no sería tan animoso. Seguramente todo dependió de la suerte, como en la cueva de cayuela. Los aviones tiraron bombas en la cuesta de La Iberia, que era la zona más poblada, y en la carretera de Bilbao. Un cuarto de hora, el tiempo de un recreo. A quién se le ocurre inventar y fabricar bombas incendiarias, balas dum dum, vaya unos sabios, tanto estudiar para después dedicarse a semejante cosa. Se preguntaba Esteban si los pilotos y auxiliares de vuelo soltarían las bombas a bulto, sin mirar, cuando las tiraban sobre las casas, o mirando, como en un juego de puntería. Tal vez desde el aire las personas les parecieran hormigas y los pueblos hormigueros. Qué guerra ni qué guerra, eso no era una guerra, eso no era combatir, no era honorable ni era nada, para eso no hacía falta tomarse la molestia de aprender a pilotar, apuntarse voluntarios, inmiscuirse en los asuntos de un país en el que no se les ha perdido nada, venir desde Italia y Alemania, pasar las fronteras con pasaportes falsos, tomarse tantas molestias para luego portarse de esa manera. Valientes héroes.

A Esteban le gustaban las visitas a Sestao, pasar una tarde con los tíos y los primos, cuando les llevaban coliflores, peras de cuchillo, huevos y a veces una gallina por Navidad, pero luego, pasado un rato, le costaba encontrar conversación. Los primos de Sestao tenían más mundo. No dependía tanto de la escuela, que debía de ser similar, sino de andar por la calle. Los primos no tenían la culpa, a decir verdad era Esteban quien se sentía con ellos un poco intimidado. Por eso se impacientaba cuando la madre, que era muy habladora, parecía olvidar que tenían que bajar toda la cuesta de Galindo y coger el tren.

–Madre, que se nos va a echar la hora –le decía Esteban sabiendo que habría de repetirlo dos o tres veces hasta que ella se diera por enterada, pero tampoco más si no quería quedar como un monchino.

1937. Sestao. Vista aérea tomada por un avión de las fuerzas italo-fascistas ► mientras bombardeaba la localidad. Archivo del Ejército Italiano (Roma). Copia cedida por Gerediaga Elkartea (Durango).

Cuando iba a Sestao, lo que más le gustaba a Irene, la pequeña, era que los tíos le dejaran cortar leña con una hachita que tenían para eso.

A Irene le gustaba picar los tarugos de madera que los de Sestao compraban en las carbonerías. Allí no había árboles de los que coger quimas. Irene se sentía en su papel cortando leña y de paso se libraba de que el tío Luis le hiciera preguntas de la escuela o le pusiera cuentas en la pizarra colgada detrás de una puerta.

5

Flora, Nuncy y Esteban embarcaron hacia Inglaterra cuando las cosas se pusieron ya muy mal. Sólo podían ser evacuados los niños de cierta edad y siempre que sus padres hubieran andado listos para rellenar los formularios en tiempo y forma. Los padres elegían los países según su pensamiento. Los niños de La Casería fueron a Rusia, naturalmente. El padre no era de los que iban aireando por ahí lo que pensaban, si era de esto o de lo otro, pero eso no significaba que las cosas le dieran igual. Inglaterra le parecía un país serio. Mario, el hermano mayor, se había ido voluntario a la guerra, y si al padre le pareció bien o mal nunca lo supieron. Tal vez le pareció lo correcto aunque le preocupara, y seguramente pensó que no merecía la pena quitar al hijo su idea de defender al gobierno legítimo si al cabo de unos meses le iban a llamar a filas, con su quinta, de todos modos.

–No debería tirar cada uno por su lado –era el reproche recurrente que el padre hacía, no a Mario, qué culpa tenía Mario de eso aunque le tocara escucharlo, sino al bando republicano.

–Todos somos antifascistas –respondía Mario a la defensiva, y el padre no se quedaba conforme, sabía que los batallones se formaban por afinidad política, obedecían con desgana, se regateaban las armas, no se fiaban unos de otros.

–Estar en contra de algo no une tanto como estar a favor –decía el padre–. Cada uno piensa en lo que hará después de la guerra y, mientras tanto, la guerra se pierde.

En alguna ocasión, Mario admitió que el padre no andaba desencaminado.

–Somos como el ejército de Pancho Villa pero hablar de ello no va a subirnos la moral.

También Irene, la pequeña, que era el juguete de todos, iba a ir a Inglaterra. Marcela, la segunda, cantaba muy bien, mientras arenaba o hacía las camas, pero Irene lo hacía de tal manera, tenía un don tan extraordinario que la gente se paraba por la calle a escucharla.

–Marcela, ¿hoy no cantas? –decía Nazaria–. Canta, mujer, que me da alegría oírte.

Marcela cantaba con gusto canciones dramáticas y sentimentales, y una vez trajeron para acompañarla a un acordeonista que se había dejado caer por el bar de Poldo. Pero la que cantaba bien de verdad, de un modo que no se había oído nunca en la familia ni en el pueblo, era Irene, la pequeña.

–El "Haurtxo polita", Irene –le pedían, y ella se resistía, le gustaba hacerse de rogar, no por darse importancia sino porque era así, quería y no quería, le costaba decidirse en eso y en todo. Sabían que acabaría accediendo y por eso insistían a pesar de sus protestas. Al fin, empezaba la canción en cualquier tono, le daba igual porque llegaba sin esfuerzo a las notas más altas.

–Sube, Irene, sube –le decía Esteban, que tenía mal oído y seguramente por eso le impresionaba más el modo en que Irene cantaba.

Irene subía y subía como si no le costara, sin forzar la voz ni el gesto, sin aspaviento, mirando a ninguna parte.

–Chiquita, cantas como los propios ángeles –decía el padre.

A veces Irene salía con que iba a cantar ópera y entonces subía y bajaba pronunciando sólo vocales como le parecía. Pero la canción que le pedían siempre era una canción vasca de cuna:

Haurtxo polita sehaskan dago,
Zapi zuritan txit bero
Amonak dio, ene potxolo,
Arren egin ba, lo, lo.

En la estación de Santurce sólo dejaban seguir hasta el muelle a los que fueran a embarcarse. Entonces, en el último momento, cuando tenía todos los papeles en orden y sus cosas en una pequeña maleta igual que los demás, Irene se abrazó a las piernas de la madre y se puso a llorar, y la madre no tuvo valor para dejarla ir de ese modo. Así que se quedó en tierra a última hora.

6

Ignacio se había roto una pierna y se la habían escayolado, pero se las apañaba para valerse y ayudar, como siempre había hecho, en las tareas de la huerta y con el ganado. El padre contaba en su carta que Ignacio se las arreglaba con la pierna estirada para poner los arreos a la burra y enganchar el carro. Un día fue con la madre a comprar alubias de estraperlo. El padre hacía una broma en su carta sobre eso, seguramente para que Flora, Nuncy y él vieran que las cosas no estaban tan mal si conservaba el humor. Cuando Ignacio y la madre volvían con las alubias en un saco, les salió un pobre al camino. Sólo pretendería, seguramente, que le dieran algo de lo que llevaban, nada hacía suponer que tuviera mala intención o quisiera hacerles daño, pero la madre empezó a gritarle a Ignacio que arreara a la burra. Dio voces tan alteradas que Ignacio obedeció sin pensar y a punto estuvieron de atropellar al hombre que les echaba el alto. Menos mal que en cuanto vio lo que se le venía encima se tiró a la cuneta y desde allí, ya a salvo, les gritó toda clase de disparates. Esteban estaba seguro de que Ignacio no habría pasado miedo, porque era muy templado, y el padre, de haber estado, le habría dado algo al pobre, igual que le daba

21 de mayo de 1937. La cubierta del barco 'Habana' rebosante ►
de niños evacuados desde el puerto de Santurce a Gran Bretaña.
Archivo: Goaz Museum. Museo del Nacionalismo Vasco.

parte de su ración al perrillo de casa. Esteban parecía oír la voz de Ignacio cuando la exageraba haciendo como si fuera más rústico de lo que era.

–¡Arre, burra! –gritaba Ignacio a la Manuela como si fuera un hombre de campo, con un acento que era una mezcla de todos los acentos con que había oído gritar lo mismo. Y terminaba la orden con fuertes e imperativos chasquidos de lengua. La Manuela tenía mucho temperamento, a veces se soltaba del hincón y había que ir a buscarla hasta El Verde o más lejos, hasta Los Campos. Tiraba pitas mientras le ponían los arreos para el carro. Al carro le llamaban "la mesilla" porque no tenía cartolas ni hueco en medio, de modo que para ir sentado había que llevar las piernas colgando, fuera para conducir con las riendas un poco de lado o como pasajeros. Con Ignacio la Manuela andaba más derecha, a veces incluso le consentía montar a pelo.

El padre debía de quererles a todos lo mismo, pero Esteban se figuraba, y no le parecía mal, que a Ignacio un poco más. Se entendían bien entre ellos, tenían más cosas en común. Ignacio era el que más ayudaba en las tareas de la huerta, y no sólo porque hubiera que hacerlo sino que le gustaba trabajar, romper a sudar, dejarlo sólo cuando estaba rendido. Era así, cumplía con unos códigos que le parecían honorables, como eran honorables las agujetas del día siguiente. No era digno quejarse o poner mala cara, siempre había quehacer y era mejor sacarlo adelante cuanto antes. Ignacio no se daba importancia por eso, sólo alguna vez les tomaba el pelo a los hermanos, imitaba en broma el gesto de echarse la mano a los riñones que a veces no podían evitar. Cargaba con su parte y con la que pudiera de los demás para ganarse el reconocimiento. Manejaba con estilo la azada, la hoz o el dallo y a veces se echaba a la espalda pesos impropios de su edad. Todos le decían que no hiciera esos esfuerzos porque más pronto o más tarde los esfuerzos se pagan, pero el padre no se lo decía tanto, comprendía que Ignacio buscaba de ese modo la aprobación y se la daba con gusto, con una sonrisa, pasándole la mano por el hombro, dándole un pescozón, a veces sin decir

ni hacer nada como si no se diera cuenta, siguiendo cada cual a lo suyo, hombro con hombro, entre iguales.

Las cosas no estaban tan mal, decía el padre en su carta. Tenían borona para las gallinas, molían harina de maíz, tenían huevos, había hierba y nabos para las vacas, tenían leche. A las vacas se les había metido metralla en las patas traseras. El veterinario consiguió sacársela y el padre e Ignacio les curaban las heridas cada día aplicándoles gasas con yodo. Seguían trabajando la huerta, no les faltaban patatas, verduras y fruta. En medio de todo, decía el padre, no podían quejarse, especialmente pensando en otros a quienes les habían pasado cosas muy tristes sobre las que era mejor no hablar. Mario era quien más les preocupaba porque estaba en el frente y aunque el periódico decía que las cosas iban bien en Orduña, Bermeo, Ochandiano o Peña Lemona, se batían en retirada.

7

Esteban corría porque lo hacían todos. Ya no se molestaba en preguntar puesto que los otros parecían concentrados en la carrera. Miró hacia atrás y las tiendas de campaña parecían muy pequeñas. Dónde estarían Flora y Nuncy, pensó, tal vez corriendo como él pero con las chicas. Vivían en tiendas de campaña diferentes. Estaba con ellas cada día y si pasaba mucho rato sin verlas se hacía el encontradizo. Le gustaba estar con ellas aunque sabía que no era conveniente, no fueran a pensar los demás que era un enmadrado. A Esteban le gustaba que ellas le hicieran caso pero con disimulo, que le echaran el brazo por el hombro y fueran cariñosas, como en la foto que le sacaron con Nuncy, pero sin que lo viera nadie.

Flora tenía muy buen carácter, no se enfadaba nunca y todo se lo reía. En cambio se las arreglaba para que los demás hicieran justo lo que a ella le parecía bien, pensando, erróneamente, que por propia iniciativa. Se salía con la suya sin imponerlo, sin discutir, sin pedirlo siquiera. A cambio, tenía buen conformar. Los hermanos se iban pasando la ropa que se

les quedaba pequeña, y era un problema cuando a un chico le seguía una chica. Marcela venía después de Mario. Una vez la madre le dio a Marcela unos zapatos que Mario había dejado en buen uso al crecer. Marcela no dijo nada pero volvió a casa descalza tras tirarlos al río. Tenía ya edad de presumir y los zapatos que dejaba Mario pasaron a Flora desde entonces, saltando el turno de edad.

Nuncy era lista y entusiasta, un poco refunfuñona seguramente para disimular su propensión a ser impulsiva y cariñosa.

–¡Ven aquí, Canelo…! –le decía a Esteban mientras le revolvía el pelo y le besaba en la sien. Esteban miraba nerviosamente a todos lados para comprobar que nadie pudiera verlos.

A Esteban le hubiera gustado tenerlas ahora con él, a Flora y a Nuncy, mientras corría sin ton ni son como hacían los demás. Corría sin saber por qué ni hacia dónde. Pasó por debajo de los alambres que señalaban el límite del campamento y cada vez estaban más cerca las casas de un pueblo donde hablaban otro idioma y en el que no conocía a nadie.

Se negaba a aceptar que hubieran podido llegar también las bombas a este país acogedor donde desayunaban mantequilla y mermelada de naranja amarga, comían y cenaban una carne muy delgada llamada roastbeef, servida con guarnición de puré de patatas y verduras hervidas, merendaban pastas o sándwiches con el cup of tea. No iban a la escuela por la provisionalidad de la situación y que era, en realidad, el tiempo de las vacaciones, pero había maestras que les daban clase algunas veces, les enseñaban trabajos manuales, poesías, canciones y les prestaban libros de lectura. Todo era a la vez serio e informal, como si los niños jugaran a ser mayores muy conscientes y los mayores se hubieran vuelto un poco más vulnerables. Todo era provisional, con su parte de incertidumbre pero también de novedad y aventura. Nadie sabía cuánto tiempo permanecerían en las tiendas de un campamento planeado como provisional.

1937. Niñas vascas lavando su propia ropa ►
en el campamento de Stoneham (Inglaterra).
Foto publicada en *Niños vascos evacuados en 1937-Álbum histórico.*

El altavoz estaba todo el tiempo dando instrucciones, para recoger los impermeables y los cartones de identificación, a la hora de la comida o cuando tocaban las vacunas, para que se dirigieran a un lado o a otro por diferentes motivos. Era raro que hubiera permanecido en silencio en el momento de la desbandada.

Esteban echaba de menos a los suyos, naturalmente, pero estaba a gusto en el campamento de North Stoneham. Dudaba de que ese sentimiento fuera correcto, temía que pudiera ser desleal, pero era comprensible considerando que hasta unos momentos atrás se había sentido perfectamente a salvo, lo que era muy grande después de meses tan agitados.

8

No era la primera vez que los niños se contagiaban el miedo. Durante el viaje se había corrido la voz de que los barcos de Franco podrían salirles al paso.

–Dicen que nos sigue el "Canarias".

–El "Canarias" no está para eso –explicó un chico con tics llamado Sátur–. Abusó contra los bous en la Batalla de Machichaco, ya podría, con su potencia de tiro, y ahora vigila para que no pasen barcos con ayuda militar para la República.

–¿Y tú por qué eres tan listo, chaval, qué sabes tú de eso?

–Lo sé y basta –respondió él, y el hecho de que no se molestara en dar más explicaciones fue su más sólido argumento.

A Esteban le gustó oírle. No sabía de esas cosas pero le animó que alguien que no parecía hablar por hablar no viera las cosas tan negras. Decidió apuntarse a esa teoría en lugar de al catastrofismo.

–¿Estás seguro, Sátur? –le preguntó Esteban, interesado en confirmar su impresión.

–Claro, yo entiendo de barcos y aviones –respondió él con naturalidad.

Esteban aceptó de buen grado la teoría de Sátur y no volvió a pensar en el "Canarias". Sin darse aún cuenta estaba estrenando un parapeto ante las adversidades, un modo de aceptar la posibilidad de que pudieran ocurrir las cosas pero sin pensar mucho en ellas con antelación, sólo cuando no quedara otro remedio. Alguna vez buscó barcos en el horizonte, todavía ensayando la nueva estrategia, pero bueno, sólo para confirmar que estaba en lo cierto al no preocuparse. Bastante tenía con el mareo. El mareo fue tan intenso que llegó un momento en que no era posible imaginar algo peor. También el segundo día en el campamento se asustaron mucho los más pequeños, se pusieron a llorar cuando vieron un avión que volaba muy bajo y temieron que fuera a bombardearles. Las maestras y las auxiliares les tranquilizaron en seguida y los altavoces anunciaron que era un avión comercial y debían acostumbrarse a su paso porque había un aeródromo cercano al campamento.

En la campa de El Malecón, bien cerca de casa, habían improvisado un campo de aviación en el que había unos pocos aviones de los chatos rusos. Un día vinieron muchos aviones de Franco y los destruyeron mientras estaban en tierra, y después bombardearon el campo hasta dejarlo impracticable. Fue en ese bombardeo cuando les entró metralla en las patas a la "Chata" y a la "Pinta".

Esteban no había tenido tiempo de conocer el país donde ahora estaba, apenas llevaban un mes, pero le gustaba de él hasta el nombre, Inglaterra. En casa siempre se había pronunciado ese nombre con respeto. Cuando les dieron a elegir, el padre no tuvo ninguna duda. Al llegar al puerto de Southampton, los niños olvidaron en un instante las preocupaciones y el mareo. El muelle estaba lleno de gente que les saludaba moviendo los brazos y les decía cosas amables que ellos no entendían pero se figuraban. Los niños reían, aplaudían, gritaban algunas palabras en el inglés que les soplaban las maestras.

–¡Good morning!

La gente les lanzaba chocolates y caramelos que caían sobre la cubierta en una repelea gozosa, como en un bautizo. Las mujeres del Ejército de Salvación desfilaron para ellos vestidas de uniforme, serias, feas y animosas, tocando himnos con sus instrumentos de viento. Al fin les llevaron en autobuses al campamento de North Stoneham, a unos siete kilómetros del puerto, donde voluntarios ingleses, personas de ideas, por su cuenta, sin ayuda de su gobierno, con el dinero recaudado mediante cuestaciones, habían instalado tiendas de campaña perfectamente equipadas, como de jugar pero para vivir, con todo lo necesario. Había cocinas, hospital, incluso cine. Las casas que Esteban vio por el camino mientras iban en el autobús le parecieron propias de un país de cuento.

9

Mientras corría sin saber adónde, Esteban pensó que no conocía este nuevo país pero tampoco conocía en realidad el suyo. Lo más lejos que había viajado era a Bilbao y en contadas ocasiones. El territorio de su vida era casi tan reducido como el de las hormigas. A las hormigas, su trozo de césped en el campamento debía de parecerles también suficiente aunque fuera mínimo. Se prometió viajar cuando fuera mayor todo lo que pudiera. No se atrevía a decírselo abiertamente, pero en el fondo de su corazón habría cambiado el nuevo país por el suyo. Por eso le parecía ahora inconcebible que a un país como aquél hubieran llegado también las bombas o alguna amenaza comparable, como parecía deducirse de aquella desbandada de niños corriendo en todas las direcciones. Debía de tratarse de un error, quería creer Esteban, pero procuraba no retrasarse respecto de los otros corredores. Habría sentido más aprensión de haberse quedado solo en tierra de nadie.

En los momentos de apuro caben muchos pensamientos, más de los que le hubiera gustado. Llevaba pocos minutos corriendo, y en cambio, aunque se propusiera no pensar en

nada, le venían a la cabeza un montón de cosas. Procuraba que fueran del pasado, no del presente, y menos del futuro.

Llegó a la tapia de una casa de campo y allí se encontró con Sátur, el que sabía de barcos y aviones. Sátur hacía muchos gestos con los ojos y con la nariz cuando se ponía nervioso, como ahora. Se sentaron, resoplando, contra la tapia.

–¿Tú sabes lo que pasa, Sátur? –preguntó Esteban.

–Ha caído Bilbao –respondió Sátur.

Era seguramente una frase que habría oído pronunciar a los mayores, y los mayores se quedaron tan impresionados al enterarse que los niños echaron a correr gritando cosas incomprensibles, llamando a sus padres, llorando. Era una frase breve que Sátur pronunció con cierta solemnidad, dando por sentado que lo explicaba todo por sí misma.

Esteban se acordó del padre, de Mario que estaba en la guerra con los que la iban perdiendo, de Ignacio, quien con el yeso de la pierna tendría mayores dificultades para la retirada hacia Santander, de la madre y de Marcela, que pasaban tanto miedo, de Irene, la pequeña, a quien ahora se representaba en la foto que le hizo Piñeiro el Retratista, con el lazo en la cabeza y la cacharra de la leche. Esteban se figuraba aproximadamente lo que podía significar que Bilbao hubiera caído aunque desconociera los detalles concretos y sobre todo qué pasaría después. Era una mala noticia para los suyos, quienes no sabía exactamente qué nuevas penalidades estarían ahora pasando, y lo era también para ellos. Se habían quedado aislados en este nuevo país donde no conocían a nadie, tan lejano que para llegar a él había que tomar un barco y hacer una penosa travesía. Tal vez ya no podrían volver.

10

Sátur hacía muchos visajes con la nariz y con los ojos. Estaba tan nervioso que se puso a rezar de un modo mecánico. Parecía mentira que fuera el mismo tan sensato y seguro del barco.

Debía de ser sensato cuando tenía respuestas que explicaran las cosas y en cambio sus tics indicaban que le inquietaba cuanto quedara fuera de su comprensión. Esteban le mandó callar con cierta brusquedad.

–¿Tú no crees en Dios, Esteban?

A Esteban aquella manera maquinal de repetir palabras sin pensar en ellas, como si fueran mágicas, le recordaba las cosas que decían la madre y Marcela cuando había tormenta o sonaban las sirenas porque iban a venir los aviones, pero no iba a reconocer ante Sátur que los rezos nerviosos le asustaban. No quería pensar en que Bilbao había caído, y menos en lo que podría suceder después. Por lo pronto habrían cesado los bombardeos, pensó para ver el lado bueno que tienen todas las cosas. Hasta ahí llegaba, no quería permitirse ni un pensamiento más. Así como se le había instalado esa especie de muelle que le ponía en tensión a la mínima, estaba aprendiendo a protegerse. No hay que pensar más de lo conveniente, las cosas salen siempre distintas a como se esperan o temen, no sirve de nada anticipar lo que no se sabe si va a suceder o no. Esteban seguía perfeccionando su nueva estrategia y pensó que sería bueno hablar de lo que fuera, pero diferente a la preocupación inmediata.

–Ni creo ni dejo de creer –respondió con la mayor tranquilidad que pudo, por seguir la conversación. Si conseguía aparentar tranquilidad, acabaría tranquilizándose. También le resultaría de gran ayuda que Sátur dejara de mover la nariz y los ojos, o tal vez fuera posible al menos que los moviera a menor velocidad hablando de otra cosa, pero Sátur seguía con lo mismo.

–Mi padre cree en Dios pero no cree en los curas –dijo.

Esteban pensó que eso era una tontería pero no lo dijo. Bueno, lo dijo, pero procurando que Sátur no se molestara.

–Curas sí hay –opinó.

En esto, otro niño más pequeño llegó corriendo y se sentó donde ellos estaban, interrumpiendo una conversación que a Esteban se le estaba haciendo ya incómoda.

–¡Ramón! –saludó Esteban–. De dónde sales.

–Ya ves –dijo Ramón–. Estaba por ahí.

Ramón era del pueblo, tres o cuatro años más joven que Esteban. Su llegada les ayudó a olvidar por un momento las ideas pesimistas. Ahora tocaba mantenerse serenos aunque sólo fuera para no asustar a Ramón. Era bueno hablar, lo que hacía el padre cuando la madre estaba preocupada y se ponía nerviosa, sacaba otras conversaciones y así, hablando de otras cosas, a ella se le iba pasando.

–¿Tú qué vas a ser de mayor, Ramón? –preguntó Sátur, más que por saber la respuesta para ser condescendiente con el más pequeño y tener ocasión, de paso, para ponerse a contar sus proyectos. Pensó que Ramón no sabría qué responder o diría cualquier cosa por decir, pero si algo tenía decidido Ramón era eso precisamente.

–Pelotari –dijo.

–Pero eso es un juego, no una profesión.

–Cómo que no –dijo Ramón–. Pelotari profesional.

Ramón echó mano al bolsillo y sacó un envoltorio de papel de periódico que contenía una pelota de cuero y un pingajo de viejo y oloroso sebo ennegrecido. Se puso a frotar la pelota con el sebo, especialmente por las costuras. Esteban le había visto jugar alguna vez, a Ramón, y recordaba que siendo tan pequeño le daba muy bien con la zurda y corría por la cancha con una agilidad que nadie le hubiera supuesto.

–¿Hasta dónde la mandas, Ramón? –preguntó Esteban.

–De saque, hasta el cuatro –respondió, y Esteban soltó un silbido.

–¿De veras?

–Puedes creerlo –Ramón sonrió por primera vez, frotó la pelota con el papel de periódico hasta sacarle brillo y se puso

a darle toques hacia arriba elevándola como medio metro, primero con una mano y luego con la otra.

–¿Es de las que hacen daño? –siguió Esteban para conseguir tranquilizarse del todo hablando de cualquier cosa, animado al ver que su intento no era en vano.

Ramón se iba sintiendo a gusto.

–Todas duelen –dijo–. Unas se clavan más y otras te van trabajando las manos hasta que te las hinchan. Entonces hay que parar y pisar bien las manos, con cuidado, no de cualquier manera. Es mejor hacerlo uno mismo para sentir cómo se van deshinchando.

–¿Y te sabes poner los tacos?

–Me arreglo pero también duele con tacos, no creas. Bueno, pero eso no importa.

Sátur quería volver a la conversación de los oficios. En cuanto encontró ocasión de meter baza se puso a contar sus proyectos y de una cosa fue pasando a otra, cada vez más embalado, moviendo las manos y haciendo diversos sonidos como ilustración de las palabras. Le gustaban las máquinas, los autos, sabía de marcas y motores, decía cosas como "cigüeñal" o "carburador" y no lo decía por decir, parecía saber de lo que hablaba. Le gustaban los barcos. Durante el viaje les había vuelto locos a los marineros y a las maestras para informarse. Les contó a Esteban y a Ramón los metros de eslora y las toneladas de peso del "Habana". Antes de la guerra había sido un trasatlántico que hacía rutas de ricos entre España y América.

–Tiene permiso para ochocientos pasajeros y vinimos a Inglaterra cuatro mil.

–A lo mejor por eso se movió tanto –dijo Ramón.

–No tiene que ver –negó Sátur–. Se movió porque había mar de fondo. Yo no me mareé, y gracias a eso sé que podría dedicarme a navegar, mi segunda profesión favorita… –y dejó la frase en el aire a la espera de que le preguntaran por la primera,

Mayo de 1937. Un chistulari en la cubierta del 'Habana' ameniza el viaje ► de los niños vascos evacuados hacia Inglaterra durante la guerra civil. Archivo: Goaz Museum. Museo del Nacionalismo Vasco.

pero los otros no lo hicieron, fuera porque no les importara gran cosa o porque se habían quedado otra vez pensativos.

11

Esteban y Ramón se marearon durante la travesía, como la mayor parte del pasaje, niños y mayores. Esteban lo había pasado tan mal, vomitando y dando tumbos por la cubierta, que no podía pensar en otra cosa que en las vueltas que daba todo, en las arcadas, el mal olor que se iba extendiendo, en el mar inmenso que parecía no tener fin, en los bandazos que daba el barco, las cabezadas subiendo y bajando. No tenía fuerzas ni para llorar como hacían casi todos. No veía el momento del desembarco y en cambio se sabía afortunado porque estaba con Flora y con Nuncy. Vio a Ramón de pasada durante el viaje. Tenía mala cara pero no le vio llorar.

–Seguro que aguantaste bien, Ramón, apuesto a que no te quejaste, como los buenos –le dijo Esteban.

–Y qué vas a hacer –respondió Ramón, y se vio que le había gustado el elogio.

A Esteban le gustaba más estar con los mayores, se aprende más con ellos, pero tampoco se le daban mal los pequeños. Le tenía simpatía a Ramón por otra cosa en la que prefería no pensar para que Ramón no se la leyera en la mirada. Le parecía una buena idea hablar mucho de todas las cosas para no tener que hacerlo de las que no conviene. Venía bien a esos efectos la presencia de Sátur, su parloteo, así que decidió darle la satisfacción de interesarse por su profesión favorita.

–¿Y cuál es la primera, Sátur? –preguntó.

–Uf –resopló éste, agradecido–. Piloto de aviación.

–Qué dices, chaval –le quiso cortar Esteban temiendo que las cosas siguieran por donde no debían.

–De pasajeros, naturalmente –dijo Sátur.

–Ah, bueno –dijo Esteban, y se propuso dar por cerrada esa conversación.

Ramón no dijo nada pero Sátur no estaba dispuesto a dejarlo así como así. Se puso a hablar de aviones, de bimotores y trimotores, de hélices y carlingas. Se confirmaba la convicción de Esteban respecto de que los de Sestao, Portugalete, Baracaldo, y no digamos Bilbao, tienen más mundo.

Sátur estaba ya lanzado y Esteban decidió dejarle que siguiera. Si le cortaba en seco a Sátur, Ramón sabría en seguida por qué y entonces pensaría en lo que era mejor no pensar.

–Los pilotos de la República son mejores que los otros, lo que pasa es que no tienen aparatos –dijo Sátur.

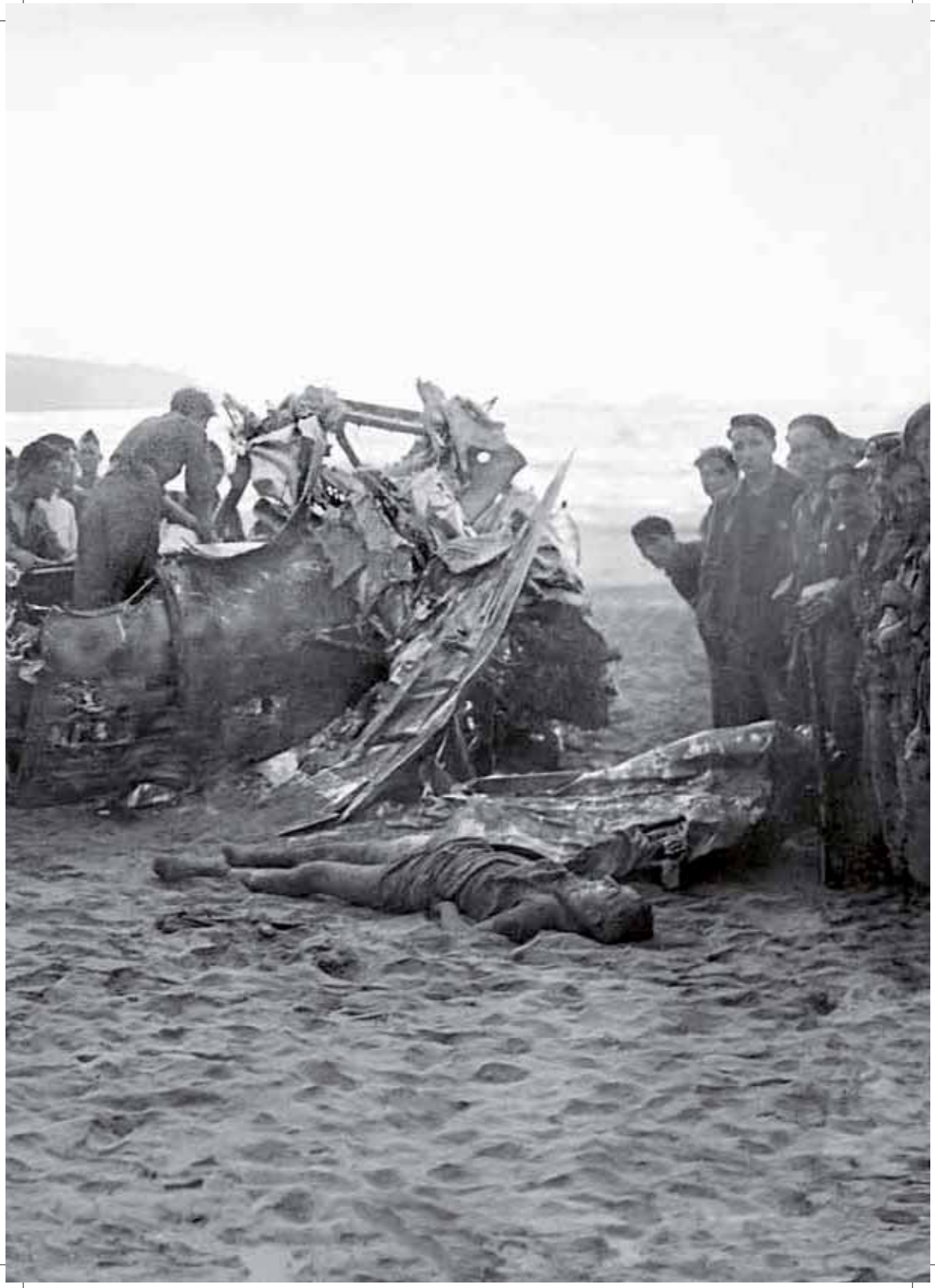
Mario contaba que los soldados de infantería llamaban a su aviación "La bienpagá", como la copla, "Ná te pido, ná te debo…", porque no aparecía nunca y los aviones de Franco machacaban sus posiciones desde el aire siempre que se lo proponían, prácticamente a placer. No era por lo que decía Sátur, sino porque los aviones republicanos no podían venir desde Madrid, atravesar Castilla la Vieja, combatir y volverse, no tenían tanta autonomía de vuelo ni podían aterrizar a repostar. Dónde iban a hacerlo. Y en Francia no les dejaban por la mierda del Pacto de no Intervención, el nombre que pusieron al miedo que Francia e Inglaterra tenían a Hitler.

Sátur sacó de la cartera un recorte de periódico. Era la foto de un avión derribado en la playa de La Arena. Unos milicianos vestidos con llamativo desarreglo miran el avión como si entendieran de aviones o tal vez buscando papeles en la cabina, y un grupo de pobeñeses mira a la cámara tal vez pensando en que les van a sacar en el periódico. Ni una sola de las treinta personas que hay en la foto mira al aviador, que está muerto junto a ellos sobre la arena.

–Mira a ver si conoces a alguno, Ramón –dijo Esteban.

Ramón pareció complacido no por los pobeñeses sino por el avión destrozado.

–Es un fiat –dijo Sátur–. Seguro que al piloto no le encontrarían la documentación porque llegan de tapadillo.



–Uno menos –dijo Ramón, y Esteban pensó que debía cambiar una conversación que se estaba deslizando de un modo inconveniente, pero no se le ocurría cómo hacerlo.

–A uno que se tiró en paracaídas porque se le había averiado el avión, lo mató la gente a palos, y luego lo pasearon en una carretilla.

–¿Dónde? –preguntó Ramón.

–No recuerdo, pero es lo que me contaron –dijo Sátur.

–Eso tampoco está bien -afirmó Esteban.

A Esteban le repugnaban casi tanto las salvajadas del bando republicano como las otras. No había derecho a lo de Guernica o Durango, a lo del pueblo o Sestao y tantos otros sitios, cebarse de esa manera con la gente corriente, tirar bombas sobre las casas, ametrallar a las personas por las carreteras y las calles, hacer puntería con las vacas, con una crueldad y una estupidez inconcebibles, pero tampoco estaban bien los asaltos a las cárceles y los barcos prisión, el asesinato cobarde de los prisioneros desarmados, como Ángel Chaves, el de la tienda, que estaba preso porque era de derechas, y por qué no podía serlo. Al padre le parecieron atroces esos hechos, lo mismo ni más ni menos que los otros, pero les dijo que no hablaran por la calle de esas cosas puesto que los ánimos estaban muy soliviantados. Algunos tenderos se ocuparon de que salieran en el periódico sus donativos para la República, fuera por simpatía con la causa o para sentirse más seguros. Una vez, estando Mario de permiso, vio que unos soldados asturianos pretendían llevarse gratis el género en la tienda de Arturo Martínez y les llamó la atención:

–Eso no, para eso no luchamos –les dijo, y a ellos debió de darles vergüenza y se fueron.

Arturo, que también era de derechas, le prometió a Mario que si decidía quedarse en el pueblo y entraban los nacionales,

◀ 1937, sábado 5 de junio. Playa de La Arena (Somorrostro). Un avión 'Fiat-CR-32' de las fuerzas italo-fascistas cae derribado por 'un chato' ruso (modelo Polikarpov) perteneciente a la aviación leal a la IIª República. En la imagen, el piloto Guido Pressel, ya cadáver, que fue atendido por el médico Ramón Madariaga. Fotógrafo: Alonso.
Archivo: Goaz Museum. Museo del Nacionalismo Vasco

no habría de pasarle nada. Mario le dio las gracias pero nunca pensó en ello.

12

–Que se jodan bien jodidos –dijo Ramón refiriéndose a los aviadores muertos, y no le pegaba nada el tono rencoroso, el uso de aquellos tacos que no casaban con su aspecto general de niño calmado y voluntarioso.

Sátur seguía a lo suyo. A él lo que le gustaba era la aviación civil, el transporte de pasajeros y mercancías, pero si continuaba la guerra cuando fuera mayor, porque Bilbao había caído pero se mantenía la República en las ciudades principales como Madrid, Barcelona o Valencia, se apuntaría de aviador en el bando republicano. Y entonces le dio por describir un imaginario duelo en el aire, con picados y contrapicados, tirabuzones, tableteos de ametralladoras. Gesticulaba indicando con cada mano las maniobras de un avión y otro, imitaba los sonidos del combate:

–Sshhíu, ta, ta, ta, ta. Sshíu, ratatatatá…

A Ramón, aquello no le estaba gustando nada. Fue de los que corrieron a los pocos días de llegar al campamento de North Stoneham, en la primera desbandada, cuando pasó volando muy bajo el avión comercial.

–Deja ya de hacer el tonto –dijo Ramón a Sátur.

–¡Anda éste, qué le pasa ahora! –respondió Sátur, y no pareció dispuesto a renunciar a la batalla por lo que pudiera decir un chico más pequeño que él. Así que Esteban decidió, ahora sí, cortar ya por lo sano, utilizando un lenguaje inhabitual pero definitivo.

–Pasa que se está rifando una hostia como no calles ya con eso –dijo Esteban levantando la voz, y no dijo más. Prefirió quedar mal con Sátur antes que contarle que a Ramón una bomba le había caído en casa y le había matado a un hermano gemelo con él.

Hay quien en casos así dice con cualquier motivo cosas como "lo juro por mi hermano que está muerto" o "por mi hermano que está bajo tierra". Ramón no, él era de otro estilo, no quería hablar de eso y nunca volvió a hacerlo. No lo tenía fácil porque el suceso, como cabe suponer, estuvo en boca de todos y algunos que no sabían su nombre le llamaron El Gemelo en adelante. Esteban siempre le llamaba por su nombre, añadía su nombre casi a cualquier frase que cruzara con él. Esas cosas cada cuál las lleva de una manera, va en caracteres, hay quien airea las preocupaciones y la tristeza, como hacían la madre y Marcela durante los bombardeos o cuando había tormenta, y mientras nombran lo que temen se lo sacan un poco del cuerpo, aunque indirectamente lo metan en el de los demás, y otros como Ramón que se niegan a nombrarlo. No es que quieran olvidar, cómo podría olvidarse algo así, eso ya va contigo para siempre, pero se niegan a hablar de ello.

Empezaba a atardecer. Debían volver al campamento pero sería mejor hacerlo por la noche, para que los viera el menor número de compañeros y así no pasar vergüenza por haber tenido miedo. Bordearon la tapia y se colaron en un cobertizo del jardín que tenía la puerta entreabierta. Se sentaron a esperar que anocheciera y había que tener paciencia porque era el tiempo de los días más largos del año.

Estaban cansados, no tanto por la carrera como por las emociones y la preocupación, pero bueno, ellos estaban a salvo de la guerra y sus familiares, aunque hubieran perdido esa batalla, lo que era muy triste naturalmente, al menos ya no tendrían que sufrir los bombardeos. La conversación les había venido bien pero ya no tenían más ganas de hablar y cada cuál siguió el curso de sus pensamientos. Había que pensar sólo en lo de ahora mismo, y en todo caso en el día siguiente, sin hacer planes a más largo plazo y sobre todo sin hablar de tristezas. Había que aprender a callar, como Ramón.

13

Esteban miraba los setos recortados, el césped como una alfombra separada de la tierra por un escalón de piedra de líneas a

veces rectas y a veces curvas que se iban alternando y repitiendo con dibujos simétricos. Miraba los recortes de cortezas esparcidos sobre la tierra que rodeaba los macizos de flores y arbustos, dispuestos así para que no brotaran malas hierbas. Había casitas de pájaros en los árboles. En el cobertizo, las herramientas estaban ordenadas y limpias. Había una bicicleta de chica, con mallas, guardabarros y cesta de mimbre en el manillar, y una carretilla pequeña de madera, así como una regadera de latón brillante como el estaño, grandes podadoras para el seto, rastrillos, azadas, palas, cada cosa en su sitio. Esteban pensó que a Ignacio le hubiera gustado ver todo aquello. Seguramente habría fingido que no le impresionaba en absoluto, habría dicho que era muy finolis para su gusto. A Ignacio le gustaba ponerse el buzo del padre, tumbarse en el suelo de medio lado sobre el sábano, sosteniendo el dallo al que aplicaba con maña el martillo y la piedra de afilar. Le gustaba trabajar un poco a lo bruto, cargar con los fardos más grandes, subirse a la pila de paja, volver a casa cansado y con las manos encallecidas. Tampoco le hubiera gustado la ausencia de huerto y de árboles frutales. En aquel jardín inglés había algún árbol pero de adorno. A Ignacio le hubiera parecido un despilfarro dedicar sólo a jardín una tierra tan buena. Esteban pensaba en cambio que todo aquello decía muchas cosas a favor del país de acogida. El jardín era más pequeño pero estaba mejor trabajado que la finca de los Careaga, la más elegante del pueblo, donde había un estanque de nenúfares que era a la vez desagüe de las cañerías y congregación de las ranas, con una nata verde y densa. En la finca de los Careaga había magnolios grandes como casas y palmeras más altas aún. Estaba la estatua del niño con el paraguas subido en un pedestal, pero todo un poco dejado, la finca y la casa, el antiguo cenador de piedra, los caminos que se iban llenando de broza. Los Careaga vivían en Bilbao y a veces venía alguna de las hermanas mayores para airear un poco la casa. Las únicas tareas de jardinería elemental las hacían unos vecinos a cambio de la hierba para el ganado y la fruta que conseguían librar de las razias de los muchachos.

Un gato rubio y gordo rozó la pierna de Esteban. Éste se sobresaltó y fue a decirles algo a Sátur y a Ramón pero se habían quedado dormidos, sentados sobre un banquito, apoyados en la pared, hombro con hombro.

A Esteban, a diferencia de Ignacio, le gustaban todas aquellas cosas por sí mismas pero también como el resultado de una tarea hecha sólo por gusto. Le parecía una inmensa suerte tener tiempo libre para dedicarlo a las cosas agradables, no sólo a las prácticas. Era una libertad extraordinaria no ocuparse todo el tiempo del sustento, como el padre, que era obrero en una fábrica, y hortelano y ganadero por las tardes y en los fines de semana, no como entretenimiento sino por necesidad.

Esteban se fijaba en todas las cosas porque le gustaban y también para contarlas con detalle por carta, en especial al padre y a Ignacio. La luz del interior de la casa iba en aumento a medida que las sombras caían sobre el jardín. A través de las ventanas emplomadas de rombos, una mujer flaca y con gafas se ocupaba afanosamente en alguna tarea manual mientras un hombre, sentado en un sillón orejero, leía el periódico con absoluta concentración. Esteban pensó que en Inglaterra tenían tiempo para todo. Qué diferencia con los afanes de su casa, total para ir tirando. El padre no quería que las chicas se pusieran a servir, era muy orgulloso. Mario estaba ahora en la guerra, pero en cuanto acabase, si encontraba una colocación, estaría deseando casarse porque llevaba mucho tiempo, desde niños, con su novia, que era muy guapa, la habían elegido Miss Coral, y no sólo era guapa sino de buen carácter y sensata. Ignacio era todavía muy joven aunque fuera tan trabajador como un hombre y él, Esteban, sólo un niño a fin de cuentas, que no tenía ni idea de lo que iba a ser de su vida. Le pareció envidiable la inconsciencia y la seguridad que mostraban Sátur y Ramón respecto del futuro, pero esa tarde había aprendido algo importante con ellos, que no hay que hablar de las tristezas cuando aún duelen ni pensar en las cosas que están por venir, porque no se sabe cómo saldrán y no se adelanta nada con preocuparse. Por ahora, Flora, Nuncy y

él vivían en un país tranquilo, bonito y organizado. En casa no faltaba ninguno y, dentro de lo que cabe, estaban bien.

14

Esteban se quedó también adormecido. No sabría decir cuánto tiempo pasó pero era ya noche cerrada cuando le deslumbró el foco de una linterna. La mujer que habían visto tras la ventana estaba a su lado y le decía algo ininteligible, con una entonación muy cantarina, a un policía vestido con uniforme negro, botonadura brillante, casco de charol y escudo plateado. Era un bobby alto, grande y con bigote que les miraba con gesto serio y atónito, como preguntándose lo que debería hacerse. La mujer no cesaba en su parloteo. Esteban y Sátur se fueron espabilando lentamente. Ramón vino a sentarse al lado de Esteban. El policía se puso también a hablar como si cantara aunque con voz de bajo, lo que hacía la situación aún más chocante, un dúo extraño, el cantar agudo de la una y la réplica grave del otro.

Esteban y Sátur se miraron primero por mirar pero en seguida, sin que se lo hubieran propuesto, se les puso una chispa de burla en las miradas y les dio por reír, primero despacio como arrancando y luego ya abiertamente. A Sátur se le escapó un bufido. Esteban se puso la mano en la boca mientras seguían mirándose y riendo sin saber por qué. Sátur dijo entonces:

–Pitinglis –y siguió con una risa que no podía contener.

–Scrambled –respondió Satur.

–Athletic –se sumó Ramón.

Y siguieron haciéndose los ingleses, tomando la iniciativa por más que estuvieran en desventaja, diciendo cosas absurdas cuando eran capaces de interrumpir su propia risa incontenible, sacando fuerzas para seguir diciendo tonterías de manera entrecortada.

–Orsay.

–Mister Pentland.

–¿Dónde estarían estos dos en el año de la gripe? –dijo Sátur cambiando de idioma y de conversación.

Siguieron riendo sin poder contenerse, como cuando te da por reír en misa o en la escuela por cualquier bobada y no puedes parar, sabes que no está bien pero ríes y ríes hasta que te falta la respiración y te duelen las costillas.

El policía hizo como que carraspeaba pero se le escapó un poco la risa a él también, sin saber por qué, de puro contagio. La señora frunció la nariz como un perro de caza, dijo "Good night" y pareció por su gesto que hubiera podido decir otras muchas cosas sobre niños y policías y en cambio no dijo más, se fue hacia la casa donde el hombre del periódico parecía tras la ventana un fotograma congelado.

15

El poli los llevó al campamento, con una mano en su bici y la otra en el hombro de Ramón el Gemelo. Todos dormían.

Esteban se metió en el saco de dormir sin hacer ruido. Se concentró en no pensar, lo que ha de ser ya se verá. Olió las cancanetas de eucaliptos que guardaba bajo la almohada y se frotó las manos con ellas. Pronto se quedó dormido. Soñó que Irene cantaba y su voz cruzaba el mar, llegaba al campamento, se extendía por Inglaterra y desde allí era retransmitida por radio al resto de las naciones.

–Una niña vasca le canta una nana al mundo –dijo el speaker en el sueño de Esteban, en un idioma que debía de ser el esperanto porque lo entendían todos. Irene subía y subía sin esforzarse.

…Arren egin ba, lo, lóoo.

1937, 23 de junio (Noche de San Juan). Campamento de Stoneham (Inglaterra). ►
Niñas vascas recogen ramas para hacer una hoguera.
Foto publicada en *Niños vascos evacuados en 1937-Álbum histórico*.

Índice

Hombres de paz (*Ignacio Martínez de Pisón*) 11

Izaskun está en Eibar (*Bernardo Atxaga*) 51

El sueño de los justos (*José Fernández de la Sota*) 93

De barcos y aviones (*Miguel González San Martín*) 141